

«JESÚS NAZARENO»

El Evangelio según Juan

(Juan 10.22—12.50)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 24, N.º 8

JUAN 10.22—12.50

**Autor:
David Lipe**

Jesús en la fiesta
de la dedicación
(10.22–42) 3

La resurrección
de Lázaro (11.1–57) 10

La unción de Jesús
y Su entrada triunfal
(12.1–19) 30

Creyentes e
incrédulos
(12.20–50) 36

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



Declaraciones para poner en práctica¹

¿Qué debemos hacer con Jesús? (Cap. 1)

- A. Maravíllese de Él (1.1–18).
- B. Humíllese delante de Él como lo hizo Juan (1.27).
- C. Sígalo (1.37).
- D. Encamine otros a Él (1.41–43, 45).
- E. Crea en Él (1.49).

Lecciones aprendidas en una boda (Cap. 2)

- A. Jesús aprobó el matrimonio (2.1, 2).
- B. Sea real, fiel a la vida y con los pies en la tierra (2.2, 12).
- C. Haga lo que Jesús dice que haga (2.5).
- D. Las señales apuntan más allá de sí mismas (2.11).

Cómo tratar con la ira espiritual (Cap. 2)

- A. La reverencia a Dios necesita ser restaurada (2.14–17).
- B. Cuando se enoje, no peque (2.15).
- C. Concéntrese más en lo espiritual que en lo físico (2.18–22).
- D. Recuerde que Jesús conoce su corazón y su mente (2.24, 25).

Lo que Nicodemo aprendió de Jesús (Cap. 3)

- A. Para entrar en el reino, tiene que nacer de nuevo (3.3–5).
- B. Aprenda a pensar a un nivel espiritual (3.3–5).
- C. Predique el nuevo nacimiento (3.5).
- D. Dios le ama más de lo que usted puede imaginarse (3.16).
- E. Piense menos en sí mismo y más en Jesús (3.27–30).

Evangelismo en el pozo (Cap. 4)

- A. Jesús fue un verdadero ser humano (4.6; vea 11.33, 35, 38a; 12.27; 19.28–30).
- B. La salvación es para todos, incluso para un hombre como Nicodemo (vea 3.1) y una mujer de Samaria (4.7–10).
- C. Vale la pena implementar el estilo de evangelismo de Jesús (4.7–24).
- D. Dios está buscando verdaderos adoradores (4.21–24).
- E. La salvación es para todos (4.28–30, 39–42).
- F. La salvación es para hoy (4.34, 35).
- G. Jesús jamás está demasiado lejos para bendecir a las personas (4.39; vea 4.49–53).

El Cristo que debate (Cap. 5)

- A. Jesús no evitó la controversia (5.1–18).
- B. No deje que las reglas hechas por el hombre tomen el lugar de la Palabra de Dios (5.10).
- C. Algunos perecen por no usar el conocimiento que tienen (5.39, 40).
- D. Las Escrituras apuntan a Jesús (5.46, 47).

Qué hacer con lo que se tiene (Cap. 6)

- A. Mire más allá de sí mismo y de sus recursos (6.7–13).
- B. Traiga algo a Jesús (6.9; vea 1.42).
- C. Sea un buen mayordomo de lo que Dios le da (6.12, 13).

Cómo vivir por fe (Cap. 6)

- A. Jesús se preocupa (6.20).
- B. Consuma alimento eterno (6.27–58).
- C. La fe es una obra: Creer en Jesús es hacer la obra de Dios (6.29).
- D. Las personas se sienten atraídas a Dios cuando escuchan y creen lo que se enseña (6.44, 45).

(Continúa en la página 52)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2020 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

Jesús en la fiesta de la dedicación

(10.22-42)

La segunda parte del capítulo 10 está marcada por la introducción de la fiesta de la dedicación, que tenía lugar unos tres meses después de la fiesta de los tabernáculos. Si la sanidad del hombre nacido ciego y el discurso sobre «el buen pastor» tuvieron lugar después de la fiesta de los tabernáculos y antes de la fiesta de la dedicación, entonces los acontecimientos en este pasaje tienen que haber ocurrido menos de dos meses después.

Se ha especulado mucho sobre las actividades de Jesús en el corto período entre el discurso sobre «el buen pastor» y la fiesta de la dedicación. En vista de que no se menciona que Jesús subió a la fiesta, parece probable que hubiera permanecido en Jerusalén; sin embargo, es imposible saberlo con certeza, ya que Juan no dio ninguna información al respecto. Jesús se refirió nuevamente a las ovejas en 10.26-29, lo que conecta esta parte del capítulo con el acontecimiento anterior. En consonancia con el tema general del Evangelio de Juan (vea 20.30, 31), el tema dominante de la sección se refiere a la Persona de Jesús. Como en otras ocasiones en el relato del Evangelio, Jesús les presentó a las personas la opción de creer y aceptarlo por quien alegaba ser o de no creerle y rechazarle.

JESÚS, EL MESÍAS (10.22-30)

²²Celebrábase en Jerusalén la fiesta de la dedicación. Era invierno, ²³y Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón. ²⁴Y le rodearon los judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. ²⁵Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; ²⁶pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho. ²⁷Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me

siguen, ²⁸y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. ²⁹Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. ³⁰Yo y el Padre uno somos.

Versículos 22, 23. La fiesta de la dedicación no era autorizada por ninguno de los libros canónicos del Antiguo Testamento. Era una institución relativamente reciente en los días de Jesús, habiendo comenzado durante el período Macabeo. La fiesta conmemoraba la re-dedicación del templo el veinticinco de Chislev (14 de diciembre), 164 a.C., bajo Judas Macabeo. El templo había sido profanado en el 167 a.C. por Antíoco Epífanes, cuando erigió un altar pagano en la parte superior del altar dedicado al Dios de Israel y ofreció cerdos y otros animales inmundos a Zeus. La celebración de la re-dedicación del templo tomaba ocho días, y la fiesta se caracterizaba por mucha alegría y acción de gracias.¹ Era similar a la fiesta de los tabernáculos; la idea de la *luz* era enfatizada en ambos festivales. La fiesta de la dedicación también era llamada «la fiesta de las luces» debido a la iluminación de las lámparas durante la celebración. En hebreo, la fiesta era conocida como «Janucá», que quiere decir «Dedicación». Los judíos hoy todavía observan la fiesta cada año, comenzando en el vigésimo quinto día de Chislev. A diferencia de la fiesta de los tabernáculos y las otras dos fiestas del peregrinaje, pentecostés y pascua, los varones judíos no estaban obligados a ir a **Jerusalén** para celebrar la fiesta. Sin embargo, atraía mucha gente a Jerusalén.

Juan mencionó que **era invierno**, probable-

¹ Vea 1° Macabeos 1.47, 54, 59; 4.52-59; 2° Macabeos 6.1-5; 10.1-8; Josefo *Antigüedades* 12.5.4 [248-253]; 12.7.6-7 [316-326].

mente para explicar por qué **Jesús andaba en el templo por el pórtico** de Salomón. Esta era una parte cubierta de los recintos del templo en el lado oriental del templo de Herodes y habría ofrecido algo de refugio de los elementos invernales. Fue el lugar donde Pedro posteriormente predicó a aquellos que se asombraron de la sanidad de un hombre cojo y donde la iglesia primitiva se reunía regularmente (Hch 3.9–11; 5.12). La observación que se hace del tiempo (la fiesta de la dedicación) puede ser nada menos que el relato de un testigo ocular; esto, junto con la atención a otros detalles, apoya la autenticidad de la narrativa.

Versículo 24. Y [...] **rodearon** (κυκλώω, *kukloō*) los judíos a Jesús, disuadidos a conseguir una respuesta definitiva de Su parte respecto a Su mesianismo. Ellos le instaron, diciendo: **Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.** A pesar de todo lo que Jesús había dicho en Su ministerio personal, nunca había proclamado públicamente que efectivamente era el Mesías. Se había identificado como el Mesías a la mujer samaritana, sin embargo, fue en un ambiente privado. Además, la forma como ella entendió el «Mesías» tenía implicaciones religiosas, mientras que la forma como lo entendían los judíos tenía matices políticos y militares de los que Jesús deseaba separarse (vea 6.15). Además, Él alegó ser el Mesías momentos después de haber pasado algún tiempo conversando asuntos espirituales con la mujer en el pozo. En un lugar público, Jesús había hecho las asombrosas afirmaciones de ser «el pan de vida» (6.48), la fuente de «agua viva» (7.38), «la luz del mundo» (8.12; 9.5), «el buen pastor» (10.11). ¿Declararía ahora «abiertamente» que era el Mesías?

La palabra «abiertamente» es una traducción de *παρησία* (*parrēsia*), una palabra griega utilizada tres veces en el capítulo 7 para describir la enseñanza pública de Jesús («abiertamente», «públicamente»; 7.4, 13, 26). Probablemente, la petición de los judíos, «Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente», no fue pronunciada para darse cuenta de que Jesús era en verdad el Mesías. Juan afirmó que Sus señales eran suficientes para generar creencia en Jesús como el Mesías, el Hijo de Dios (20.30, 31). Si, después de ver Sus señales y escuchar la enseñanza que las acompañaba, las autoridades religiosas todavía dudaban de Su verdadera identidad, ninguna declaración directa sería más convincente. Sus corazones duros y ojos ciegos les habían impedido creer y aceptarlo hasta este punto; ninguna declaración explícita

los convencería ahora.

Versículo 25. La petición de los judíos en cuanto a la identidad de Jesús podría expresarse en forma de pregunta: «¿Eres el Cristo?». Tal pregunta, sin embargo, no podía ser respondida con un simple «sí» o «no». Si hubiera dicho «sí», habrían asumido —en vista de la comprensión inexacta que tenían del Mesías— que tenía la intención de ser el líder político y militar que estaban anhelando. Si hubiera dicho «no», habría sido una negación de la misma misión que había llegado a cumplir. Su respuesta plantearía una verdadera prueba para los judíos, porque Jesús era en verdad el Mesías profetizado en el Antiguo Testamento, sin embargo, un tipo diferente de Mesías del que esperaban los judíos.

Jesús dio una doble respuesta: 1) «Ya os lo he dicho» y 2) «las obras que yo hago [...] dan testimonio de mí». La declaración **Os lo he dicho** bien podría referirse al tenor general de Su ministerio y no debe tomarse como una declaración explícita concerniente a Su mesianismo. Les había dicho indirectamente en más de una ocasión (vea, por ejemplo, 5.39; 8.24, 38, 58; 9.37). Si hubieran sido capaces de pensar por encima de un plano puramente físico en lugar de ser rebeldes, ellos —como el hombre nacido ciego— habrían entendido Sus afirmaciones. Sus palabras y **las obras** que había hecho **en nombre** [de Su] **Padre** (es decir, por Su autoridad) eran suficientes para que cualquiera [**creyera**] que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios (vea 20.30, 31). Edwyn Clement Hoskyns dijo: «Toda su enseñanza y acción lo presumía, lo declaraba, lo interpretaba y exigía que debían aceptarlo y creerlo».² Poco antes de este encuentro, los judíos habían sido testigos de la sanidad del hombre nacido ciego, un asunto que todavía estaba en sus mentes. Incluso antes, habían presenciado la sanidad del parálítico (5.1–16). El problema con estos judíos era que se negaban a aceptar aquello a lo que apuntaban las señales: la verdad de que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios. En su rechazo de Jesús basados en Sus palabras y obras, también rechazaban al Padre que le envió.

Versículos 26, 27. Jesús regresó a la alegoría que había expuesto en la primera parte del capítulo, describiéndose a Sí mismo como el pastor y a Sus seguidores como las ovejas. La razón por la que los judíos **no [creían]** es que no eran de las **ovejas** de Jesús. El tiempo presente utilizado

² Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto Evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 387.

aquí (πιστεύετε, *pisteuete*), junto con el negativo (οὐ, *ou*), indica que continuaron sin creer. La declaración no debe interpretarse como que no lograban creer porque estaban fuera del rebaño de Jesús. Jesús dijo que Sus **ovejas oyen** [Su] **voz** y le **siguen**. Estos fariseos no creían porque oían «la voz de los extraños» (10.5). Por su incredulidad, se distinguían de las ovejas de Jesús. Podrían haberse convertido en Sus ovejas escuchando Su enseñanza y creyéndola (vea 6.45), sin embargo, su propia terquedad les impedía hacerlo. Aquellos que escuchaban y eran obedientes a Su enseñanza eran los que conocía Jesús. En otras palabras, reconocía que efectivamente eran Sus seguidores. Además, las ovejas conocían al «buen pastor» (10.14) y se sometían a Su liderazgo.

Versículo 28. El don que Jesús prometió a Sus ovejas es la **vida eterna**. A diferencia de los ladrones y salteadores que vinieron a robar, matar y destruir las ovejas, Jesús vino a dar vida y a darla en abundancia (10.10). Esta vida abundante es equivalente a la vida eterna que Jesús prometió a los que creen en Él (vea 3.15, 16, 36; 5.24; 6.40, 47). La vida eterna tiene aspectos cualitativos y cuantitativos (vea comentarios sobre 5.24). Primero, la vida que Jesús da es una novedad de vida arraigada en Dios y experimentada por el creyente como una posesión presente. A los que escuchan y siguen Sus enseñanzas, Jesús les da *ahora* una especie de vida que participa de la naturaleza divina (2ª P 1.4).

Segundo, esta vida eterna es una vida que aún no es, sino que les espera a los discípulos de Jesús en el futuro. Parece que Jesús estaba refiriéndose a este último aspecto aquí, ya que los receptores de esa vida **no perecerán jamás**. En este sentido, tener vida eterna quiere decir vivir para siempre (vea 6.51, 58). En otra parte, Jesús dijo que aquellos que tienen vida eterna «nunca verá muerte» (8.51), «nunca sufrirá muerte» (8.52) y «no morirá eternamente» (11.26). Aquellos que reciben esta vida, aunque perezcan físicamente, «nunca jamás» (οὐ μὴ, *ou mē*; enfático negativo) perecerán espiritualmente. Esta promesa de seguridad está condicionada a los verbos del versículo 27, «oyen» y «siguen». Aquellos creyentes que oyen y siguen a Jesús están seguros en Cristo. Proclamó, **ni nadie las arrebatará de mi mano**.

Aquellos que enseñan la doctrina de la imposibilidad de la apostasía con frecuencia apelan a los versículos 28 y 29. La afirmación es que una vez que una persona ha sido aceptada en el rebaño (por

decreto divino), es imposible que él o ella pierda ese lugar en el rebaño. Si bien los versículos enseñan la seguridad de las ovejas, esta seguridad está condicionada a que la oveja se mantenga oyendo y siguiendo al pastor (10.27). Jesús no prometió que sería imposible que alguien cayera si dejaba de ser una oveja fiel, como lo demuestra el oír y seguir la voz de Jesús. En 8.51, Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte». La promesa de ese versículo, como en 10.28, 29, estaba condicionada a guardar Sus enseñanzas. Jesús señalaría más adelante que un creyente podría ser echado fuera por no permanecer en Él (15.6). Dijo que ningún enemigo podía «arrebatarse» (de ἀρπάζω, *harpazō*; implicando fuerza) a los creyentes de Su cuidado, fueran los ladrones y los salteadores (10.1, 8), el lobo (10.12) o cualquier otro poder. Sin embargo, la gente voluntariamente podría entregarse al mal, dejar de oír y seguir a Jesús, y por lo tanto perecer. Ningún poder externo puede separar a un cristiano de Dios (vea Ro 8.35–39), sin embargo, podemos separarnos de Dios y por lo tanto perdernos.

Versículo 29. Este versículo presenta un tema textual que es difícil de resolver. La Reina-Valera, y así lo consigna la NASB, dice: **Mi Padre que me las dio, es mayor que todos**. Sin embargo, la NASB tiene una nota al pie de página (al igual que otras versiones) con una variante que consigna: «Lo que mi Padre me ha dado es mayor que todos». La primera lectura enfatiza que Dios es mayor que todos, mientras que la segunda parece enfatizar que el rebaño es mayor que todos. Si bien hay un buen apoyo textual para la lectura «Lo que mi Padre me ha dado es mayor que todos», parece poco adecuado para el contexto. Probablemente deba adoptarse la interpretación más ampliamente aceptada. J. H. Bernard observó correctamente que «la idea principal es la debilidad de las ovejas y su dependencia de la fuerza del Pastor».³ Puesto que el Padre es mayor que todos, nada es capaz de cortar la relación entre el verdadero creyente y Jesús (**y nadie las puede arrebatarse de la mano de mi Padre**). La seguridad de las ovejas depende tanto de Jesús como del Padre. Jesús vino a hacer la voluntad del Padre (6.38), y todo lo que dijo e hizo fue una expresión de la misma. El creyente no puede tener mayor seguridad que estar en el

³J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:347–48.

hueco de la mano de Jesús y de la del Padre.

Si bien el presente versículo también se utiliza para apoyar la doctrina de la imposibilidad de la apostasía, debe recordarse que Jesús no estaba hablando de aquellos que deliberada e intencionalmente se alejan del redil. Sus palabras deben entenderse en el contexto de la totalidad de la enseñanza bíblica. Es posible que alguien caiga y así se pierda (vea Ro 11.22; 1^a Co 10.12; Ga 5.4; 2^a P 2.20–22; Ap 2.10).

Versículo 30. En el versículo 28, Jesús habló de Su amor y preocupación por las ovejas y, en el versículo 29, dijo que el Padre manifestó el mismo amor y preocupación. Jesús continuó diciendo: **Yo y el Padre uno somos.** Con respecto a la protección de las ovejas, Jesús y el Padre son *uno*. La pregunta que nos hacemos dice: «¿En qué sentido son uno?». F. F. Bruce respondió: «Aquí tenemos una aplicación particular de las declaraciones en Juan 5.19–23. Tan abierto está el Hijo al Padre que es uno en mente, uno en propósito, uno en acción con él». ⁴ Lo que el Padre piensa, Jesús piensa; lo que el Padre desea, Jesús desea; lo que el Padre hace, Jesús hace.

Consecuente con la enseñanza a lo largo del relato del Evangelio, el versículo 30 puede tener un significado más amplio que el contexto actual. Si bien indica que Jesús y el Padre son uno en Su cuidado protector de las ovejas, el versículo también proporciona cierta visión acerca de la relación de Jesús con el Padre. Si bien las palabras de Jesús no iban necesariamente destinadas a proporcionar tal entendimiento, tienen implicaciones dignas de notar. El versículo enfatiza más que la unidad de Jesús con el Padre en mente, propósito y acción; los judíos jamás habrían considerado blasfemia que una persona regulara sus palabras y hechos de acuerdo con la voluntad de Dios.

Este versículo se utilizó en las primeras controversias de la iglesia sobre Cristología y la doctrina de la Trinidad. Dos sacerdotes, Sabelio (siglo tercero) y Arrio (principios del siglo cuarto) (vea comentarios sobre 1.1), abogaron por puntos de vista erróneos sobre la naturaleza de Cristo. Sabelio enseñó que la Trinidad no está formada por una pluralidad de Personas, sino sólo una: Jesús, que se manifestó como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Arrio enseñó que Jesús y el Padre no tienen

una identidad de esencia y que Jesús fue un ser creado. El versículo 30 refuta poderosamente ambos puntos de vista al establecer 1) una pluralidad de personas y 2) una identidad de esencia. El primero se establece porque Jesús claramente habló de dos personas: «Yo y el Padre». Además, Su declaración indica pluralidad en el verbo ἔσμεν (*esmen*), que quiere decir «somos» (una sola palabra en griego). Esto muestra una distinción entre Jesús y el Padre. Jesús y el Padre poseen la misma esencia: «Yo y el Padre uno somos». La palabra «uno» es el neutro ἓν (*hen*), que quiere decir una esencia, no el masculino εἷς (*heis*), que indica una persona. Jesús dijo: «Somos *una esencia*»; no dijo: «Somos *una sola persona*». John Albert Bengel concluyó: «Con usar *somos*, Sabelio es refutado: con la palabra, *uno*, Arrio». ⁵

Jesús y el Padre son uno en esencia; poseen la misma naturaleza divina. También son más de uno, existiendo como personas separadas. Que Jesús y el Padre son personas distintas y uno en esencia es consecuente con la Cristología de Juan mencionada en el primer versículo del presente relato del Evangelio: «... y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (1.1). La afirmación de Jesús en el versículo 30 fue una declaración profunda y podría considerarse como el punto culminante de este capítulo, al igual que «antes que Abraham fuese, yo soy» en 8.58 constituyó el punto culminante de ese capítulo. Los judíos habían pedido una declaración que aclarara si Jesús era realmente el Mesías. Les dio mucho más, y la respuesta de ellos fue la misma que en 5.18 y 8.59. Los judíos buscaron darle muerte.

JESÚS, EL HIJO DE DIOS (10.31–39)

³¹Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. ³²Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? ³³Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios. ³⁴Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? ³⁵Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ³⁶¿al que el Padre santificó y

⁴ F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 232–33.

⁵ John Albert Bengel, *New Testament Word Studies (Estudios de palabras del Nuevo Testamento)*, trad. Charlton T. Lewis y Marvin R. Vincent (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1971), 1:651.

envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy? ³⁷Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. ³⁸Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. ³⁹Procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos.

Versículos 31, 32. La palabra *volvieron* (πάλιν, *palin*) llama la atención a los intentos anteriores por apedrear a Jesús por decir que Dios era Su Padre (5.18) y por hacer la afirmación suprema «antes que Abraham fuese, yo soy» (8.58). Una vez más, cuando dijo que Él y el Padre eran uno, **los judíos [...] [tomaron] piedras para apedrearle**. En los tres casos, Jesús dijo ser algo más que humano: Dijo que Dios era Su Padre (5.18), que existía antes de Abraham (8.58), y que Él y el Padre eran uno (10.30). Estas afirmaciones sólo podían ser consideradas por los judíos como blasfemia. Si Jesús fuera meramente humano, entonces los judíos habrían tenido razón. Además, tenían razón al pensar que alguien culpable de blasfemia debía ser ejecutado por lapidación (Lv 24.16). Se suponía que el castigo por lapidación era el resultado de una condena judicial, sin embargo, la pena capital era una prerrogativa de los romanos (vea comentarios sobre 18.31, 32). No obstante, a veces las emociones anulan el pensamiento racional, y la violencia de la muchedumbre era una posibilidad (vea Hch 7.54–60). Estos judíos eran irracionales. Tomaron la ley en sus propias manos, tratando de ser juez, jurado y verdugo.

Los judíos «[tomaron] piedras». La palabra que se consigna como «tomar», de βαστᾶζω (*bastazō*), simplemente quiere decir llevar desde un lugar. La misma palabra se utiliza más adelante para indicar que Judas «sustraía», o «tomaba», lo que era puesto en la bolsa del dinero (12.6). Aquí la palabra transmite la sensación de «recoger y llevarse». Aparentemente, los judíos, que deseaban cumplir la sentencia prescrita por la Ley para los blasfemos, fueron a alguna parte del templo donde estaba llevándose a cabo la construcción, recogieron algunas piedras y comenzaron a llevárselas al Atrio de Salomón para usarlas contra Jesús.

A diferencia de Su reacción al intento de apedrearle en 8.59, esta vez **Jesús** permaneció en el área del templo. Se enfrentó a Sus acusadores, diciendo: **Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?** Lo que quiso decir Jesús podría expresarse de la

siguiente manera: «¿Por cuál *tipo* de obra entre éstas me apedrean?». Jesús había realizado «muchas buenas obras». Además de ser «buenas» (καλός, *kalos*) como la palabra se utiliza comúnmente, Sus obras también eran «nobles» o «hermosas» (vea comentarios en 10.11–13). Nada menos podía decirse de la sanidad de un hombre que había estado paralítico durante treinta y ocho años o de posibilitarle la vista a un hombre después de vivir en ceguera desde su nacimiento. Además, las obras de Jesús eran «del Padre». Se hacían por orden del Padre y por Su poder por medio del Hijo, el agente del Padre. Las obras de Jesús indicaban que no estaba haciendo Sus obras aisladamente, sino bajo la dirección del Padre (5.19). Estas buenas obras daban testimonio de la unidad entre Jesús y el Padre (vea 10.30); por lo tanto, Jesús era inocente de blasfemia, y los judíos que deseaban apedrearle no tenían motivos para hacerlo.

Versículo 33. Los judíos le dijeron a Jesús: **Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia.** Esencialmente dijeron, «No es por tus *obras*, sino por tus *palabras*». Era la primera vez que Jesús había sido acusado de «blasfemia» (βλασφημία, *blasphēmia*). De hecho, es la única ocurrencia de la palabra en el relato del Evangelio, aunque está implícita en 5.18 y 8.59.⁶ El fundamento de la acusación de blasfemia fue que Jesús, **siendo hombre, se [hacía] Dios**. No estaba haciéndose pasar por Dios, ya que era el Verbo que era con Dios y que *era* Dios mismo (1.1). Jesús, el Hijo único de Dios (3.16), bajó del cielo para hacer la voluntad del Padre que le envió, en lugar de Su propia voluntad (6.38). Todo lo que Jesús dijo e hizo fue consecuente con la misión para la cual vino a la tierra. Sus palabras eran las palabras de Dios; Sus obras eran obras de Dios. Estaba demostrando que en verdad era el Hijo de Dios, enviado por el Padre para la redención de la humanidad.

Versículos 34–36. Jesús respondió a los judíos dirigiéndolos a las Escrituras. Se refirió a **vuestra ley** (10.34), que incluía más que los cinco Libros de Moisés, el Pentateuco. Aquí se refería a todo el canon del Antiguo Testamento, del que el Pentateuco era considerado la parte más importante (vea 8.17; 12.34; 15.25; 1ª Co 14.21). Con decir «vuestra ley», Jesús no estaba distanciándose del Antiguo Testamento; porque el siguiente versículo muestra el gran respeto que tenía por las Escrituras. Con

⁶ Esta acusación es formulada con mayor precisión en 19.7 (vea Mt 26.65; Mr 14.64).

«vuestra ley», Jesús quiso decir la «ley» que los judíos respetaban y por la cual lo estaban condenando. Fue esta Ley a la que Jesús apeló para sustentar Su posición.

Después de apelar a la Ley, Jesús citó: **Yo dije, dioses sois...** El pasaje que citó es Salmos 82.6, que dice: «Yo dije: Vosotros sois dioses, Y todos vosotros hijos del Altísimo». Los eruditos debaten la identidad de aquellos a quienes Dios se dirigió en este pasaje. Se ha sugerido que el pasaje se refiere a 1) jueces de Israel, 2) al pueblo de Israel en la entrega de la Ley, o 3) a poderes angelicales.⁷ El pasaje probablemente estaba refiriéndose a los jueces corruptos de Israel, que mostraron favor para con los injustos y no apoyaron a los que estaban oprimidos. Se les llamó «dioses» «porque eran vehículos de la palabra de Dios».⁸ Habiendo sido exaltados a tan alta posición, ejercieron la prerrogativa divina de juicio (Dt 1.17; vea Ex 7.1) y también se les refirió como «hijos del Altísimo». Dios les dictó una sentencia de muerte debido a sus fracasos (Sal 82.7).

Después de citar Salmos 82.6, Jesús desarrolló la implicación del mismo. Su razonamiento incluía los siguientes pasos: 1) **la Escritura no puede ser quebrantada** (10.35), o apartada para propósitos de conveniencia; la autoridad permanente de la Biblia no debe ser ignorada. 2) Puesto que las Escrituras llaman a meros hombres **dioses** e «hijos del Altísimo» (hijos de Dios), ¿cuánto más puede a Aquel a quien el Padre envió al mundo llamársele **Hijo de Dios?** (10.36). En resumen, Jesús dijo: «Si a simples hombres se les puede llamar “dioses”, ¿es blasfemo que yo diga: “Yo soy el Hijo de Dios”?». Sus adversarios podrían haber dicho que el hecho de que a los jueces se les llamara «dioses» era irrelevante ante el hecho de que Jesús se llamara a Sí mismo «Hijo de Dios»; sólo demostraba que a los jueces se les llamaba «dioses». Les podría haber bastado con escuchar a Jesús decir: «La Escritura habla de hombres como “dioses”, y Yo, como otros hombres, uso el término “dios” para referirme a Mí mismo». Sin embargo, no entendieron la declaración de Jesús de esa manera, porque le acusaron de «blasfemia» (10.33). No habrían tenido ningún deseo de apedrearle sólo por considerarse

a Sí mismo como un hombre entre los hombres; querían apedrearle porque se consideraba a Sí mismo como Dios.

Lo que quería decir Jesús era que si el término «dios» podía ser aplicado a hombres, entonces podría ser aplicado aún más a Aquel **al que el Padre santificó y envió al mundo**. El uso de «santificó», de ἁγιάζω (*hagiazō*), enfatiza que Jesús fue el Consagrado apartado para Su especial obra (vea Jer 1.5) y fue «[enviado] al mundo» para cumplir la voluntad del Padre (6.38). Lo anterior tenía especial relevancia en la fiesta de la dedicación, donde se conmemoraba la dedicación o consagración del templo. Ahora Jesús, el Consagrado, era el nuevo templo, que sería destruido y reconstruido en tres días (vea 2.19–22). Así como Jesús era la luz del mundo (8.12) y el agua de vida (7.37) en la fiesta de los tabernáculos, era el Dedicado en la fiesta de la dedicación. Lo anterior sugiere que el significado simbólico de la fiesta de la dedicación —como el de la fiesta de los tabernáculos y, como se verá posteriormente, la fiesta de la pascua— se cumplió eventualmente en la misión de Jesús. Jesús, el Verbo, se hizo carne para morar entre los hombres (1.1, 14). Como el Enviado que era, habló «las palabras de Dios» (3.34). Por lo tanto, si decía: «Yo soy el Hijo de Dios», se le debía prestar mucha atención a Su afirmación. Incluso si no hubiera dicho estas palabras precisas hasta este punto en el relato del Evangelio, la idea lógicamente se deriva de lo que Jesús acababa de decir acerca de Su Padre (10.29, 30) y de lo que había dicho acerca de Su relación con el Padre (5.17–27) después de sanar al paralítico.

Versículos 37–39. Una vez más, Jesús apeló a Sus obras, sustentando Su caso en la evidencia de lo que hacía (vea 14.10–12). Jesús presentó la siguiente alternativa a Sus adversarios: 1) **Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis** (10.37); sin embargo, 2) **si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras** (10.38). En cada oportunidad, el verbo «creer» se utiliza con el caso dativo para indicar la aceptación intelectual en lugar de la confianza real (como en «creed en Mí»). Lo que Jesús quería decir era que si Sus adversarios se negaban a aceptarle como Salvador basándose en Sus palabras, al menos podían creer a Sus obras, especialmente los milagros que había hecho. Sus adversarios necesitaban prestarles mucha atención a Sus obras para que **[conocieran]** y **[creyeran]** [*«entendieran»* NASB] (γνῶτε καὶ γινώσκητε; *gnōte kai ginōskēte*). El primer verbo está en el tiempo aorista, marcando el momento

⁷ Estas sugerencias se analizan en George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 176–77.

⁸ Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i–xii) (El Evangelio según Juan [i–xii])*, The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), 410.

en que alguien conoce, mientras que el segundo verbo está en presente y quiere decir «seguir conociendo». La súplica de Jesús era que estas personas tuvieran un momento de percepción, a saber: darse cuenta de que Él era quien decía ser y luego permanecer y crecer en fe. Jesús deseaba que tuvieran conocimiento de la morada mutua del Padre y del Hijo (vea 14.10). Tales obras como las que Jesús había hecho habrían sido imposibles para un simple hombre; tampoco fueron hechas de Su propia iniciativa (vea 5.19–30).

Tan razonable como fue el llamamiento de Jesús, no fue convincente para los judíos. Sólo intensificaron sus esfuerzos para apoderarse de Él. El intento de **prenderle** nuevamente (10.39), como habían tratado de hacer anteriormente (7.30, 32, 44; 8.20), fue tan inútil como antes. Sin dar ningún detalle sobre cómo lo hizo, Juan simplemente dijo que Jesús **se escapó de sus manos**. No cabe duda de que fue «porque aún no había llegado su hora» (8.20).

JESÚS SE RETIRA AL OTRO LADO DEL JORDÁN (10.40–42)

⁴⁰Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde primero había estado bautizando Juan; y se quedó allí. ⁴¹Y muchos venían a él, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad. ⁴²Y muchos creyeron en él allí.

Versículo 40. Debido a la oposición de los líderes judíos, Jesús **se fue de nuevo al otro lado del Jordán**. La frase «de nuevo» (πάλιν, *palin*) nos recuerdan las primeras escenas del ministerio público de Jesús, cuando estaba con Juan el Bautista «en Betábara, al otro lado del Jordán» (vea comentarios sobre 1.28). Ahí fue **donde primero había estado bautizando Juan** y donde Juan (el autor del presente relato del Evangelio) había conocido a Jesús por primera vez (1.35–42). Fue una importante ocasión para él; la recordaba bien, a pesar de que habían pasado varios años. El ministerio público de Jesús había comenzado con la preparación de Juan el Bautista. Ahora, en los últimos días del ministerio de Jesús, se recordaba el ministerio de Juan. Jesús permaneció en este lugar por un período indefinido de tiempo (unos tres o cuatro meses). Evitaría Jerusalén hasta la última semana antes de Su muerte.⁹

⁹ Jesús efectivamente regresó a Betania, o «Betábara», en Juan 11 y luego se retiró a Efraín (11.54).

Versículos 41, 42. Al enterarse de que Jesús había regresado al lugar donde había comenzado Su ministerio, **muchos** de los que vivían allí se reunieron a Su alrededor. Recordaron el testimonio de Juan el Bautista concerniente a Jesús. Al escucharle y observar Sus actividades, exclamaron: **Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad**. Ernst Bammel declaró que la alabanza a un hombre de Dios que no realizó ningún milagro era desconocida en fuentes judías.¹⁰ La mención final de Juan en este libro constituye una celebración de la grandeza de Juan debido a su verdadero testimonio de Jesús, un testimonio presentado con palabras, sin señales. Sin duda, no podían decirse palabras mayores de nadie que «todo lo que Juan dijo de éste, era verdad». La obra de Juan había de ser testimonio de Jesús, y el relato del Evangelio lo presenta como el testimonio ideal. El texto continúa enfatizando el papel subordinado de Juan; y aunque Juan había sido encarcelado y ejecutado, sus palabras vivieron en los corazones y mentes de aquellos que lo habían oído. Gran parte de lo que Juan testificó concerniente a Jesús ya se había cumplido para estos días. El resto de lo que Juan había dicho eventualmente se cumpliría, incluso la eliminación del pecado del mundo por parte de Jesús (1.29) y el bautismo en el Espíritu Santo (1.33; vea 7.39).

El versículo 42 dice que **muchos creyeron en él allí**. Guy N. Woods observó de manera apropiada lo siguiente:

Juan, con su fiel predicación, condujo a estas personas a Cristo. Aquí, por cierto, tenemos la prueba ácida de toda la valiosa predicación. ¿Conduce a las personas a Cristo? Si no, por elocuente, instruido y articulado que sea el orador, el esfuerzo es un fracaso. El único designio apropiado en la predicación es incitar a las personas a creer y ser obedientes a Jesús.¹¹

Jerusalén debía haber sido el lugar donde el Mesías sería acogido, pero en cambio, Jesús fue rechazado y finalmente crucificado allí. Sin embargo, el rechazo de los judíos en Jerusalén no impidió que Dios lograra Su propósito, en vista de que muchos otros creían en Jesús.

¹⁰ Ernst Bammel, “John Did No Miracle” (“Juan no realizó milagros”), en *Miracles: Cambridge Studies in Their Philosophy and History (Estudios de Cambridge sobre la filosofía e historia de los milagros)*, ed. C. F. D. Moule (London: A. R. Mowbray & Co., 1965), 191.

¹¹ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 226.

La resurrección de Lázaro

(11.1-57)

Así como la multiplicación de los panes mostró que Jesús era «el pan de vida» y la sanidad del hombre nacido ciego demostró que Jesús era «la luz del mundo», la resurrección de Lázaro manifestaba a Jesús como «la resurrección y la vida». La resurrección de Lázaro fue la última y más grande señal pública registrada por Juan. Constituyó la señal culminante en el relato del Evangelio y, con mucho, la más dramática. C. K. Barrett hizo notar lo siguiente: «Este, el relato milagroso más impactante de Juan, está narrado en el estilo más claro y objetivo».¹ El Nuevo Testamento habla de sólo tres individuos a quienes Jesús resucitó de entre los muertos: la hija de Jairo (Mt 9.18-26; Mr 5.22-43; Lc 8.41-56), el hijo de una viuda de Naín (Lc 7.11-17) y Lázaro. Juan no registró los dos primeros casos, ni los Evangelios Sinópticos incluyen el incidente de Lázaro. Debido a que Juan fue el único en registrar la resurrección de Lázaro, se debate la autenticidad de la narración; sin embargo, la omisión de la resurrección de Lázaro por parte de los autores sinópticos no debería ser más sorprendente que la omisión de los acontecimientos por parte de Juan registrados en los relatos sinópticos. Cada escritor seleccionó material consecuente con su propósito.

Las siete señales en Juan constituyeron demostraciones del señorío de Jesús. Merrill C. Tenney llamó la atención sobre este hecho de la siguiente manera:

Es Señor de la calidad: Transformó el agua en vino (2.1-11).

Es Señor de la distancia, o el espacio: Sanó al hijo del oficial real en Capernaum mientras estaba en Caná (4.46-54).

¹C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 387.

Es Señor del tiempo: Sanó al hombre que había estado paralítico por treinta y ocho años (5.1-16).

Es Señor de la cantidad: Alimentó a cinco mil hombres (6.1-15).

Es Señor de las leyes naturales: Anduvo sobre el agua (6.16-21).

Es Señor de la desgracia: Sanó al hombre que nació ciego (9.1-12).

Es Señor de la muerte: Resucitó a Lázaro (11.1-44).²

No sólo fue la resurrección de Lázaro una demostración del señorío de Jesús sobre la muerte, también dio una prueba abrumadora de la afirmación por parte de Jesús de ser «la resurrección y la vida». Esta última señal, como la primera señal, fue «forjada en el círculo de la vida familiar, y entre los creyentes para fortaleza de la fe [2.11; 11.15]; y ambas son declaradas como manifestaciones de “gloria” [2.11; 11.4, 40]».³ Si bien la última señal generó fe entre algunos (11.45), fue el acontecimiento decisivo que endurecieron aún más a las autoridades religiosas y las llevaron a hacer planes definitivos para matar a Jesús (11.46-53).

MUERTE DE LÁZARO (11.1-16)

¹Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. ²(María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume,

² Adaptación hecha de Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief (Juan: el Evangelio del creer)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 30-31.

³ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 163.

y le enjugó los pies con sus cabellos.) ³Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. ⁴Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

⁵Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. ⁶Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. ⁷Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. ⁸Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? ⁹Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; ¹⁰pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él. ¹¹Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. ¹²Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. ¹³Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. ¹⁴Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; ¹⁵y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él. ¹⁶Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él.

Versículos 1, 2. Al final del capítulo 10, se intentó arrestar a Jesús; sin embargo, escapó y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, donde había comenzado Su ministerio. Su retiro se interrumpió cuando recibió un mensaje de María y Marta informándole de la grave enfermedad de su hermano **Lázaro**. El nombre «Lázaro» es una variación de «Eleazar» (el nombre prestigioso de uno de los hijos de Aarón; Ex 6.23), que quiere decir «Dios es mi ayuda». A Lázaro se le identifica como **de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana**, situada a poco más de tres kilómetros de Jerusalén (11.18) al oriente del monte de los Olivos en el camino a Jericó. A este lugar se le debe distinguir del Betábara, al otro lado del Jordán (1.28). Los nombres «Marta» y «Lázaro» fueron descubiertos en inscripciones sobre osarios en un sepulcro cerca de Betania en 1873.⁴ Aunque lo anterior no prueba que el sepulcro fuera el de María, Marta y Lázaro,

⁴ Charles Clermont-Ganneau, *Archaeological Researches in Palestine During the Years 1873–1874 (Investigaciones arqueológicas en Palestina durante los años 1873–1874)*, vol. 1, trad. Aubrey Stewart (London: Committee of the Palestine Exploration Fund, 1899), 381–86.

sí demuestra que los nombres eran comunes. Por lo tanto, Lázaro no necesita ser identificado con el «mendigo llamado Lázaro» mencionado en Lucas 16. El uso de la frase «Lázaro de Betania» también apoya lo anterior.

A Marta se le identifica como la hermana de María en el versículo 1, y el versículo 2 dice que Lázaro es el **hermano** de María. Si bien es la primera mención de la familia en el relato del Evangelio de Juan, algunos de sus lectores aparentemente habían oído hablar de al menos uno de los hermanos. María, una de las dos hermanas de Lázaro, **fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos**. El hecho de que a María se le identificó de esta manera antes de la narración del hecho en sí (vea 12.1–8) es evidencia probable de que una tradición oral había estado en circulación durante algún tiempo y era conocida por muchos. En resumen, Juan les hizo saber a sus lectores cómo identificar a Lázaro, esto es, como el hermano de María la que había ungido al Señor.

Constituye un reto posicionar a esta familia en el contexto de otros eventos registrados. En Lucas 10.38–42, recibieron a Jesús en su casa y María se sentó a los pies de Jesús para escuchar Sus palabras. De este incidente, parece que Marta era la mayor de las dos hermanas, en vista de que ella era la anfitriona que «recibió [a Jesús] en su casa» (Lc 10.38). A los tres miembros de la familia se les menciona en Juan 11 y 12. Curiosamente, a María se le menciona en 11.1 antes de Marta. María, que se sentó a los pies de Jesús para escuchar Sus palabras (Lc 10.39), era probablemente más conocida en la iglesia debido a su singular gesto de unción de Jesús.

Versículo 3. En cuanto a la enfermedad de su hermano Lázaro, **las hermanas** enviaron un mensaje a Jesús: **Señor, he aquí el que amas está enfermo**. «Señor» (κύριε, *kurie*) era una forma respetuosa de trato que podía leerse aquí sin ninguna implicación divina (vea comentarios sobre 4.1–3). Aunque probablemente no estaban haciendo una afirmación divina, el uso de «Señor» reconoce que Jesús era el Maestro y que esas hermanas eran discípulas. En lugar de nombrar a su hermano Lázaro, las hermanas simplemente se refirieron a él como «el que amas», indicando una relación muy estrecha entre Jesús y Lázaro. Esta designación ha llevado a algunos a sostener que Lázaro era el discípulo amado (vea 13.23; 19.26; 20.2; 21.7, 20) y, en consecuencia, el autor del Evangelio. Leon Morris respondió: «Sin embargo, sería un procedimiento

muy curioso hablar de él por su nombre 11 veces en los capítulos 11 y 12 y abandonar el nombre en todas las referencias posteriores a él».⁵

Es probable que Jesús todavía estuviera en Betábara al otro lado del Jordán (vea 1.28; 10.40), que estaba a más de treinta y dos kilómetros de la casa de Sus amigos. Se deben hacer al menos tres observaciones acerca del mensaje de ellas a Jesús. 1) La urgencia del mensaje se pone de manifiesto por la palabra «he aquí» (ἴδε, *ide*), llamando al lector a tomar nota de algo inesperado. 2) No se le hizo ninguna petición específica a Jesús. Sin duda, sabían del peligro al que Jesús se enfrentaría si los visitara a tan solo tres kilómetros de Jerusalén, donde quisieron apedrearlo (10.31). Sin embargo, la forma de sus palabras expresaba un llamado urgente de ayuda. 3) Su mensaje no se basó en el amor que Lázaro tenía por Jesús, sino en el amor que Jesús tenía por Lázaro. Las hermanas sabían que Jesús tenía un lugar especial en Su corazón para Lázaro. Jesús no sólo amaba a Lázaro, también amaba a sus hermanas (vea 11.5). El verbo para «amas» del versículo 3 es φιλέω (*phileō*), mientras que en el versículo 5 es ἀγαπάω (*agapaō*), y luego *phileō* aparece nuevamente en el versículo 36. Esta variación indica que no existe ninguna diferencia significativa en el significado de las dos palabras (vea comentarios sobre 3.35, 36; 5.20; 21.15–17).

Versículo 4. La reacción de Jesús ante las noticias sobre Lázaro podría parecer extraña al principio para el lector moderno. Las personas a las que fueron dirigidas Sus palabras no son identificadas. Los discípulos, así como los mensajeros probablemente escucharon lo que dijo. Además, parece que los mensajeros se habrían sentido tranquilizados por la declaración esperanzadora y la habrían compartido con las hermanas. Sin embargo, la declaración de Jesús (**Esta enfermedad no es para muerte**) no quería decir que Lázaro no moriría, porque Jesús declaró en 11.14 que Lázaro había muerto. Sin embargo, el resultado final de esta enfermedad no sería la muerte. Por el contrario, conduciría a **la gloria de Dios**. La idea es similar a la de 9.3, donde se decía que la condición del hombre ciego era «para que las obras de Dios se manifiesten en él».

En ocasiones, «gloria» se utiliza en el sentido de dar alabanza a Dios. Es el significado en 9.24,

⁵ Leon Morris, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 478, n. 13.

donde al hombre sanado de ceguera se le mandó a «[dar] gloria a Dios» diciendo la verdad. La muerte de Lázaro no fue con el propósito de dar gloria a Dios, sino más bien para revelar la gloria de Dios. Además, dado que la auto divulgación de Dios tuvo lugar predominantemente en Su Hijo, la muerte y resurrección de Lázaro fue **para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella**. La resurrección de Lázaro proveyó la ocasión para que Dios, que reveló Su propia gloria, glorificara a Su Hijo.

Versículos 5, 6. Juan escribió a continuación que Jesús realmente amó a toda la familia, pues dice que **amaba [...] a Marta**, amaba a **su hermana María**, y amaba a **Lázaro**. El hecho de que se les menciona por separado enfatiza que, aunque amaba a toda la familia, también amaba a cada miembro de la familia de manera individual. A Marta se le menciona de primero esta vez. El hecho de que a María no se le menciona por nombre aquí sugiere una vez más que Marta era la mayor de las dos. El versículo 5 es importante por dos razones: Nos dice por qué las hermanas enviaron mensajeros a Jesús con la noticia de la enfermedad de Lázaro, y aclara que no fue la falta de amor lo que llevó a Jesús a reaccionar al mensaje de la manera en que lo hizo.

Después de la nota entre paréntesis en 11.5, la narración de 11.4 se reanuda en 11.6, con la adición de un detalle inusual. Cuando Jesús **oyó, pues, que [Lázaro] estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba**. Sabiendo que Su querido amigo estaba enfermo, permaneció donde estaba. Podría haberse esperado que Jesús se apresurara a la escena inmediatamente después de escuchar la noticia concerniente a Lázaro. ¿Por qué se quedó Jesús dos días más? 1) No fue porque estuviera demasiado ocupado. Jesús siempre estuvo dispuesto a ministrar a los necesitados. 2) Además, no fue para dar tiempo a la muerte de Lázaro. Era probable que Lázaro estuviera muerto cuando la noticia de su enfermedad llegó a Jesús. Cuando Jesús llegó, le fue dicho que Su amigo había estado en el sepulcro durante cuatro días (11.17). Además, Marta dijo en 11.39 que había estado muerto cuatro días. Les habría tomado a los mensajeros alrededor de un día para viajar a donde estaba Jesús. Además, Jesús esperó dos días después de escuchar la noticia sobre Lázaro (11.6) y luego pasó un día viajando a Betania. Con toda probabilidad, Lázaro murió el mismo día que los mensajeros partieron para reportar la enfermedad a Jesús. 3) No era para poner de manifiesto que Lázaro estaba realmente muerto. Haber estado

muerto por cuatro días acentuaba el impacto del milagro, pero es inimaginable que Jesús dejara que Sus queridos amigos sufrieran dolor para que el milagro fuera más espectacular.

Jesús estaba trasladándose hacia Jerusalén, donde sería ejecutado, cumpliendo el propósito final de Su misión. Juan probablemente quería que sus lectores vieran el movimiento de Jesús como determinado por la voluntad de Dios y no por las circunstancias dispuestas por los hombres. Este parece ser también el caso con la ocasión de la boda en Caná (2.1–12) y en la fiesta de los tabernáculos (7.3–10). En los tres casos, Jesús fue instado a actuar por los que estaban cerca de Él, y en todos los tres casos en que al principio negó las peticiones. Al final, hizo lo que se le había pedido, sin embargo, sólo en el tiempo de Dios, de acuerdo a la voluntad de Dios, no de acuerdo con el tiempo sugerido por los hombres o bajo coerción de los hombres.

Versículos 7, 8. Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. Después de dos días, Jesús les dijo a los discípulos que debían regresar a Judea. Jesús nombró «Judea» y no «Betania» como el lugar al que debían ir. Era Judea donde estaban los enemigos de Jesús y donde Su vida estaría en peligro. Jesús no le dijo a Sus discípulos que el regreso se relacionaba con Lázaro. Podrían haber asumido que deseaba regresar a Jerusalén para reanudar Su ministerio de enseñanza.

La declaración de Jesús tomó a **los discípulos** por sorpresa, porque reconocieron lo anterior como una propuesta peligrosa. Le dijeron a Jesús: **Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?** Su referencia fue al incidente en la fiesta de la dedicación, donde la afirmación de Jesús en cuanto a ser uno con el Padre había provocado una reacción hostil (10.31). La mención de «Judea» en 11.7 sugiere que «los judíos» era una referencia a los de Judea como en 7.1, en particular al establecimiento religioso en Jerusalén. Los discípulos tenían temor por Jesús, y tuvieron que haber sentido cierta aprensión por sí mismos y por su propia seguridad (vea 11.16). No había pasado mucho tiempo desde que habían salido de la zona para escapar del peligro, y ahora Jesús deseaba regresar. El plan no parecía razonable. Es la última vez en el relato del Evangelio que los discípulos se dirigieron a Jesús como «Rabí».

Versículos 9, 10. Respondió Jesús: ¿No tiene el día doce horas? El que anda de día, no tropieza. Tanto los romanos como los judíos dividían las

horas de luz del día en doce horas. Durante este tiempo, se podía caminar y trabajar porque podía verse **la luz de este mundo**, es decir, el sol; sin embargo, una vez que llegaba la oscuridad, se tenía que cesar la actividad. Las palabras de Jesús iban destinadas a aliviar la ansiedad de Sus discípulos, a quienes les preocupaba regresar a Judea, donde prevalecía el peligro. Su respuesta a los discípulos implicaba dos hechos. 1) No había peligro para Jesús en este punto de Su ministerio, porque las doce horas de Su día aún no se habían agotado. Jesús todavía tenía tiempo en Su día para trabajar, y no debía renunciar. Tenía que trabajar mientras aún tuviera oportunidades, ya que llegaría el momento en que no podría seguir trabajando en la tierra (vea 9.4). 2) No había peligro para los discípulos de Jesús mientras acompañaran a Jesús. Era «la luz del mundo» (8.12; 9.5), y aún estaba con ellos. Mientras los discípulos tenían a Jesús con ellos, no necesitaban estar aprensivos. No moriría hasta el tiempo señalado por Dios; la luz de día del ministerio de Jesús no se completaba en este momento.

Jesús continuó diciendo: ... **pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él.** Es obvio en un plano físico que quien anda a la luz del sol está seguro y no tropieza; por otro lado, si anda en la oscuridad, tropezará. En un plano espiritual, el que anda a la luz que Jesús da no anda en tinieblas; sin embargo, tropezará si camina en tinieblas espirituales. Mientras los discípulos tuvieran «la luz del mundo», estarían a salvo y no tropezarían. Tienen que seguir llevando a cabo la obra que se les ha dado, porque pronto llegaría el momento en que no tendrían a Jesús con ellos de manera personal.

Versículos 11–13. Jesús les dijo a Sus discípulos: **Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle** (11.11). La frase «nuestro amigo» (ὁ φίλος ἡμῶν, *ho philos hēmōn*) indica que Lázaro era amigo de los discípulos, así como del Señor. Más adelante, Jesús usaría el término «amigos» (φίλοι, *philoí*) para designar a Sus discípulos (15.14). La palabra «duerme» es una forma pasiva perfecta de κοιμάω (*koimāō*). Este verbo se utiliza dieciocho veces en el Nuevo Testamento, catorce de las cuales se refieren a la muerte, mientras que cuatro se refieren al sueño literal. Cabe destacar que la palabra griega para «cementerio», κοιμητήριον (*koimētērion*), se relaciona con este verbo y denota «un lugar para dormir». Jesús usó el «dormir» como metáfora para decirles a los discípulos que Lázaro

estaba muerto. Este uso eufemístico se encuentra nuevamente (aunque con una palabra diferente) en Marcos 5.39, donde Jesús dijo que la hija de Jairo «no está muerta», sino que «duerme». Un uso similar se encuentra en el Antiguo Testamento. Se decía que una persona fallecida «dormía con sus padres», sugiriendo un sueño irreversible (vea Job 14.11, 12). En contraste, la muerte es vista como un sueño del que todas las personas algún día serán despertadas (Dn 12.2). Lo anterior no supone que la muerte sea simplemente un estado de inconsciencia, o «el sueño del alma», como lo enseñan algunos. Guy N. Woods dio la siguiente descripción:

La referencia es al estado del cuerpo; no del espíritu. El espíritu, lejos de morir, está en realidad animado por obtener su libertad de las restricciones del cuerpo (1ª P 3.18–20), y vive en su estado incorpóreo, en el reino del Hades.⁶

Por medio de Su habilidad sobrenatural, Jesús sabía que Lázaro había muerto (vea 11.14); y que iba a Betania **para despertarle**. Jesús dijo: **voy**, usando el singular en lugar del plural como en 11.7. Sabía que iba a despertar a Lázaro. En efecto, Jesús, y sólo Jesús, es «la resurrección y la vida». La resurrección de Lázaro prefiguraba lo que Jesús finalmente hará por todos Sus amigos, o discípulos, en el día final (11.25, 26).

Con frecuencia en el Evangelio de Juan, Jesús decía algo de manera figurada, pero los discípulos y otros lo interpretaban literalmente. Hacer así abría la puerta para seguir enseñando. Aquí nuevamente, **los discípulos** al principio malinterpretaron las palabras de Jesús. Debido a la forma como se utilizaba la palabra **duerme**, su interpretación era que Lázaro [**dormía**] en un sentido literal. De 11.4 habían entendido que la «enfermedad [no había de ser] para muerte», por lo que era natural que pensarán que la crisis de su enfermedad había pasado y supusieron que [**sanaría**] (11.12). Los discípulos estaban dispuestos a creerlo; porque significaría que no tendrían que hacer el viaje a Judea, donde esperaba el peligro.

Como a menudo lo hacía, Juan añadió un comentario entre paréntesis para aclarar el malentendido de los discípulos sobre las palabras de Jesús: **... y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño** (11.13).

⁶ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 232.

Versículos 14, 15. Jesús dejó de hablar de manera figurada a los discípulos, y aseveró: **Lázaro ha muerto**. En tanto los mensajeros sólo habían entregado la noticia de la enfermedad de Lázaro, Jesús sabía que éste había muerto.

Jesús dijo: **... y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis**. Si bien Su amigo había fallecido y las hermanas estaban de luto, Jesús se alegró de no haber estado allí. Presumiblemente, Jesús habría podido impedir la muerte de Lázaro; pero esto, a su vez, habría eliminado la oportunidad para que los discípulos y otros vieran la manifestación de la gloria de Dios y su fe fuera fortalecida. Los discípulos ya eran creyentes en Jesús, o de lo contrario no habrían sido discípulos; sin embargo, su fe no era fuerte, porque muy pronto todos le abandonarían. Ya habían sido testigos de demostraciones del poder de Jesús, sin embargo, no habían sido testigos de nada como una demostración completa. La resurrección de alguien que había estado muerto durante cuatro días revelaría la gloria de Dios y aumentaría en gran medida la fe de ellos (11.4). Estos discípulos necesitaban aumentar su fe a medida que se enfrentaban a la perspectiva de regresar a Judea, donde el peligro era inevitable.

Versículo 16. Al oír a Jesús decir, «... vamos a él» (11.15), **Tomás** tomó la iniciativa y dijo **a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él**. El nombre «Tomás» se deriva de la palabra aramea que quiere decir «gemelo», mientras que **Dídimo** es el equivalente griego. No se da respuesta a la pregunta obvia «¿De quién era gemelo?». Rara vez se le menciona en otros libros del Nuevo Testamento; sólo se le menciona entre los apóstoles. Juan contiene los únicos textos en los que se expone su carácter (11.16; 14.5; 20.24–29; 21.2). Sus palabras en 20.25 le han hecho ser conocido como «el dudoso Tomás», sin embargo, no parece que Tomás fuera más dudoso que el resto de los apóstoles. Es necesario que todos vieran la prueba de la resurrección de Jesús para creer (20.20). Si bien se le ha retratado como un pesimista sombrío, todos pueden entender las palabras y el carácter de Tomás e identificarse con él. Incluso si sentía no tener esperanza, Tomás mostró cualidades que no deben ser descartadas. Su valor, devoción e independencia deben ser apreciados. Vio que Jesús iba a morir y que acompañarlo a Judea era arriesgarse al mismo destino. Al final, abandonaría a Jesús junto con el resto de los discípulos, sin embargo, su valor no flaqueó cuando se dio cuenta de que

Jesús estaba decidido a regresar a Judea.

JESÚS Y MARTA (11.17–27)

¹⁷Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. ¹⁸Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; ¹⁹y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. ²⁰Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. ²¹Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. ²²Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. ²³Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. ²⁴Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. ²⁵Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. ²⁶Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? ²⁷Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.

Versículo 17. Como es costumbre en todas las culturas, la gente rodeó a Marta y a María para consolarlas después de la muerte de su querido hermano Lázaro. No se dan detalles referentes al viaje desde el otro lado del Jordán hasta Betania, ni nada se dice explícitamente sobre cuándo murió Lázaro. Las únicas certezas son las siguientes: Jesús permaneció al otro lado del Jordán durante dos días después de recibir la noticia de la enfermedad de Lázaro (11.6), y Lázaro **hacía ya cuatro días que [...] estaba en el sepulcro** cuando Jesús llegó a Betania. La mayoría de los eruditos están de acuerdo en que el entierro habría ocurrido tan pronto como era posible después de la muerte. Los antiguos palestinos no tenían una manera de retrasar la descomposición de un cadáver; por lo tanto, parece razonable sugerir que Lázaro fue sepultado el mismo día que murió. Tanto Ananías como Safira fueron sepultados tan pronto como murieron (Hch 5.6, 10). Puede que Juan haya mencionado los «cuatro días» por otra razón. A partir de una fecha posterior, estaba la creencia rabínica de que el alma se cernía sobre el cuerpo del difunto durante tres días, «con la intención de volver a entrar en él, sin embargo, tan pronto como ve su cambio de apariencia [es decir, cuando comienza a descomponerse], se va».⁷ En ese momento, la

⁷ Levítico Rabá 18.1.

muerte era considerada como irreversible. Si este punto de vista prevalecía en el momento del episodio de Lázaro, quería decir que había llegado el momento en el que la única esperanza de Lázaro era un acto divino. Este versículo, junto con la afirmación de Marta en 11.39 —«hiede ya, porque es de cuatro días»— enfatiza el increíble carácter del milagro que Jesús estaba a punto de realizar.

Versículos 18, 19. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios. Un estadio *στάδιον* (*stadion*) tenía aproximadamente 180 metros (vea comentarios sobre 6.19–21). Por lo tanto, quince estadios serían alrededor de 2.7 kilómetros. Esta nota topográfica supone que **muchos de los judíos** que fueron a consolar a las hermanas eran de Jerusalén. La proximidad de Betania con Jerusalén le permitía a muchos viajar desde Jerusalén sin muchos problemas. Barrett dijo que este detalle también llama «atención al hecho de que Jesús, al venir a Betania, casi llegó a Jerusalén para Su pasión».⁸ Como se consideró anteriormente en 11.8, la expresión «los judíos» en Juan designa con frecuencia a las autoridades religiosas de Jerusalén que eran hostiles a Jesús (vea comentarios sobre 1.19); sin embargo, no hay razón para pensar que se utiliza de esa manera aquí. Los judíos que **habían venido a Marta y a María, para consolarlas** eran sus amigos y vecinos de Judea. La llegada de tantas personas a visitar a estas mujeres indica el protagonismo de la familia. Esta amistad con la familia de Lázaro no era extendida necesariamente a Jesús y a Sus discípulos. Si bien era una responsabilidad social consolar a los dolientes, Juan «llama la atención a la presencia de estos simpatizantes, ya que [habían de] convertirse en testigos de lo que le sucedió a Lázaro».⁹

Versículo 20. Cuando las hermanas **[oyeron] que Jesús** estaba en camino, **Marta [...] salió a encontrarle; pero María se quedó en casa.** La forma como a las dos hermanas se les presenta es sorprendentemente consecuente con lo que se registra en Lucas 10.38–42. Marta era más activa y asertiva que María. En tanto Marta era la práctica y «ocupada», María era la pensativa y «sentada». Marta sería a la que naturalmente se escogió para recibir la información de la llegada de Jesús. Cuando se enteró de que Él iba a venir, tomó la iniciativa y fue a Su encuentro; «María se quedó en casa». La

⁸ Barrett, 394.

⁹ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 190.

frase «se quedó» es de καθέζομαι (*katheszomai*), que quiere decir «estar sentado». Era costumbre que los dolientes estuvieran sentados cuando recibían las condolencias de amigos y vecinos.¹⁰

Versículos 21, 22. Las primeras palabras que Marta pronunció fueron palabras de fe y amor: **Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto** (11.21). Marta y María sin duda se habrían dicho lo mismo varias veces durante los últimos cuatro días. La declaración no debe verse como una reprimenda o incluso una queja de que Jesús debió haber estado allí. Marta sabía cuándo partieron los mensajeros para entregar el mensaje a Jesús concerniente a la enfermedad de Lázaro, y sabía cuánto tiempo le tomaría a Jesús viajar a Betania; pero, no dijo, «Si tan solo hubieras partido antes». Sin embargo, expresó dolor y arrepentimiento, porque sabía que si el Señor habría estado allí durante la enfermedad de su hermano, podría haberle sanado.

Marta continuó diciendo: **Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará** (11.22). En apariencia, el versículo parece indicar que la fe de Marta era genuina y que confiaba en que Jesús podía orar para que Lázaro fuera restaurado y Dios concediera Su petición; sin embargo, esta interpretación no se sostiene a la luz de la incredulidad de Marta en 11.39. Si bien lo que dijo era cierto, sus palabras plasmaban más de lo que pretendía. Parece que su declaración fue más una confesión que un pedido a Jesús. Marta estaba afirmando su confianza en el poder de Jesús y reconociendo la estrecha relación que tenía con Dios, más que estar haciendo un llamado implícito para que Jesús resucitara a su hermano de entre los muertos. La muerte de su hermano Lázaro no había destrozado su fe en Jesús; seguía confiando en Él.

Versículos 23, 24. D. A. Carson se refirió a 11.23 como «una obra maestra de una ambigüedad planeada».¹¹ Por un lado, **Tu hermano resucitará**

¹⁰ «Inmediatamente después de que el cuerpo es sacado de la casa, todas las sillas y sofás son invertidos y los dolientes se sientan (excepto en día de reposo, y el viernes sólo durante una hora) en el suelo o en un taburete bajo» (Alfred Edersheim, *Sketches of Jewish Social Life in the Days of Christ [Bocetos de la vida social judía en los días de Cristo]* [London: Religious Tract Society, 1876], 174). Para un ejemplo del Antiguo Testamento de esta idea, vea Job 2:13.

¹¹ D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 412.

podría interpretarse simplemente como un consuelo para alguien que estaba de luto por la pérdida de un hermano. **Marta** respondió: **Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.** Debido a la influencia de los fariseos y de los que se adherían a sus enseñanzas, la creencia en la resurrección de los muertos era común entre los judíos, a pesar de que los saduceos la negaban (vea 5.28, 29; Mt 22.23; Hch 23.8). Jesús compartía la creencia de los fariseos, como era evidente en Su controversia con los saduceos en el templo (Mr 12.18–27). El hecho de que Marta compartía esta creencia y entendía que Jesús estaba refiriéndose a esa resurrección se hace evidente en su declaración en 11.24. Por otro lado, Jesús estaba prometiendo la inminente resurrección de Lázaro. La idea de una resurrección inmediata de su hermano le era ajena a Marta, sin embargo, pronto presenciaría el acontecimiento. El comentario de Marta dio paso a una de las mayores declaraciones de Jesús en este Evangelio.

Versículos 25, 26. Jesús ya se había atribuido tener autoridad, la cual le fue otorgada por el Padre, como Aquel que da vida a los muertos en el día postrero (5.21, 25–29; 6.39, 40). Aquí, en Su quinta declaración «Yo soy» con un complemento de predicado,¹² repitió esa verdad, sin embargo, fue más allá de la seguridad que había dado diciendo: **Yo soy la resurrección y la vida.**¹³ Al percibir que Marta no comprendió el significado de «Tu hermano resucitará» (11.23), desvió su atención de la resurrección en el día postrero a una creencia personal en Él, Aquel que podría proporcionarla ese mismo día. En la mayoría de Sus declaraciones «Yo soy», Jesús utilizó figuras retóricas para ilustrar y darse a entender. Se describió a Sí mismo como una puerta o como una vid. Aquí, sin embargo, no utilizó una figura retórica. Cuando en Capernaúm dijo que Él daba el pan del cielo (6.27), no sólo quiso decir que daba el pan del cielo, sino también que Él era «el pan de vida» (6.35). De manera similar, Jesús no sólo podía resucitar a los muertos y conceder vida, sino que estaba diciendo que sólo Él es «la resurrección y la vida».

La pretensión de Jesús en cuanto a ser «la resurrección y la vida» plantea una pregunta: ¿Son «resurrección» y «vida» esencialmente lo mismo,

¹² Vea comentarios sobre 6.35 y 9.5.

¹³ Las declaraciones anteriores son «Yo soy el pan de vida» (6:35, 48), «Yo soy la luz del mundo» (8:12), «Yo soy la puerta de las ovejas» (10.7; vea 10.9) y «Yo soy el buen pastor» (10.11, 14).

haciendo de la mención de «vida» una manera de enfatizar un punto o exponer el significado de «resurrección», o se refieren «resurrección» y «vida» a dos cosas complementarias pero distintas?¹⁴ La segunda alternativa es más plausible. Aparentemente, las dos cláusulas que siguen a la afirmación de Jesús de ser «la resurrección y la vida» fueron aclaraciones de Su afirmación. Como se muestra a continuación, la primera cláusula explica la afirmación «Yo soy la resurrección», mientras que la segunda explica «Yo soy [...] la vida»:

«Yo soy la resurrección»; **el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.**

«Yo soy [...] la vida»; **Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.**

Puesto que Jesús es la *resurrección*, el que cree en Él, aunque muera, vivirá nuevamente, es decir, «vendrá a la vida». Las palabras son una garantía de una resurrección general en el día postrero y también una garantía de Jesús mismo resucitando de entre los muertos como «primicias de los que durmieron» (1^a Co 15.20). Puesto que Jesús es la *vida*, «todo aquel que vive y cree en [El], no morirá eternamente». En griego, los participios que se traducen como «vive» (ζῶν, *zōn*) y «cree» (πιστεύων, *pisteuōn*) están precedidos por un artículo (ὁ, *ho*), indicando la conexión más cercana posible.

Carson señaló que «el verbo *vive* no puede querer decir simplemente *estar vivo*», ya que es obvio que «sólo los que están vivos pueden creer!».¹⁵ Entonces, ¿qué quiere decir «vive»? «Vive» quiere decir ser partícipes de la vida resucitada de Jesús, tener vida y tenerla en abundancia (10.10), o tener vida eterna (5.24; 10.28). Quiere decir tener una vida cualitativamente relacionada con la vida de Dios mismo (vea 2^a P 1.4; vea comentarios sobre 5.24). Se tiene esta vida cuando se está «en Cristo», condición que existe cuando se cree en Él y se nace de arriba obedeciéndole (1.12, 13; 3.3, 5, 36). El creyente es «[sepultado] juntamente con él para

¹⁴ Varios académicos han debatido este tema, incluyendo J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:388; C. H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto Evangelio)* (Cambridge: University Press, 1953), 365; F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 244–45; y Carson, 412–13. Algunos de los comentarios aquí se basan en declaraciones de Carson.

¹⁵ Carson, 413.

muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (Ro 6.4). El creyente que ha sido «[resucitado] de los muertos» está espiritualmente vivo.

¿Qué quiere decir «cree» en 11.26? Mientras que «vive» se refiere a la transformación que el creyente experimenta cuando nace de arriba, «cree» se refiere a la forma en que el creyente tiene que vivir. Se mantiene confiando en Jesús, entregando su voluntad a la voluntad de Jesús. Por esta fe continua y sumisa, el creyente mantiene la vida espiritual que posee.

En la última parte del versículo 25, Jesús estaba afirmando que el creyente, aunque muera, llega a tener vida, o «vive», nuevamente en la resurrección general en el día postrero. Luego, en la primera parte del versículo 26, afirmó que el que goza de la vida resucitada de este lado de la muerte física nunca experimentará la muerte espiritual. Jesús no quiso decir que aquellos que creen en Él no morirán físicamente. Quiso decir que Sus seguidores no experimentarán la muerte eterna como consecuencia del pecado. La muerte para el cristiano no es más que una breve interrupción a medida que el creyente pasa a una comunión aún mayor con Dios y los redimidos de todas las eras. Los salvos no morirán espiritualmente en la resurrección en el día postrero, sino que gozarán de vida eterna en un sentido cualitativo y cuantitativo por toda la eternidad.

Los versículos 25 y 26 son la verdadera clave para entender todo Juan 11. Aquí están actuando dos niveles de significado, a saber: la victoria sobre la muerte física y la victoria sobre la muerte espiritual. Para los no creyentes, la muerte es tanto física como espiritual. Para el creyente, la muerte es física, pero no espiritual. Si Jesús podía dar vida a un hombre que había estado muerto durante cuatro días, ¿no verifica esto que puede dar vida a un alma enferma de pecado? Como señal, la resucitación de Lázaro no sólo fue un clímax, sino también una recapitulación, es decir, la señal repetía temas anteriores en el ministerio de Jesús. Jesús había ofrecido previamente vida espiritual a Nicodemo (cap. 3) y a la mujer samaritana (cap. 4). También había ofrecido bendiciones físicas de vida a un parálítico (cap. 5) y a un ciego (cap. 9). Los versículos 25 y 26 refuerzan temáticamente todo lo anterior.

Después de que Jesús afirmó ser «la resurrección y la vida» y esclareció esta pretensión,

le presentó un desafío a Marta: **¿Crees esto?** La pregunta constituía una prueba de la fe de Marta y de la confianza continua en Jesús solamente como «la resurrección y la vida», y como Aquel por quien la vida, que ni siquiera puede ser tocada por la muerte, llega a todo creyente.

Versículo 27. Con frecuencia, a Marta se le retrata como la preocupada por muchas cosas a un nivel físico y no muy preocupada por las cosas espirituales como lo era María (vea Lc 10.41, 42). Si bien es cierto que Marta era la «ocupada» de las hermanas, era indudablemente una mujer de profunda fe. ¿Creía ella lo que Jesús acababa de decir? Sin vacilación, ella dijo: **Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.** Ella no entendía lo que Jesús acababa de decir más de lo que entendían los demás discípulos antes de la resurrección misma de Jesús; sin embargo, cuando se le preguntó acerca de su fe, expresó una firme convicción. Su respuesta fue una confesión de fe; anticipa la declaración de Juan del propósito de su relato del Evangelio (20.30, 31). Ella no simplemente dijo, «Creo», como una vaga convicción, sino, «yo he creído...». El verbo *πεπίστευκα* (*pepisteuka*) está en tiempo perfecto y quiere decir «He llegado a creer». Su fe era una con convicción establecida, adoptada antes y que seguía vigente. El enfático «yo» (*ἐγώ, egō*) añadía a la fe que expresó. En efecto, ella estaba diciendo: «Yo, por mi parte, independientemente de los demás, he creído y ahora sigo creyendo».

La confesión de Marta parece formal, muy parecida a lo que las personas dirían cuando se les está bautizando. Sin embargo, a lo mejor no lo dijo exactamente de esta manera. Su aceptación de Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios y Aquel que venía podría haber sido expresada básicamente en tres o cuatro frases. El contenido de la confesión de Marta tiene tres partes, cada una de las cuales es necesaria para creer plenamente en Jesús. 1) Jesús es «el Cristo», el Mesías, largamente esperado por los judíos. Es el mismo reconocimiento hecho primeramente por Andrés (vea comentarios sobre 1.41). Jesús es el Elegido prometido por Dios. Es el cumplimiento del plan de Dios anunciado por los profetas. 2) Jesús es «el Hijo de Dios», como reconocieron tanto Juan el Bautista como Natanael (1.34, 49). Es más que un ser humano: Es el Hijo de Dios, Aquel que posee la misma naturaleza que el Padre mismo (vea 5.18). Más adelante, Juan diría que las señales que analizó «se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de

Dios» (20.31). 3) Jesús es Él «que [ha] venido al mundo», «aquel que había de venir» (Mt 11.3) de quien Moisés y los profetas escribieron (1.45) y que fue enviado al mundo por Dios para cumplir Su voluntad. Las tres afirmaciones de Marta sobre Jesús daban una visión exaltada de la Persona de Cristo y demostraban una profunda fe en Jesús. Su confesión recuerda a la de Pedro en Mateo 16.16 (vea Mr 8.29; Lc 9.20).

JESUS Y MARÍA (11.28–32)

²⁸Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: **El Maestro está aquí y te llama.** ²⁹Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él. ³⁰Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. ³¹Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo: **Va al sepulcro a llorar allí.** ³²María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: **Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano.**

Versículos 28, 29. La llegada de Jesús a las afueras de Betania no fue ampliamente conocida, y Marta no quería que los muchos judíos que habían venido a expresar sus condolencias supieran que Jesús estaba cerca (11.19). Por lo tanto, **en secreto** le dijo a **María** que Jesús había venido, probablemente para darle la oportunidad de pasar un tiempo a solas con Jesús como ella acababa de hacer. Marta le dijo a María: **El Maestro** [«el Rabino»; vea comentarios sobre 1.38; 20.16] **está aquí.** Los discípulos comúnmente se referían a Jesús de esta manera (vea 13.13). Jesús adoptó un punto de vista diferente al de los rabinos que se negaban a enseñarles a las mujeres. El artículo definido enfatiza Su singularidad. Jesús es en efecto el Maestro de maestros. Al enterarse de que Jesús le [**llamaba**], **María se levantó de prisa y vino a él.** Así como Marta quería ver a Jesús, María tenía un gran deseo de hacer lo mismo.

Versículos 30, 31. Juan añadió un comentario explicativo para aclarar por qué María tuvo que salir de la casa para ver a Jesús. Dijo que **Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado.** Marta había ido a las afueras del pueblo para encontrarse con Jesús (11.20), y estaba en ese

mismo lugar. El texto no dice por qué Jesús aún no había entrado en el pueblo. Tal vez fue para darle a María la misma oportunidad que le dio a Marta de pasar un momento a solas con Él. Si es así, fue en vano porque los dolientes **la siguieron, diciendo: Va al sepulcro a llorar allí**, y allí continuaron consolándola.

Versículo 32. Cuando **María** se encontró con **Jesús** donde la estaba esperando, ella **se postró a sus pies**. Al igual que Marta, María expresó su fe en Jesús y su confianza en que podría haber sanado a su hermano, pues dijo: **Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano**. A diferencia de Marta, María no extendió su afirmación a ninguna otra declaración de fe; sin embargo, no se debe llegar a la conclusión de que su fe era menor que la de Marta.

ENOJO Y DOLOR DE JESÚS (11.33–37)

³³Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, ³⁴y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. ³⁵Jesús lloró. ³⁶Dijeron entonces los judíos: Mirad cómo le amaba. ³⁷Y algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?

Versículos 33–35. De acuerdo con los funerales de los judíos, se esperaba, incluso entre las familias pobres, que se contrataran al menos dos flautistas y una mujer llorona;¹⁶ y esta familia estaba lejos de ser pobre (12.1–3). La escena incluyó el llanto de María y Marta, el de sus amigos y el de los llorones profesionales. La palabra para «llorando» es *κλαίω* (*klaiō*), lo que implica un llanto fuerte e incluso lamentos. La expresión de emociones desenfrenadas era consecuente con el hábito de esos días. Cuando **Jesús** observó todo esto: ... **se estremeció en espíritu y se conmovió** (11.33). Tenemos que abordar dos preguntas: «¿Cuál fue la reacción de Jesús?» y «¿Por qué reaccionó como lo hizo?».

La pregunta acerca de la reacción de Jesús no involucra el significado de «en espíritu». Todos están de acuerdo en que la frase no se refiere al Espíritu Santo, pero esencialmente tiene la misma idea de *ἐν ἑαυτῷ* (*en heautō*, «adentro», o literalmente «en Sí mismo») en 11.38. Más bien, el tema depende del significado de «se estremeció» (*ἐμβριμάομαι*,

¹⁶ Mishná *Ketuboth* 4.4.

embrimaomai). En su significado principal, este término quiere decir estar «enfadado» o «expresar disgusto violento».¹⁷ Se utiliza en la LXX para mostrar indignación y enojo (Dn 11.30; vea Lm 2.6). En el Nuevo Testamento, la palabra aparece dos veces en este capítulo (11.33, 38) y en otros lugares sólo tres veces. En Mateo 9.30 y Marcos 1.43, Jesús «les encargó rigurosamente» a las personas a quienes había sanado; y en Marcos 14.5 algunos «murmuraban contra» una mujer por desperdiciar perfume. La pregunta surge naturalmente: «¿Tiene el término el mismo significado en este uso?». Varios comentaristas creen que sí. Si es así, Jesús se llenó de indignación. George R. Beasley-Murray señaló que, si bien la tradición inglesa entiende que el término indica una profunda emoción, la tradición alemana considera que se refiere a ira.¹⁸ Rechazando la interpretación inglesa, Carson pensó que la «reacción interna de Jesús era ira, furia o indignación».¹⁹ Por otro lado, a Morris le resultaba difícil creer que Jesús estaba enojado y señaló que Juan estaba «diciendo claramente que Jesús estaba profundamente conmovido».²⁰ El apoyo para lo anterior lo vemos en la frase «se conmovió» (de *ταράσσω*, *tarassō*), lo que implica temblor o estremecimiento. Tan poderosa fue la reacción emocional de Jesús ante la escena que «se estremeció» como resultado de ella. Esta idea se refleja en la traducción de E. V. Rieu, que consigna: «... dio paso a tal angustia de espíritu que hizo temblar su cuerpo».²¹

El verbo que se traduce como «se conmovió» en el versículo 33 y en otros lugares transmite un sentimiento de indignación; sin embargo, William Hendriksen tuvo razón al decir que la intensa emoción experimentada por Jesús incluía un elemento adicional además de indignación, a saber, conmisericordia.²² Lo anterior se ve respaldado por

¹⁷ James Hope Moulton y George Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament (El vocabulario de Testamento Griego)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960), 206.

¹⁸ Beasley-Murray, 192.

¹⁹ Carson, 415. Los comentarios de Woods están esencialmente de acuerdo con los de Carson, aseverando que la palabra “transmite la noción de ira, indignación” (Woods, 241).

²⁰ Morris, 494.

²¹ E. V. Rieu, *The Four Gospels (Los cuatro Evangelios)* (Baltimore: Penguin Books, 1953), 225.

²² William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to John (Exposición del Evangelio según Juan)*, 2 vols. en uno, *New Testament Commentary* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1953), 2:154.

el contexto inmediato, que apunta al llanto de María, los amigos y los dolientes profesionales. Es razonable que Jesús, el «Admirable [y] Consejero» (Is 9.6), se conmoviera profundamente y se preocupara y llenara de compasión por esta familia que tanto amaba. No parece haber ninguna razón para que el verbo no pueda abarcar tanto indignación como compasión.

Jesús no estaba conmovido ni afligido por causa del llanto de María y de los demás; Jesús mismo derramó lágrimas (11.35). Tal vez Jesús estaba enojado y afligido hasta el punto de estremecerse debido al pecado, la enfermedad, la muerte y la desolación que traen sobre la humanidad como resultado de la obra de Satanás. Su efecto fue evidente en el dolor que experimentaban María, Marta y sus amigos. J. Ramsey Michaels resumió la respuesta de Jesús de la siguiente manera:

Verla a ella y a estos otros judíos llorando despertó las emociones de Jesús: dolor (v.^o 35), agitación, y (sorprendentemente) enfado (v.^{os} 33, 38). No estaba enojado con María y sus compañeros dolientes por perder el control (el fuerte llanto era normal y esperado en tales situaciones), ni por su falta de fe en lo que Él haría (porque no tenían manera de saber qué sería). Más bien, le enfadaba la muerte, el Enemigo que mantiene cautivos a todos los seres humanos en inmundicia y vergüenza.²³

Otros han defendido que la ira de Jesús en el versículo 33 iba dirigido al pueblo de Dios y su incredulidad. Beasley-Murray dijo que, a pesar del testimonio de la Escritura, y a pesar de las señales que Jesús había hecho entre ellos, se afligieron «como los otros que no tienen esperanza» (1^a Ts 4.13).²⁴ Había dado testimonio de Su soberanía divina y les había proclamado la palabra prometiéndoles vida tanto en la tierra como en el futuro. Jesús tenía todo para ofrecerles a estas personas, sin embargo, lo estaban rechazando. El enojo de Jesús no iba necesariamente dirigido exclusivamente a una u otra de estas posibilidades; podría haber estado enfadado por el pecado, el dolor y la muerte, así como por la incredulidad que demostraron algunos.

Jesús preguntó: **¿Dónde le pusisteis?** (11.34). Su pregunta simplemente pidió información; sin embargo, no le faltaba Su propio conocimiento. Preguntó en beneficio de los presentes. La respuesta

²³ J. Ramsey Michaels, *John (Juan)*, New International Biblical Commentary (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1989), 203.

²⁴ Beasley-Murray, 193.

a la pregunta de Jesús, que aparentemente vino de María y Marta, fue una invitación que decía **ven y ve**. Esta redacción hace eco de Su invitación a Sus dos primeros discípulos (1.39) y la invitación de Felipe a Natanael (1.46). Para el lector, este intercambio también indica que Jesús estaba listo para hacer lo que había venido a hacer: levantar a Lázaro de entre los muertos.

Es desafortunado que la declaración **Jesús lloró** (11.35) sea recordada por muchos por ser el versículo más corto en nuestras Biblias en lugar de la información que transmite. En realidad, no es el versículo más corto del texto griego, ya que 1^a Tesalonicenses 5.16, «Estad siempre gozosos», tiene catorce letras, mientras que «Jesús lloró» tiene dieciséis letras.

El verbo «lloró» (δακρῦω, *dakruō*) difiere del que describe el llanto de María y los judíos (κλαίω, *klaio*). Quiere decir «derramar lágrimas» y designa un tipo silencioso de llanto en lugar de llanto fuerte que incluía el lamento.

¿Por qué lloró Jesús? No derramó lágrimas por Lázaro, porque estaba planeando resucitarlo de entre los muertos. El mismo pecado, dolor, muerte e incredulidad que motivó la agitación de Jesús también provocó Su dolor personal. Si bien lo anterior es cierto, la humanidad de Jesús se enfatiza aquí, como lo es a lo largo del Evangelio de Juan. Jesús exhibió toda necesidad y emoción humana: se cansó (4.6), tuvo sed (4.7; 19.28), fue compasivo (11.5) y lloró (11.35). Como observó el autor de Hebreos, Jesús fue partícipe de la suerte en común de la humanidad (He 4.15). Su gran pesar fue por las dos amadas hermanas de Lázaro y por la multitud de Sus amigos. Al derramar estas lágrimas en la tumba de Su amigo Lázaro, Jesús se identificó con todos los que han perdido a sus seres queridos.

Versículos 36, 37. El derramamiento de lágrimas por parte de Jesús fue interpretado de dos maneras por aquellos que lo presenciaron. 1) Algunos quedaron impresionados al verle llorar y dijeron: **Mirad cómo le amaba**. Las lágrimas de Jesús indicaban efectivamente que amaba a Lázaro y a sus dos hermanas (11.3, 5), sin embargo, estos que miraban no entendían la verdadera razón de Sus lágrimas. 2) Otros expresaron sorpresa de que Aquel que podía sanar al hombre que nació ciego (9.1–12) no podría haber impedido la muerte de Su amigo. Estaban diciendo: **¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?** Ellos, al igual que Marta

(11.21) y María (11.32), pensaron que Jesús podría haber impedido la muerte de Lázaro si hubiera estado presente mientras Su amigo estaba enfermo. No estaban considerando la posibilidad de que Lázaro fuera resucitado de entre los muertos; sólo pensaban en el milagro sanador en Jerusalén del cual habían oído y tal vez incluso presenciado. La forma de su pregunta esperaba la respuesta «sí», sin embargo, todavía indicaba una falta de fe de su parte. Seguramente, pensaron, si Jesús era lo que decía ser, podría haber actuado para evitar la muerte de Su amigo.

Habiendo sido informado de la enfermedad de Su amigo Lázaro, Jesús había ido para estar con María y Marta. Sin embargo, había esperado hasta el momento adecuado, sabiendo que usaría esta oportunidad «para la gloria de Dios» y para Su propia glorificación como «el Hijo de Dios» (11.4). Los dolientes no compartieron Su confianza en Su cálculo del tiempo y obras. Pensaron que Jesús había dejado pasar la oportunidad de ayudar a Lázaro, y estaban reacios a seguir Sus instrucciones.

«LÁZARO, VEN FUERA» (11.38–44)

³⁸Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. ³⁹Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. ⁴⁰Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? ⁴¹Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. ⁴²Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. ⁴³Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! ⁴⁴Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.

Versículo 38. Cuando Jesús se acercó al sepulcro, se [conmovió] profundamente. Sin duda, Su agitación se debió en parte a la incredulidad que acaban de expresar algunos en 11.37. El verbo que expresa la exhibición de emoción de Jesús (ἐμβριμάομαι, *embrimaomai*, «profundamente conmovido») es el mismo verbo utilizado anteriormente (vea comentarios sobre 11.33–35). Jesús

fue al sepulcro, que se describe como **una cueva que tenía una piedra puesta encima**. Estas cuevas eran a veces naturales, mientras que otras eran cortadas en la roca. Eran lugares comunes de sepultura en la Palestina de esos días, especialmente para personas adineradas. El texto no revela si la cueva era vertical con una piedra colocada en la parte superior de la abertura u horizontal con una piedra colocada contra la abertura. Comúnmente se usaban piedras para sellar ambos tipos. El contexto relata que Lázaro salió (11.44), sugiriendo que la cueva era horizontal. La descripción es muy similar a la descripción de la sepultura en la que fue puesto Jesús posteriormente (vea Mt 28.2; Mr 16.3, 4; Lc 24.2; Jn 20.1).

Versículos 39, 40. Marta se sorprendió por la petición de Jesús: **Quitad la piedra**. La descripción de Juan no deja lugar a dudas sobre la realidad de la muerte de Lázaro. Marta, siempre tan práctica, señaló que porque habían pasado **cuatro días** desde la muerte de Lázaro, la descomposición habría comenzado, pues dijo: **hiede ya**. Los judíos, a diferencia de los egipcios, no practicaban el embalsamamiento en el siglo primero d.C. Los muertos eran sepultados típicamente el día de la defunción (vea comentarios sobre 11.17). Según la costumbre judía, sus cuerpos eran envueltos en vendas de tela (vea 11.44), y se les agregaban especias para contrarrestar el olor.

Jesús la consoló recordándole Su promesa: **¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?** Las palabras en realidad hicieron eco más de lo que había dicho a Sus discípulos (11.4), sin embargo, eran la esencia de la certeza que le había dado a Marta en 11.23, 25, 26. La promesa de Jesús era que ella vería la manifestación de la gloria de Dios en la resurrección de su hermano de entre los muertos. Si bien muchos serían testigos del milagro, el verdadero significado de lo que Jesús haría era discernible sólo por aquellos que tenían fe. Estos creyentes serían testigos de un acontecimiento milagroso que manifestaba la gloria misma de Dios y, a su vez, glorificaba a Su Hijo.

Versículos 41, 42. Siguiendo las instrucciones de Jesús, **quitaron la piedra**. El texto no dice quién quitó la piedra, pero aparentemente fueron los judíos que habían venido a consolar a Marta y a María (vea 11.19). Antes del milagro, **Jesús** levantó Sus **ojos** al cielo (vea 17.1) y pronunció una oración que fue significativa por varias razones.

Primero, se dirigió a Dios simplemente como **Padre** (vea 12.27, 28; 17.1, 25), en lugar de «Padre

nuestro»; porque Su relación con el Padre era muy diferente a la de los demás.

Segundo, dio **gracias** al Padre por haberle **oído**. El aorista (ἤκουσας, *ēkousas*, «oído») señala un acto definitivo de oración, sea ya expresada o mentalmente solicitada por Jesús para que Lázaro fuera resucitado. La súplica ya se había realizado; ahora era el momento de dar gracias.

Tercero, la unión eterna del Padre y del Hijo es clara en las palabras de Jesús, que dice: **Yo sabía que siempre me oyes**.

Cuarto, pronunció Su oración de agradecimiento en voz alta **por causa de la multitud que [estaba] alrededor**. La oración enfatizaba que Jesús no hizo nada por Sí mismo, sino que era sumiso al Padre. Sus palabras no fueron para el espectáculo público; habían de manifestar el poder divino.

Finalmente, tenía un gran deseo de que las personas **[creyeran]** que había sido **enviado** por el Padre. Enfatizó que dependía de Su Padre y deseaba mostrar la gloria de Dios (11.40). Deseaba que las personas llegaran a creer en Él.

Versículos 43, 44. Después de Su oración, Jesús llamó al hombre muerto. ... **clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera!** La expresión «clamó a gran voz» se deriva del verbo κραυγάζω (*kraugazō*), que quiere decir «clamar en voz alta». Aquí se refuerza con φωνῆ μεγάλης (*phōnē megalē*), que se traduce como «clamó a gran voz». El verbo *kraugazō* aparece nueve veces en el Nuevo Testamento griego, seis de los cuales están en Juan (11.43; 12.13; 18.40; 19.6, 12, 15; Mt 12.19; Lc 4.41; Hch 22.23). Cuatro de estas ocurrencias designan clamores en relación con la crucifixión de Jesús (18.40; 19.6, 12, 15). El fuerte clamor no fue necesario para que escuchara Lázaro, más bien, fue para el beneficio de la multitud. Morris dijo: «Probablemente fue en parte al menos para que la multitud supiera que no era un acto de magia, sino el poder mismo de Dios. Los magos susurraban sus encantamientos y hechizos [vea Is 8.19]. No hizo así el Hijo de Dios».²⁵

Lázaro salió a causa del mandamiento autoritario de Jesús. El mandamiento a Lázaro fue un ejemplo de lo que sucederá en el día postrero, cuando todos en sus sepulcros oirán la voz de Jesús y saldrán (5.28, 29). Se ha dicho que Su voz fue tan llena de autoridad que si no hubiera especificado que Lázaro saliera, todos los que estaban en los sepulcros habrían salido.

El milagro fue instantáneo, completo e in-

²⁵ Morris, 498.

contestable en cuanto a su realidad. **Y el que había muerto** es la traducción de ὁ τεθνηκώς (*ho tethnēkōs*) por parte de la Reina-Valera, un participio perfecto que literalmente quiere decir «el que hubo muerto». El verbo raíz es θνήσκω (*thnēskō*). Se utiliza en otra parte del Evangelio de Juan sólo en 19.33 (también en forma de participio), revelando una interesante conexión entre los relatos de las resurrecciones de Lázaro y Jesús. Al igual que con la eventual muerte de Jesús, no podía negarse que Lázaro había muerto. Juan no reveló nada sobre la existencia de Lázaro después de haber muerto ni nada sobre él después de su resurrección. El énfasis está en el milagro de su resurrección de entre los muertos. Lázaro **salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario**, literalmente un paño para limpiar la transpiración o sudor (vea Hch 19.12). El término se deriva de σουδάριον (*soudarion*), que en sí es una transliteración del *sudarium* latino, «una servilleta». Más adelante, Juan describió el cuerpo de Jesús como siendo preparado de la misma manera (vea 19.40; 20.5, 7).

Esta escena de la resurrección tuvo que haber sido, en efecto, una vista inusual, y es difícil entender cómo Lázaro, atado con vendas, podría haber salido del sepulcro. Edwyn Clement Hoskyns dijo: «Basil sugirió [...] un milagro dentro de un milagro. Lázaro no sale caminando de la tumba; más bien es extraído firmemente vendado...».²⁶ No es necesario llegar a la anterior conclusión; porque una persona atada como lo estaba Lázaro, aunque incapaz de caminar, al menos podría arrastrar sus pies hasta la entrada de la cueva. Cuando emergió, **Jesús rápidamente mandó a los transeúntes: Desatadle, y dejadle ir**. Esto concluye de manera muy abrupta el milagro más dramático en el ministerio de Jesús: la resurrección de entre los muertos de un cadáver en descomposición. Efectivamente, Jesús es «la resurrección y la vida» (11.25), ¡Aquel que tiene toda autoridad, incluso sobre la muerte!

EL EFECTO DE LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO (11.45–57)

⁴⁵Entonces muchos de los judíos que habían

²⁶ Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto Evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 407. Basilio, obispo del siglo cuarto, escribió acerca de Lázaro: «Porque atado [en envolturas de sepultura], salió. Sus pies no le sostuvieron, más bien, la gracia le proporcionó alas» (Basil *Homilía sobre Lázaro* 11–12).

venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. ⁴⁶Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho. ⁴⁷Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. ⁴⁸Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. ⁴⁹Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ⁵⁰ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. ⁵¹Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; ⁵²y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. ⁵³Así que, desde aquel día acordaron matarle.

⁵⁴Por tanto, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se alejó de allí a la región contigua al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y se quedó allí con sus discípulos.

⁵⁵Y estaba cerca la pascua de los judíos; y muchos subieron de aquella región a Jerusalén antes de la pascua, para purificarse. ⁵⁶Y buscaban a Jesús, y estando ellos en el templo, se preguntaban unos a otros: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? ⁵⁷Y los principales sacerdotes y los fariseos habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen.

Versículos 45, 46. Las palabras y los hechos de Jesús siempre causaban división (vea 7.43; 9.16; 10.19). Fue especialmente cierto en el caso de cuando resucitó a Lázaro de entre los muertos. Esta revelación de la gloria de Dios dio como resultado la creencia de **muchos de los judíos**; a quienes se les describió como aquellos **que habían venido para acompañar a María**. A lo largo de la narración, el énfasis ha estado en Marta; ahora Juan llamó la atención a los judíos que acompañaban a María. Ya Juan había mencionado que estaban con María (11.31, 33). ¿Por qué ahora nombraría a María y no a Marta? Marta era la hermana mayor y la práctica, mientras que María parecía ser menos práctica y más sensible. Fue la que se sentó a los pies de Jesús en Lucas 10.39 y también ungió a Jesús en Juan 12.3. Probablemente tenía un círculo más amplio de amigos que Marta. Por la razón que fuera, Juan asoció a «los judíos» (no pensado en

un sentido negativo aquí; vea comentarios sobre 1.19) con ella una vez más. Estos judíos **vieron lo que hizo Jesús**. El verbo «vieron» de θεάομαι (*theaomai*; vea 1.14), indica que habían observado atentamente lo que Jesús había hecho. El resultado de este cuidadoso examen fue que ellos **creyeron en él**. Sin embargo, una fe basada simplemente en señales, aunque no es la más grande, sigue siendo fe. Es mejor que ninguna fe en absoluto (vea 2.23–25).

En contraste con aquellos que pusieron su fe en Jesús, **algunos de ellos fueron a los fariseos** para informar lo que **Jesús había hecho**. Lo que se insinúa es que su intención no era amistosa, tal vez incluso hostil. Lo anterior es plausible porque se establece un contraste entre los que creyeron y los que fueron a dar un informe a los fariseos. Los fariseos (vea comentarios sobre 1.24; 7.32) eran el partido religioso más celoso y estaban más en contacto con la gente común. Un evento con la magnitud de la resurrección de Lázaro naturalmente sería algo de lo cual informarles. La incredulidad de los que fueron a los fariseos cumplió lo que Jesús había dicho en Lucas 16.31: «Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos». La raíz de la incredulidad no es la falta de evidencia, sino la dureza del corazón. Estos judíos tenían pruebas abrumadoras de la resurrección de Lázaro de entre los muertos; sin embargo, en lugar de ser convencidos por la evidencia de creer en Jesús, se empeñaron más en oponersele.

Versículos 47, 48. Cuando los líderes judíos oyeron que Jesús había resucitado a Lázaro de entre los muertos, convocaron una reunión del **concilio**, el Sanedrín (συνέδριον, *sunedrion*; vea comentarios sobre 7.32). Fue sin duda una reunión no oficial y no una sesión del consejo propiamente dicha. La referencia a Caifás como «uno de ellos» (11.49) apoya el carácter no oficial de la reunión. Para que haya sido una asamblea formal del Sanedrín, tenía que haber sido convocada por Caifás, «sumo sacerdote aquel año» (11.49). La expresión **los principales sacerdotes y los fariseos** constituye un nombre completo para aquellos que conformaban el alto tribunal de justicia. Los «principales sacerdotes» incluían al sumo sacerdote y a los miembros de las distinguidas familias sacerdotales, la mayoría de las cuales eran saduceas. Constituían la mayoría del concilio, mientras que los «fariseos» eran de la minoría y en su mayoría eran escribas. Los saduceos «se oponían diametralmente en filosofía

y religión a los fariseos»,²⁷ sin embargo, ahora estaban dispuestos a alinearse con los fariseos para debatir el problema de Jesús. A partir de este punto en Juan, a los fariseos no se les menciona mucho; los principales sacerdotes tomaron la iniciativa en la comparecencia de Jesús.

El tono del concilio era de pánico. Comenzaron preguntando: **¿Qué haremos?** Su pregunta podría ser interpretada como retórica («¿Qué estamos logrando?»; NIV) o deliberativa («¿Qué debemos hacer?»; ESV). La primera querría decir que estaban especulando sobre la eficacia de sus pasos hasta este punto. En ese caso, la respuesta esperada era «nada». (La nota al pie de página de la NAB consigna: «¿Por qué no estamos haciendo nada?».) En este último escenario, estaban diciendo que necesitaban desarrollar un plan de acción. La idea, entonces, sería «¿Qué debemos hacer?».

El problema declarado era **Porque este hombre hace muchas señales**. A las autoridades religiosas les pareció indiscutible que Jesús efectivamente había realizado «muchas señales» sanando al hijo del noble (cap. 4), al hombre del estanque de Betesda (cap. 5), y al hombre nacido ciego (cap. 9), pero especialmente resucitando a Lázaro. La evidencia de los milagros, en lugar de generar fe, hizo que se volvieran más insensibles contra Jesús. Las autoridades religiosas temían que «las expectativas mesiánicas populares [dispararan] un frenesí, y, con o sin la sanción de Jesús, activar un levantamiento que provocaría que todo el peso de Roma cayera sobre sus cabezas».²⁸

Su preocupación era que una respuesta así de **los romanos** podría terminar en **[destruir] nuestro lugar santo y nuestra nación**. La frase «nuestro lugar santo» era probablemente una referencia al templo (vea Hch 6.13; 21.28), mientras que «nuestra nación» se refería al estatus semiautónomo que les habían concedido los romanos. Las autoridades religiosas expresaron temor de que, si se producía un levantamiento popular, los romanos les quitarían tanto su templo como su nación. Pese a que el significado concreto de «nuestro lugar santo» es el templo, *τόπος* (*topos*) también puede querer decir «posición». Si bien estos líderes parecían estar preocupados por el templo y la nación, tal vez estaban más impulsados por su propia codicia de posiciones de poder, prestigio y privilegio.

²⁷ G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)* (New York: Fleming H. Revell Co., s.f.), 202.

²⁸ Carson, 420.

Versículos 49, 50. Bajo la ley hebrea, el oficio de **sumo sacerdote** era de por vida (vea Nm 20.23–28; 35.25); sin embargo, bajo la jurisdicción romana, el sumo sacerdote ocupaba su cargo sólo según lo determinado por los romanos. Anás sirvió como sumo sacerdote en el 6–15 d.C., pero continuó teniendo influencia durante muchos años (vea 18.12–24). José **Caifás** (como le llamó Josefo), el yerno de Anás, fue nombrado sumo sacerdote en el 18 d.C. por el prefecto romano Valerio Grato.²⁹ Ocupó este cargo hasta el año 36 d.C. y fue sumo sacerdote cuando Poncio Pilato gobernó Judea. Además de Juan (18.13, 14, 24, 28), sólo Mateo menciona a Caifás por nombre en la narrativa de la pasión (Mt 26.3, 57). Se le menciona dos veces en otros contextos (Lc 3.2; Hch 4.6).

En vista de que a Caifás se le identifica como «sumo sacerdote» **aquel año**, un lector podría concluir erróneamente que Juan pensaba que el sumo sacerdote era nombrado cada año por los romanos. Este no fue ciertamente el caso, como lo demuestra el largo mandato de Caifás de dieciocho años. Sin embargo, cuando un sumo sacerdote ofendía al gobernador romano, por lo general era reemplazado. Andreas J. Köstenberger señaló:

Valerio Grato, el predecesor de Pilato, depuso repetidamente a los sumos sacerdotes después de un corto período de mandato. Así, los tres sumos sacerdotes antes de Caifás (15–18 d.C.), así como su inmediato sucesor (36 d.C.), cada uno ocupó su cargo durante aproximadamente un año; lo mismo ocurrió con los tres sumos sacerdotes bajo Agripa (41–44 d.C.) y la mayoría de los sumos sacerdotes del 44 al 66 d.C.³⁰

Por lo tanto, la frase «aquel año» podría haber sido utilizada debido a la inestabilidad del sumo sacerdocio, ya que muchos hombres ocuparon el cargo en el siglo primero. Otra posibilidad es que Juan estaba enfatizando «aquel año fatídico» o «aquel año histórico» en el que el Hijo de Dios fue ejecutado, cumpliendo la misión para la cual había sido enviado al mundo. La frase «aquel año» se ve reforzada por la repetición; aparece dos veces más, en 11.51 y 18.13.

La declaración de apertura de Caifás al concilio fue hecha con aspereza: **Vosotros no sabéis nada**. En el vernáculo moderno, equivaldría a decir: «¡No saben de lo que están hablando!». Aparentemente,

²⁹ Josefo *Antigüedades* 18.2.2 [35].

³⁰ Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 351. Veá Josefo *Antigüedades* 18.2.2 [34–35]; 18.4.3 [95]; 19.6.4 [313–316]; 19.8.1 [342].

esta grosería por parte de Caifás era típica de los saduceos. Josefo declaró que «el comportamiento de los saduceos unos hacia otros era en cierto grado salvaje; y su conversación con los que son de su propio partido es tan bárbara como si fueran extraños para ellos».³¹ «Vosotros» (ὁμοῖς, *humeis*) es enfático y «amargamente despectivo».³² Siendo el astuto político que era, Caifás decidió actuar de manera obvia, pero despiadada. Descartó a sus colegas con desprecio porque aparentemente no podían entender lo que necesitaba hacerse.

Para Caifás, la solución al problema de Jesús era simple, pues dijo: ... **ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca.** Esta acción impediría la ira romana y al mismo tiempo aseguraría su lugar y nación. Vio el asunto en términos de sentido común y conveniencia política. La expresión «nos conviene» revela que, en el fondo, su preocupación no era por la justicia ni por la nación en su conjunto, sino por sus propias posiciones (vea comentarios sobre 11.47, 48). Todo lo que se requeriría para abordar el problema era el sacrificio de una vida. Esta muerte, propuesta por Caifás, sería por el «pueblo» (λαός, *laos*) y la «nación» (ἔθνος, *ethnos*); ambos términos se utilizaban para describir a la comunidad judía. Dijo que sería mejor que un hombre inocente muriera a que la nación pereciera y perdieran su autoridad gobernante. Barrett comentó: «La ironía juanina apenas alcanza su punto más alto».³³ Jesús sería ejecutado; sin embargo, no salvaría a la nación de la manera que Caifás anunció. Si bien la muerte de Jesús daría como resultado la salvación de muchos, el sistema político y sacerdotal judío perecería en cuestión de décadas a manos de los romanos.

Versículos 51, 52. Juan añadió un comentario editorial aquí, explicando la propuesta de Caifás de que un hombre debía morir por el pueblo. Caifás **no lo dijo por sí mismo.** Habló como lo hizo porque era **el sumo sacerdote aquel año;** en virtud de ese hecho, habló como profeta. En épocas anteriores, al sumo sacerdote se le había otorgado cierto grado de habilidad profética (vea Ex 28.30). Al hacer su declaración, Caifás tenía en mente la muerte de Jesús por conveniencia política para evitar el desastre para la nación judía. Por inspiración, Juan presentó el significado más

³¹ Josefo *Guerras* 2.8.14 [166].

³² Westcott, 174.

³³ Barrett, 406.

profundo en sus palabras. Su declaración fue una profecía, aseverando **que Jesús había de morir por la nación.** Caifás y Juan hablaron de la muerte de Jesús como expiatoria. «O muere la nación o muere Jesús. Pero si él muere, la nación vive; es su vida en lugar de la de ellos».³⁴ Su forma de pensar difería, por supuesto, en que Caifás estaba pensando desde una perspectiva política, mientras que Juan estaba pensando en Jesús como el Cordero de Dios que fue muerto para quitar los pecados del mundo (vea 1.29).

La muerte de Jesús era **no solamente por la nación, sino también por los hijos de Dios que estaban dispersos.** Desde una perspectiva judía, esta frase querría decir los judíos de la Dispersión; pero aquí apuntaba a los gentiles. Caifás no pretendía que sus palabras fueran tan trascendentales como las mostró la interpretación de Juan. La muerte de Jesús tenía un alcance mundial; era tanto para los judíos como para los gentiles, es decir, para toda la humanidad («por la vida del mundo»; 6.51). La frase no refleja ninguna teoría de la predestinación, es decir, la idea de que las personas son hijos de Dios por elección divina. Más bien, Juan estaba hablando de los potenciales «hijos de Dios» que llegarían a ser Sus hijos por medio de una fe obediente (vea 1.12, 13).

Juan declaró además que, gracias a la muerte de Jesús, los judíos y los gentiles serían [**congregados**] **en [un] cuerpo de creyentes.** Aquí usó un lenguaje diferente para lo que Jesús dijo con respecto al «buen pastor» en 10.11, 14. Jesús traería «otras ovejas» que no pertenecían al redil judío a «un rebaño, y un pastor» (10.16). La misión a los gentiles fue nuevamente anticipada aquí (vea 12.32).

Versículo 53. Así que, desde aquel día acordaron matarle. La siniestra propuesta del sumo sacerdote fue oficialmente adoptada. Todo lo que quedaba era hacer planes para llevar a cabo la decisión de matar a Jesús lo más pronto posible. La hostilidad de las autoridades religiosas había ido creciendo y ahora había alcanzado su clímax (vea 5.18; 7.1, 19, 25, 32; 8.40, 59; 9.22; 10.31, 39). El deseo de matar a Jesús había comenzado con la sanidad del cojo en el día de reposo (5.18) y Sus diversas pretensiones de autoridad divina; sin embargo, después de la propuesta de Lázaro y Caifás, habían tomado la decisión final. *Ese día decidieron matar a Jesús.*

Versículo 54. Por lo tanto (οὖν, *oun*) sugiere

³⁴ Morris, 504.

que Jesús tenía pleno conocimiento de Sus adversarios y sus planes de matarle. Sabiendo que la hora para Su muerte en el plan de Dios no había llegado, **Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos**. En su lugar, fue a la **región contigua al desierto, a una ciudad llamada Efraín**. Josefo se refirió a Efraín como un pequeño pueblo cerca de Bet-el.³⁵ Probablemente fue el «Efraín» de 2º Cr 13.19 y comúnmente se cree que es el sitio de la moderna Et-Taiyibeh, ubicada a más de 6 kilómetros al noreste de Bet-el y a unos diecinueve kilómetros de Jerusalén. En este lugar apartado, Jesús y Sus **discípulos** no serían perturbados.

Versículo 55. Juan reveló que **estaba cerca la pascua de los judíos**. Es la tercera mención de «la pascua» en el Evangelio de Juan. La primera fue en el ministerio de Jesús, mientras todavía predicaba Juan el Bautista. Fue la primera vez que Jesús fue a Jerusalén después de Su bautismo. Durante este tiempo, realizó señales que hicieron que algunos creyeran (vea 2.23–25) y llevó a Nicodemo a visitarle (3.1–21). La segunda pascua tuvo lugar durante el ministerio galileo de Jesús. Fue en ese momento cuando Jesús dio Su discurso sobre «el pan de vida» (6.22–59). Ahora se menciona la tercera y última pascua del ministerio de Jesús. Esta tercera pascua indica que el ministerio de Jesús duró más de dos años; si la «fiesta» no especificada de 5.1 era también una pascua, entonces Su ministerio duró más de tres años. A la reconstrucción del templo por parte de Herodes se le da una fecha alrededor del 19 a.C., y el proyecto había abarcado «cuarenta y seis años» en el momento de la primera pascua (2.20), dándole al evento una fecha de alrededor del 27 o 28 d.C. (vea comentarios sobre 2.13; 5.1). Por lo tanto, teniendo en cuenta el ministerio de dos o tres años, la fecha más probable de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús es el año 30 d.C.

Juan dijo que **muchos subieron de aquella región a Jerusalén [...] para purificarse** ceremonialmente. (Para el número estimado de personas, vea comentarios sobre 12.12, 13.) Para guardar la **pascua**, aquellos que habían contraído algún tipo de profanación ceremonial (por ejemplo, entrar en contacto con un cadáver; vea Nm 9.6–8) habían de someterse a una purificación ritual. Los peregrinos viajaban a Jerusalén una semana antes de la pascua y pasaban el tiempo antes de la fiesta en ritos de purificación apropiados.

Versículos 56, 57. Al igual que en la fiesta de

³⁵ Josefo *Guerras* 4.9.9 [551].

los tabernáculos (7.11), las personas estaban ansiosas por ver y escuchar a Jesús. Se aglomeraban en los recintos del **templo** porque era el lugar de reunión natural y también porque fue aquí donde Jesús impartió la mayor parte de Su enseñanza. Mientras estaban en esta área, **buscaban a Jesús**. El tiempo imperfecto del verbo ἐζήτουν (*ezētoun*, «buscaban») indica una acción continua. Durante el proceso de buscar a Jesús, **se preguntaban unos a otros: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?** La segunda pregunta esperaba una respuesta negativa. Las personas consideraban poco probable que Jesús se atreviera aparecerse en la fiesta.

La idea de que Jesús no vendría a la fiesta se basaba en el conocimiento común de que las autoridades religiosas querían arrestarle. Éstas **habían dado orden de que si alguno supiese dónde estaba, lo manifestase, para que le prendiesen**. Sin embargo, su intención adicional de matarle a lo mejor no era conocida de manera general por el público.

Juan 11.55–57 sirve como puente entre la narrativa de Lázaro y los acontecimientos del siguiente capítulo. Estos versículos cuentan que la pascua estaba cerca y proporcionan el escenario para los últimos actos y enseñanzas públicas de Jesús, que se relacionaban con Su inminente muerte.

APLICACIÓN

Cómo derrotar la muerte (cap. 11)

En nuestra opinión, la muerte es la mayor tragedia de todas. La Biblia parece estar de acuerdo, ya que llama a la muerte nuestro «postrer enemigo» en 1ª Corintios 15.26.

La pregunta que los hombres han estado tratando de responder a lo largo de los siglos es «¿Cómo podemos derrotar la muerte?». La mejor respuesta se encuentra en Juan 11, que cuenta cómo un hombre llamado Lázaro «que había muerto salió» de la tumba, victorioso sobre la muerte (11.44). El Nuevo Testamento nos dice que, así como él venció la muerte, nosotros también.

Jesús le dio a Lázaro la victoria sobre la muerte. Lázaro, con sus hermanas María y Marta, vivía en la ciudad de Betania, a poco más de tres kilómetros de Jerusalén. Estaba enfermo; así que sus hermanas le enviaron un mensaje a Jesús, que estaba al otro lado del río Jordán (10.40). El mensaje que se le entregó a Jesús decía «he aquí el que amas está enfermo» (11.3). Las hermanas querían que Jesús viniera y sanara a su hermano, sin embargo, Jesús

retrasó Su regreso por dos días. Luego, cuando les dijo a Sus discípulos que iba a regresar a Judea, cuestionaron Su sabiduría, ya que los judíos habían estado «[procurando] [apedrearle]» (11.8).

Jesús les dijo que Lázaro «duerme» y que tenía que ir «para despertarle» (11.11). Los apóstoles pensaban que Jesús quiso decir que Lázaro estaba literalmente dormido, por lo que Jesús les dijo claramente que él había muerto. Jesús añadió: «y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él» (11.15). Entonces los discípulos de Jesús decidieron ir con Él, aunque les costara la vida (11.16).

Llegaron a Betania y descubrieron que Lázaro había estado en el sepulcro cuatro días. Marta salió primero para encontrarse con Jesús y expresó su fe de que si Jesús hubiera estado allí, su hermano no habría muerto (11.21). Ella dijo: «Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará» (11.22). Sus palabras parecen suponer que ella incluso creía que Jesús podía resucitarle de entre los muertos. Jesús dijo que su hermano «[resucitaría]»; y cuando ella expresó fe en que volvería a vivir en la resurrección, Jesús dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente» (11.25, 26a).

Marta fue entonces a María y dijo: «El Maestro está aquí y te llama» (11.28). María se apresuró a Jesús y dijo lo mismo que Marta había dicho: «Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano» (11.32). Cuando Jesús la vio llorar, y vio a otros judíos llorando con ella: «... se estremeció en espíritu y se conmovió» (11.33). Por lo tanto, leemos: «Jesús lloró» (11.35).

Jesús fue llevado al sepulcro de Lázaro, y le dijo al pueblo que sacara la piedra de la entrada de la tumba. Marta se opuso, diciendo: «Señor, hiede ya, porque es de cuatro días» (11.39). Jesús respondió: «¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?» (11.40).

La piedra fue removida. Jesús habló a Dios, dándole gracias por escucharle (11.41). Entonces, clamó a gran voz: «¡Lázaro, ven fuera!» (11.43). Luego, leemos: «Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir» (11.44).

Como resultado de este milagro, muchos de los judíos creyeron en Jesús (11.45). Sin embargo, cuando los principales sacerdotes y los fariseos se enteraron de la resurrección de Lázaro, «reunieron

el concilio» (11.47). No podían negar el milagro que Jesús había realizado; de hecho, aprendemos en el siguiente capítulo que decidieron matar a Lázaro junto con Jesús, ya que mucha gente creía en Jesús debido a él (12.9–11). En la reunión del concilio, los líderes judíos tomaron la decisión de matar a Jesús para que la nación no sufriera a manos de los romanos. Después de eso, «Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos» (11.54). Su último y más notable milagro se convirtió en Su sentencia de muerte. A partir de ese momento, fue poco tiempo hasta que fuera crucificado.

Jesús nos da la victoria sobre la muerte. Así como Jesús hizo que Lázaro saliera victorioso del sepulcro, puede darnos, y así será, la victoria sobre la muerte. Pablo dijo que «Jesucristo [...] quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio» (2ª Ti 1.10). Jesús «quitó la muerte» en el sentido de que le permite a Sus discípulos triunfar sobre tres tipos de muerte.

1. Jesús nos libera de la muerte espiritual. Cuando pecamos, nos separamos de Dios, la fuente de la vida espiritual. Por lo tanto, morimos espiritualmente. Así como Adán y Eva fueron sometidos a muerte una vez que fueron expulsados del huerto y fueron separados de Dios por culpa de su pecado, somos separados de Dios cuando pecamos (Is 59.1, 2). El resultado es que estamos «muertos en [nuestros] delitos y pecados» (Ef 2.1). Todavía podríamos estar hablando, comiendo, trabajando y caminando; pero estamos muertos espiritualmente.

Debido a que estábamos muertos en nuestros pecados, Jesús vino a hacernos vivir nuevamente, así como fue a la tumba de Lázaro para resucitarle de entre los muertos. Jesús dijo: «El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (10.10; vea 11.25, 26).

Pablo describió nuestra salvación en los siguientes términos: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)» (Ef 2.4, 5). ¡Aunque estábamos espiritualmente muertos, Dios «nos dio vida»! Experimentamos una resurrección cuando fuimos salvos. Salimos de nuestra tumba de muerte espiritual y oscuridad.

¿Cuándo y cómo sucedió lo anterior? Pablo dijo que se «nos dio vida» debido a la gracia de Dios. Agregó: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;

no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef 2.8, 9). Nuestra nueva vida espiritual es el resultado de la gracia, y sucedió debido a nuestra fe. Aprendemos de Romanos 6.3, 4 que fue cuando nos bautizamos en Cristo que comenzamos a experimentar «vida nueva». Por lo tanto, cuando creímos en Jesús, nos arrepentimos de nuestros pecados y fuimos bautizados en Cristo (Hch 2.38), se nos dio vida nueva. ¡Fuimos resucitados de las aguas del bautismo como nuevas criaturas, liberadas del pecado y viviendo nuevamente! Puede que no nos veamos diferentes, pero somos diferentes: ¡Aunque cuando estábamos espiritualmente muertos, ahora estamos espiritualmente vivos!

2. Jesús nos da la victoria sobre la muerte física. Puede que no parezca que los creyentes triunfen sobre la muerte física, ya que todos mueren. De hecho, la Biblia dice: «Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio» (He 9.27). El Libro de Eclesiastés dice: «... un mismo suceso ocurre al justo y al impío [en otras palabras, todos los hombres] [...] se van a los muertos» (Ecl 9.2, 3).

Dado el hecho de que todos moriremos (excepto aquellos que aún estén vivos cuando Cristo regrese), ¿cómo podemos decir que saldremos victoriosos sobre la muerte? Triunfamos sobre la muerte física de dos maneras.

Para aquellos que están espiritualmente vivos, la muerte física no significa el cese de la vida. El hecho de que continuamos viviendo después de la muerte está firmemente atestiguado en las Escrituras. Cuando Jesús se transfiguró, aparecieron Moisés y Elías (Mt 17.2, 3). Ellos seguían vivos, a pesar de que habían estado muertos durante cientos de años. Pablo dijo que para él morir no significaba que su vida cesaría, sino que «[partiría] y [estaría] con Cristo». Dijo que sería «muchísimo mejor» (Fil 1.23).

Jesús dijo: «Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente» (11.26). Todos moriremos, físicamente, cuando nuestras almas sean separadas de nuestros cuerpos (vea Ecl 12.7; Stg 2.26), pero no tenemos que morir espiritualmente. Si somos fieles a Cristo, podemos creer que los ángeles nos llevarán al «seno de Abraham» cuando salgamos de este mundo (Lc 16.22).³⁶

Visto de esta manera, la muerte para el cristiano

³⁶ El relato de Lázaro y el hombre rico también enseña que aquellos que son injustos siguen viviendo después de la muerte, sin embargo, existen en un lugar de tormento.

es una transición, un paso de un modo de existencia a otro. McDonald Clarke comparó morir con ir de una habitación a otra: «La muerte, para un hombre bueno, no es más que pasar por una entrada oscura, fuera de la pequeña habitación oscura de la casa de su Padre a otra que es hermosa y grande, iluminada y gloriosa, y divinamente entretenida».³⁷ Puesto que en la muerte pasamos de un estado de existencia a otro, de los días difíciles de esta vida al más brillante mundo de la vida después de la muerte, el cristiano no tiene por qué temerle a la muerte.

Además, aquellos que están espiritualmente vivos experimentarán la resurrección de la vida cuando Jesús regrese. El Nuevo Testamento no pone énfasis en el hecho de que los cristianos no deben temerle a la muerte porque seguirán existiendo después de morir. Más bien, hace hincapié en que debemos consolarnos por el hecho de que seremos resucitados de entre los muertos cuando Cristo regrese. Jesús dijo:

No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación (5.28, 29).

Aquellos que han llevado vidas impías separados de la gracia salvadora de Dios también tienen almas eternas, sin embargo, ese hecho no puede contener consuelo para ellos; el resultado de su resurrección será juicio y condenación eterna (Ap 20.14). Los cristianos fieles evitarán la condenación de los impíos.

Pablo se centró en la resurrección cuando escribió su primera carta a los tesalonicenses. Éstos habían estado esperando que Cristo regresara y los llevara al cielo. Debido a que no había regresado, se preguntaban qué pasaría con sus hermanos y hermanas cristianos que habían muerto. ¿Cómo podrían vivir con Cristo para siempre si murieron antes de que Él regresara? Pablo respondió a sus preocupaciones diciendo:

Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de

³⁷ Citado en *La Enciclopedia de Citas Religiosas*, 100.

mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras (1ª Ts 4.13–18).

Así como Jesús resucitó de entre los muertos, los cristianos que ya han muerto se unirán a Él en nuevos cuerpos incorruptibles cuando aparezca en Su segunda venida. Los muertos en Cristo vivirán nuevamente, y los cristianos que sigan vivos en ese momento serán arrebatados con ellos para encontrarse con el Señor en el aire. «... y así», dijo Pablo, «estaremos siempre con el Señor». Concluyó el párrafo diciendo: «... alentaos los unos a los otros con estas palabras». La mejor razón para encontrar consuelo al llorar la muerte de un ser querido es recordar que esta resurrección tendrá lugar. En ese momento, resucitaremos para encontrarnos con Cristo cuando venga a llevar a los salvos al cielo con Él.

Pablo enseñó que, mientras el espíritu de una persona viva después de su muerte, su cuerpo será levantado cuando Cristo regrese. Será transformado y, sea como sea, será resucitado. Entonces, presumiblemente, el espíritu y este nuevo cuerpo incorruptible se unirán. En esa forma, el individuo vivirá para siempre con el Señor (1ª Co 15.50–57).

¡Jesús ha quitado «el aguijón de la muerte»! En la tumba de un cristiano, podemos recordar que su vida no ha terminado. Jesús ha derrotado la muerte por nosotros. ¡Algún día resucitaremos, levantados para vivir con Él para siempre!

3. Jesús nos da la victoria sobre la muerte eterna. Juan habló de «la segunda muerte» en Apocalipsis 20.15: «Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego». La «segunda muerte» es la condenación eterna en un lugar al que nos referimos como «infierno».

La Biblia enseña que sólo hay dos posibilidades después del juicio: Una es la salvación, y la otra se llama la «segunda muerte», o el infierno. ¡El infierno es más horrible de lo que imaginamos! ¡Existe porque no hay otro castigo justo por ofender a un Dios infinito, amoroso y totalmente justo! El diablo y sus ángeles merecen estar allí; pero también nosotros, porque todos hemos ofendido a Dios pecando contra Él.

¿Cómo podemos evitar la segunda muerte—el castigo eterno que merecemos debido a nuestros

pecados? Podemos escapar de esa segunda muerte sólo gracias a Jesucristo, quien vino a la tierra para dar Su vida y así pagar el precio por nuestros pecados. En efecto, Él sufrió los dolores del infierno para que no tuviéramos que hacerlo nosotros. Gracias a El y Su muerte en la cruz y Su resurrección, no tenemos que experimentar «la segunda muerte».

Gracias a Jesús, Lázaro salió de su tumba victorioso sobre la muerte; y gracias a Jesús, podemos triunfar sobre «el postrer enemigo», la muerte (1ª Co 15.26). Podemos, por medio de Cristo, ganar la victoria sobre la muerte espiritual, sobre la muerte física y sobre la muerte eterna.

Conclusión. La muerte es el mayor problema al que se enfrentan los seres humanos. Las personas a lo largo de los siglos se han enfrentado a la realidad de la muerte y han buscado la manera de derrotarla. Casi todos, independientemente de la religión que practiquen, o incluso si no practican una religión o no creen en ningún dios, esperan la vida más allá de la tumba. Los faraones egipcios hicieron sepultar sus cuerpos en grandes pirámides, monumentos a su éxito. Fueron sepultados con sus riquezas, todo lo que pensaban que necesitarían cuando pasaran al otro mundo. El concepto de vida después de la muerte de los aborígenes estadounidenses ha sido descrito como un «campo de caza feliz». Algunas religiones orientales enseñan la reencarnación, la oportunidad de vivir nuevamente en otro cuerpo. Cualesquiera que sean las creencias religiosas que tengan las personas, desean creer que vivirán después de la muerte.

Aquello que otros desean y especulan, los cristianos pueden esperar experimentar. Las últimas buenas nuevas del Evangelio se resumen en Apocalipsis 14.13, que dice: «Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen». Podemos decir con Pablo que estamos «[seguros] de que ni la muerte [...] ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro 8.38, 39).

Sin embargo, al igual que con las otras bendiciones que Jesús proporciona, la victoria sobre la muerte será nuestra sólo si estamos dispuestos a cooperar con el Señor. Él clama a gran voz: «¡_____ [ponga su nombre aquí], ven fuera!». ¿Está usted dispuesto a aceptar Su don de vida espiritual ahora para que pueda gozar de vida eterna con Él para siempre? Coy Roper

La unción de Jesús y Su entrada triunfal

(12.1-19)

LA UNCIÓN EN BETANIA (12.1-11)

Si bien los primeros once capítulos de Juan abarcan la mayor parte del ministerio de Jesús, los siguientes nueve capítulos son dedicados principalmente a una semana. El capítulo final (cap. 21) se refiere a los acontecimientos posteriores a la resurrección. El capítulo 12 concluye la porción del Evangelio de Juan conocida como «el Libro de las señales», así como el ministerio público de Jesús.

¹Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, el que había estado muerto, y a quien había resucitado de los muertos. ²Y le hicieron allí una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él. ³Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume. ⁴Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar: ⁵¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres? ⁶Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella. ⁷Entonces Jesús dijo: Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. ⁸Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis.

⁹Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos. ¹⁰Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro, ¹¹porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús.

El capítulo 12 comienza con la unción de Jesús

en Betania de parte de María. Los cuatro relatos del Evangelio registran una unción de parte de una mujer, sin embargo, la relación de los pasajes es algo complicada. Los relatos que se dan en Mateo 26.6-13 y Marcos 14.3-9 son muy similares. En ambos textos, el escenario es la casa de Simón el leproso, y a la mujer no se le identifica. Ambas narraciones dicen que una mujer sin nombrar vertió un perfume muy valioso sobre la cabeza de Jesús y que los discípulos estaban indignados porque pensaban que el perfume debía haber sido vendido y el dinero dado a los pobres. Jesús defendió a la mujer diciendo que su acción se relacionaba con Su muerte y sepultura. También dijo que su acto benévolo sería recordado.

En contraste, Lucas 7.36-50 habla de una cena que tuvo lugar antes en el ministerio de Jesús, en Galilea, en la casa de Simón el fariseo. A la mujer en esa narrativa, también sin nombrársele, se le refiere como a una «pecadora». Estaba tan abrumada por el remordimiento que lloró, y sus lágrimas mojaron los pies de Jesús. Ella no paraba de enjuagar Sus pies con su cabello, los besó y luego los ungió con perfume. El hecho de que Jesús lo permitiera llevó al fariseo que se creía justo a dudar de que realmente podía ser un profeta. Jesús, a su vez, habló del increíble amor que la mujer manifestó. Los detalles dados en Juan son diferentes a los de Lucas. Si bien algunos eruditos piensan que los cuatro relatos se refieren a la misma unción, generalmente se acepta que hay dos incidentes separados.

Existen muchas similitudes entre el registro de Juan y la unción reportada en Mateo y Marcos. 1) Los tres relatos ubican la unción en Betania (Mt 26.6; Mr 14.3; Jn 12.1). 2) Tanto Marcos 14.3 como Juan 12.3 se refieren a la unción como «nardo puro». 3) Cada uno de los tres menciona la reac-

ción de individuos que pensaron que el perfume debía haber sido vendido para que el dinero fuera dado a los pobres (Mt 26.8, 9; Mr 14.4, 5; Jn 12.4, 5). 4) Marcos 14.5 y Juan 12.5 especifican «trescientos denarios» como el valor del perfume. 5) Los tres relatos indican que Jesús defendió a la mujer y relacionó su obra con Su muerte y sepultura (Mt 26.10, 12; Mr 14.6, 8; Jn 12.7). Tanto Mateo 26.13 como Marcos 14.9 dicen: «De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella».

Las diferencias entre el relato de Juan y los de Mateo y Marcos incluyen información complementaria en lugar de contradictoria. Mientras Mateo y Marcos dicen que la casa era de Simón (Mt 26.6; Mr 14.3), el relato de Juan no da ninguna indicación en cuanto a quién pertenecía. A la mujer no se le nombra en Mateo y Marcos (Mt 26.7; Mr 14.3), sin embargo, Juan 12.3 dice que era María. Sólo Marcos 14.3 dice que la mujer quebró el vaso de alabastro. Sólo Juan menciona que María enjuagó los pies de Jesús con su cabello (12.3).

Dos principales diferencias contextuales justifican que se les comente. Primero, Mateo y Marcos colocan la unción después de la entrada triunfal, mientras que en Juan se registra antes. Sin embargo, como dijo D. A. Carson, «Los indicadores de tiempo en Mateo y Marcos son notoriamente vagos. Estos evangelistas a menudo ordenan sus relatos de acuerdo al tema, no la cronología».¹ Señaló que Juan vinculó la unción con la resurrección de Lázaro. Además, dijo que la devoción de María sirvió como un fuerte contraste con las autoridades religiosas, que recientemente habían decidido matar a Jesús y a los apóstoles, a quienes se les había de enseñar lavarse los pies unos a los otros.

Segundo, Mateo y Marcos dicen que la cabeza de Jesús fue ungida (Mt 26.7; Mr 14.3), mientras que Juan habla de la unción de los pies de Jesús (12.3). Juan menciona «una libra» de perfume, una cantidad demasiado grande para sólo ungir los pies o la cabeza solamente. Aunque Mateo y Marcos especifican que la cabeza de Jesús fue ungida, Jesús dijo que el perfume fue vertido sobre Su «cuerpo» (Mr 14.8). El lenguaje parece extraño como una referencia a Su cabeza o Sus pies solos. La observación parece indicar que el

perfume fue aplicado a algo más que la cabeza de Jesús o Sus pies.

Es evidente que las narraciones de Mateo, Marcos y Juan relatan el mismo acontecimiento. Sin embargo, el relato de Lucas se refiere a un momento diferente, en un lugar diferente y bajo diferentes circunstancias. No se le debe considerar de ningún modo como el mismo acontecimiento al que se refieren los demás relatos del Evangelio.

Versículos 1, 2. Para iniciar este párrafo, la NASB consigna el término «Por lo tanto», conectando los acontecimientos de esta sección con el anterior, donde los principales sacerdotes y fariseos habían decidido matar a Jesús. Después de la decisión de ellos, Jesús y Sus discípulos se retiraron a Efraín. Después de pasar unas semanas en Efraín, **Jesús** regresó a **Betania**, situada a poco más de tres kilómetros de Jerusalén. A Betania se le identifica como el lugar **donde estaba Lázaro [...] a quien [Jesús] había resucitado de los muertos**. Lo anterior vincula más específicamente la narrativa anterior con la actual. Jesús había sido durante mucho tiempo un invitado al que se recibía en la casa de María, Marta y Lázaro. Durante los últimos días de Su ministerio, Jesús se quedaba con frecuencia en Betania.

Ahora, en vista de Su muerte inminente, Jesús estaba en Betania **Seis días antes de la pascua**. Al igual que en los Evangelios Sinópticos, el relato de Juan presenta la pascua como iniciando la noche del jueves, es decir, el comienzo del viernes, ya que los judíos contaban la puesta del sol como inicio del nuevo día. Jesús llegó a Betania tarde el viernes, el inicio del sábado, justo cuando el día de reposo estaba a punto de comenzar. La cena preparada para Jesús probablemente fue compartida en ese momento; y al día siguiente, el domingo, tuvo lugar la entrada triunfal.

La **cena** (δειπνον, *deipnon*) que había sido preparada para Él era la comida principal del día, que por lo general se comía por la noche. Jesús fue el invitado de honor, tal vez junto con Lázaro, que estaba en deuda con Jesús por su vida. Sin proporcionar algún nombre, el texto dice que **le hicieron** la comida. Mateo y Marcos indican que la cena fue en la casa de Simón el leproso, quien podría haber sido sanado por Jesús y tal vez preparó la comida en gratitud por su sanidad.

Lo que puede decirse con certeza es que prepararon una cena para honrar a Jesús, **y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él**. Mientras que Juan 12.4 específicamente pone

¹D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 426.

la atención en Judas, Mateo 26.8 menciona a los discípulos en general. De esto podría suponerse que al menos quince hombres estaban sentados a la mesa. (La NASB consigna que estaban «reclinados a la mesa», y se habría considerado inapropiado que las mujeres se sentaran en esa posición.) Entre ellos estaría Jesús, Lázaro, los Doce y Simón, en cuya casa se servía la cena (Mt 26.6; Mr 14.3). Es poco probable que estos hombres estuvieran sentados a una mesa, como sería la costumbre hoy. Habrían estado reclinados sobre tapetes, probablemente apoyados sobre sus codos sobre una mesa baja con los pies extendidos. El hecho de que **Marta servía** y «María» estaba reverenciando a Jesús (12.3) es consecuente una vez más con la forma como se les retrata en Lucas 10.38–42. María parece haber sido la más interesada en la enseñanza de Jesús y que siempre podría encontrarse a Sus pies (vea Lc 10.39; Jn 11.32).

Versículo 3. Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro. Usó una cantidad considerable de ungüento; una λίτρα (*litra*) era una medida de peso que equivaldría a 11.55 onzas, casi una libra romana (12 onzas). El término «nardo» se refiere al aceite derivado de la planta aromática de nardo que crece en espigas cortas («aceite de nardo»; NKJV) en la India. Era «nardo puro»; «puro» es del adjetivo πιστική (*pistikē*). El significado de la palabra es difícil de determinar, ya que no se encuentra en ninguna parte antes de los relatos del Evangelio. Probablemente se deriva de πιστός (*pistos*), «fiel» o «auténtico». En este contexto, entonces, querría decir que el «perfume» era nardo genuino. La cantidad, el origen y la pureza del perfume explican por qué era «de mucho precio». Esta familia tuvo que haber sido algo adinerada. Vivían en su propia casa, tenían acceso a un sepulcro y poseían una gran cantidad de un ungüento «de mucho precio».

El uso de perfume era común en ocasiones festivas, sin embargo, el aceite se vertía típicamente sobre la cabeza. María **ungió los pies de Jesús**. Dada la posición reclinada de los huéspedes, con los pies extendidos lejos de la mesa, sería fácil ungir el cuerpo entero, incluyendo los pies. El enfoque en la unción de los pies de Jesús por parte de María probablemente supone su humildad.² Su acción era de mansedumbre, devoción y amor, y una que

² Más tarde, Jesús emprendería la humilde tarea de un esclavo lavando los pies de los discípulos, un acto diseñado para demostrar lo que realmente quería decir ser el más grande en el reino (vea 13.1–17).

sería recordada «dondequiera que se predique este evangelio» (Mr 14.9). La humildad de María fue exhibida aún más por enjuagar **los pies** de Jesús **con sus cabellos**. El hecho de que una mujer se soltara el cabello en un entorno público habría sido interpretado como una señal de libertinaje.³ María no pensó en ser humillada; sólo deseaba mostrar su amor por su Señor. El recuerdo de que **la casa se llenó del olor del perfume** parece reflejar que Juan estaba dando un relato como testigo ocular de estos acontecimientos.

Versículos 4, 5. Si bien Mateo 26.8 dice que «los discípulos» («algunos»; Mr 14.4) objetaron el acto de María, Juan 12.4 destaca a **Judas Iscariote** como el que habló por ellos. Se le identifica como uno de los **discípulos** [de Jesús] [...] **el que le había de entregar**. Es la segunda vez que se le menciona en el Evangelio de Juan, y su descripción es casi idéntica a la de 6.71. Nadie más que Jesús sabía en ese momento lo que Judas estaba a punto de hacer. La traición posterior de Jesús por parte de Judas se destacó tan prominentemente en la mente de sus compañeros discípulos que se referían a él como aquel que traicionó a Jesús cada vez que recordaban cualquier cosa que él decía o hacía. Cada vez que se le menciona en los cuatro Evangelios, se le identifica como el que entregó al Señor Jesús.

Judas se opuso a la unción, insistiendo en que el nardo era muy valioso. Preguntó: **¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?** Un denario representaba el salario de un día para un hombre trabajador (vea Mt 20.2). Tomando en cuenta los días de reposo y los días santos, esta cantidad representaba alrededor un año de salario. Parece que Judas pensó que el dinero de la venta del ungüento sería mejor gastado en los pobres, sin embargo, Juan insertó que la motivación de Judas no era altruista. Por el contrario, el escritor evangélico reveló que Judas sólo estaba interesado en sí mismo.

Versículo 6. Lejos de [cuidarse] de los pobres, la verdadera motivación de Judas en su objeción surgía de su propia deshonestidad, pues dice: **era ladrón**. Aparte de la traición última de Judas, este es el único comentario en el Nuevo Testamento que desacredita el personaje de Judas. Judas [tenía] **la bolsa** del dinero; servía como tesorero para el conjunto de discípulos. Sería especular preguntarnos por qué se le asignó a Judas esa labor en

³ El sacerdote había de descubrir la cabeza de la mujer sospechosa de adulterio (vea Nm 5.18).

particular. Judas sin duda tenía un don natural para el manejo del dinero, sin embargo, con tal don a menudo viene la tentación. La tentación frecuentemente llega a las personas por medio de aquello para lo que son naturalmente aptas. Ser tesorero quería decir que Judas tendría la oportunidad de tomar para sí lo que se echaba en la bolsa del dinero. El verbo βαστάζω (*bastazō*) puede querer decir «llevar» cualquier cosa, incluso cuando los judíos recogían piedras en 10.31. Sin embargo, al igual que el verbo «levantar», también puede tener implicaciones morales en ciertos contextos. Aquí quiere decir **sustraía** o «robaba» (NRSV).⁴

El hecho de que Judas «sustraía» el contenido de la bolsa del dinero «abre la posibilidad de que una avaricia decepcionante podría haber sido uno de los motivos que llevaran a Judas a traicionar a Jesús». ⁵ Si bien esa suposición no se hace en Juan, se incluye en Mateo y Marcos. Según ambos relatos, Judas fue a los principales sacerdotes inmediatamente después del incidente y llegó a un acuerdo con ellos para traicionar a Jesús (Mt 26.14–16; Mr 14.10, 11). Leon Morris dijo: «La impresión que queda es que Judas, al ver perdida una fuente de enriquecimiento personal, se apresuró a crear otra». ⁶ Judas no derramaba lágrimas por los pobres, y no fue el «desperdicio» al que se oponía; fue su propia codicia la que lo llevó a expresar su protesta.

Versículos 7, 8. Jesús inmediatamente acudió a la defensa de María y sugirió que el derramado del ungüento era en realidad en anticipación de Su muerte, y dijo: **Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto.** Jesús parece haber estado diciendo que María debía guardar el resto del ungüento para el día de Su sepultura, lo que es poco probable a la luz de Marcos 14.3, donde se dice que la mujer quebró el vaso y aparentemente vació el contenido sobre la cabeza de Jesús. Jesús no estaba diciendo que María debía guardar el ungüento para el día de Su sepultura, porque ella ya lo había derramado.

La mayoría de los eruditos creen que la declaración de Jesús incluye algún tipo de omisión:

⁴ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 171.

⁵ Leon Morris, *The Gospel According to John* (El Evangelio según Juan), rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 514.

⁶ *Ibíd.*

«Déjala, [ella ha preservado el nardo y no lo ha vendido] para que pueda conservarlo para el día de Mi sepultura» (vea NCV). La protesta de Judas fue que el ungüento había sido desperdiciado y que podría haber sido utilizado para un propósito más noble. Seguramente, nadie se habría quejado de que el ungüento constituía un desperdicio si se hubiera utilizado en el cadáver de Jesús. ¿Por qué, entonces, alguien se quejaría de que el ungüento fuera derramado mientras aún estaba vivo y era capaz de apreciar la devoción y el amor del que realizaba el acto? «Déjala» es seguida por «pues ha hecho conmigo una buena obra» en Mateo 26.10, mientras Marcos 14.8 dice: «Esta ha hecho lo que podía». Es discutible si María estaba o no consciente del simbolismo en su acto o si Jesús le atribuyó o no a su acto más de lo que ella sabía. El hecho de que ella estaba consciente de la muerte inminente de Jesús es razonable. Con frecuencia, Jesús señaló tanto en público como en privado que pronto moriría (7.33; 10.15, 17; Mt 16.21; 20.18, 19; Mr 8.31; 10.33, 34). Dada la cercanía de Jesús con María y su familia, ella tuvo que haber escuchado estos anuncios. María era una de las oyentes más atentas de Jesús y con más entendimiento espiritual que la mayoría. Edwyn Clement Hoskyns pensó que «María reconocía conscientemente la necesidad de la muerte de Jesús, y también, reconociendo que la Hora había llegado, anticipó Su sepultura con un acto de devoción inteligente». ⁷

Jesús les recordó a los discípulos que el regalo de María no les robaba a los pobres. La preocupación por los pobres era encomiable; sin embargo, señaló: **Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros** (vea Dt 15.11). El necesitado estaría por aquí mucho tiempo después de que Jesús partiera, y las oportunidades de ayudar a los pobres siempre estarían presentes; ... **mas a mí, agregó, no siempre me tendréis.** Pronto quedaría atrás la oportunidad de hacer cualquier cosa por Jesús, porque les sería quitado. Jesús aceptó voluntariamente el acto de amor y devoción de María. «Resulta que esta fue la única unción que recibió su cuerpo, porque la resurrección ocurrió antes de que las mujeres llegaran al sepulcro». ⁸

Versículo 9. Cuando **Gran multitud de los judíos supieron entonces que él estaba allí, se**

⁷ Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel* (El cuarto Evangelio), 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 416.

⁸ Homer A. Kent, Jr., *Light in the Darkness: Studies in the Gospel of John* (Luz en las tinieblas: Estudios en el Evangelio de Juan) (Winona Lake, Ind.: BMH Books, 1974), 154.

reunieron para ver no sólo a Jesús, sino también a **Lázaro, a quien había resucitado de los muertos**. La distancia entre Jerusalén y Betania era de poco más de tres kilómetros, un viaje fácil de hacer. La «Gran multitud de los judíos» probablemente se refiere principalmente a los de Jerusalén, que incluirían al pueblo común, así como a las autoridades religiosas, aunque la frase «los judíos» se utiliza con frecuencia en Juan para referirse a aquellos que eran hostiles para con Jesús (vea comentarios sobre 1.19). Dado el mandato del Sanedrín en 11.57, no es de extrañar que algunos que eran hostiles para con Jesús estuvieran entre la multitud. Después de la resurrección de Lázaro, Jesús había dejado Betania y se había retirado al desierto a «una ciudad llamada Efraín» (11.54). Aparte de la familia inmediata de Lázaro, algunos dolientes y los discípulos, pocos le habían visto desde entonces. La noticia de la resurrección de Lázaro generó mucha curiosidad. Una vez que estaban libres de viajar después del día de reposo, muchos de los que habían oído hablar del regreso de Jesús a Betania aprovecharon la oportunidad de verle a Él y también a Lázaro.

Versículos 10, 11. Los principales sacerdotes y los fariseos habían dado la orden de que les fueran reportados los movimientos de Jesús para poder apoderarse de Él. Ahora **los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro**. Habiendo oído hablar de la conmoción causada por Jesús y Lázaro en Betania, ¡aquellos que habían accedido matar a Jesús (11.53) decidieron matar a Lázaro también! Estos principales sacerdotes, siendo saduceos, rechazaban la idea de una resurrección; sin embargo, aquí estaba Lázaro, un testimonio vivo del poder de Jesús y una contradicción directa de la falsa enseñanza de ellos. Además, debido a Lázaro, **muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús**. Los verbos imperfectos en el texto, ὑπήγον (*hupēgon*) y ἐπίστευον (*episteuon*), podrían indicar que el proceso había estado llevándose a cabo por algún tiempo. En lo que respecta a las autoridades religiosas, tenía que llegar a su fin. La manera segura de poner fin a un movimiento como este era eliminar al originador, Jesús, junto con la evidencia de Su poder, Lázaro: Quería decir darles muerte a ambos.

LA ENTRADA TRIUNFAL (12.12–19)

¹²El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a

Jerusalén, ¹³tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle, y clamaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel! ¹⁴Y halló Jesús un asnillo, y montó sobre él, como está escrito:

¹⁵No temas, hija de Sion;

He aquí tu Rey viene,

Montado sobre un pollino de asna.

¹⁶Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho.

¹⁷Y daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos. ¹⁸Por lo cual también había venido la gente a recibirle, porque había oído que él había hecho esta señal. ¹⁹Pero los fariseos dijeron entre sí: Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él.

Versículos 12, 13. La entrada triunfal de Jesús a Jerusalén está registrada en los cuatro Evangelios (vea Mt 21.1–11; Mr 11.1–11; Lc 19.29–38). La narrativa en Juan varía poco de los relatos sinópticos; sin embargo, se dan algunos detalles únicos. Sólo Juan menciona las ramas de palmera (12.13), la comprensión posterior del acontecimiento por parte de los discípulos (12.16), la popularidad de Jesús resultante de la resurrección de Lázaro (12.17, 18) y la respuesta de los fariseos (12.19). C. K. Barrett sostuvo que el relato de Juan enfatiza dos temas teológicos que tenían un significado especial para el apóstol. Primero, Jesús era «el rey mesiánico» que fue «recibido de una manera apropiada para su estado». ⁹Segundo, en ese momento, los discípulos desconocían el significado real de la entrada triunfal; sin embargo, después de la glorificación de Jesús, entendieron. ¹⁰

El indicador de tiempo **El siguiente día** (vea comentarios sobre 12.1, 2) es una referencia al domingo de la semana de la pasión; es llamado «Domingo de ramos» por el mundo religioso. La frase **grandes multitudes** se refiere a las personas que vinieron de varias partes del país a Jerusalén para la **fiesta** de pascua ya mencionada en 11.55. Raymond E. Brown especuló que el número de los que subieron a Jerusalén variaba entre 85,000 y 125,000. Esto, junto con la población de Jerusalén,

⁹ C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 416.

¹⁰ *Ibíd.*

quería decir que más de 100,000 participantes estaban en Jerusalén.¹¹ Muchos en la multitud habrían sido galileos que habían escuchado anteriormente las palabras de Jesús y presenciado Sus obras. Otros habrían oído hablar de la resurrección de Lázaro y ahora acogían con beneplácito la oportunidad de saludar a Jesús. Su ministerio había tocado la vida de aquellos que estaban convencidos por Su enseñanza y Sus diversos milagros de que efectivamente era el Mesías. Anteriormente había rechazado los esfuerzos de algunos por hacerle rey (6.15); Ahora les parecía a estas personas que Jesús estaba haciendo lo que habían deseado por tanto tiempo.

La multitud, al enterarse de que **Jesús** estaba entrando en **Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a recibirle** a lo largo del camino de Betania a Jerusalén. Si bien la Ley dispuso para el uso de ramas de palmera en la fiesta de los tabernáculos (Lv 23.40), no existía tal disposición en la pascua. Las ramas de palmera se utilizaron para celebrar otras ocasiones festivas, incluyendo la entrada triunfal de Simón Macabeo en Jerusalén y la rededicación del templo en 164 a.C.¹² Las palmas constituían un símbolo de triunfo y nacionalismo judío. En esta ocasión, «el actuar de la multitud [...] parece tener matices políticos, como si estuvieran dando la bienvenida a Jesús como un libertador nacional».¹³

Las personas **clamaban**. El verbo ἐκράυγαζον (*ekraugazon*) está en tiempo imperfecto, indicando que continuamente estaban clamando, **¡Hosanna!** Este grito es una transliteración de la palabra hebrea que quiere decir «sálvanos ahora, te ruego». Es de Salmos 118.25 y por lo tanto parte del Hallel (Sal 113—118), que el pueblo recitaba cada día durante la fiesta de los tabernáculos (vea comentarios sobre 7.37). El saludo **¡Bendito el que viene en el nombre del Señor...!** (vea Sal 118.26) no constituía un clamor del pueblo para que Jesús fuera bendecido; por el contrario, estaba proclamando la bendición que Jesús ya poseía.¹⁴ «El que viene» es una referencia al Mesías (vea 11.27). El pueblo entendía lo que estaban diciendo; se referían a

¹¹ Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i–xii) (El Evangelio según Juan [i–xii])*, The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), 445. Josefo describió una pascua a la que la asistencia superó los 2,700,000. (Josefo *Guerras* 6.9.3 [425].) Aunque probablemente sea una exageración, las multitudes eran enormes.

¹² Estos eventos se registran en 1º Maccabeos 13:51 y 2º Maccabeos 10.7.

¹³ Brown, 461.

¹⁴ Morris, 520.

Jesús como **el Rey de Israel** que, en sus mentes, los libraría de la opresión romana. Al principio del ministerio de Jesús, Natanael había saludado a Jesús como «el Rey de Israel» (1.49); ahora Jesús era considerado como Rey por las multitudes. Aunque Jesús no rechazó el título que le dieron con palabras, rechazaría el punto de vista político que tenían de Él con Sus acciones.

Versículos 14, 15. Juan no contiene los detalles de cómo Jesús adquirió el asnillo, como lo hacen los Evangelios Sinópticos (Mt 21.1–7; Mr 11.1–7; Lc 19.29–35). El texto simplemente dice que **halló Jesús un asnillo, y montó sobre él**. Con este acto, Jesús tenía la intención de corregir cualquier falsa expectativa mesiánica de la multitud y al mismo tiempo demostrar la naturaleza de Su verdadera misión. El sustantivo griego para «asnillo» es ὄνῳριον (*onarion*), el diminutivo de ὄνος (*onos*), refiriéndose a un pequeño asnillo. Juan retrata a Jesús entrando en la ciudad montando sobre un asnillo y no sobre un caballo, que habría sido asociado con la guerra en el pensamiento judío. Lo anterior sucedió en cumplimiento de la Escritura: **No temas, hija de Sion; He aquí tu Rey viene, Montado sobre un pollino de asna**. La cita es una forma abreviada de Zacarías 9.9. Mateo 21.5 da una forma más completa de ella, mientras que los relatos de la entrada triunfal en Marcos y Lucas no la mencionan. Los asnillos eran animales humildes y conocidos como animales que eran montados por personas, cualquiera que fuera su estatus social, en misiones de paz. Si bien el pueblo judío había anticipado a un rey como David, Zacarías 9 presenta al rey / Mesías venidero como alguien gentil, trayendo salvación y proclamando paz a todos. Jesús les ofreció a los habitantes de Jerusalén («hija de Sion») un camino hecho para la paz, pero el pueblo rechazó Su ofrecimiento y sufrió consecuencias desastrosas.

Versículo 16. Si bien **los discípulos** de Jesús **no entendieron** estos actos en ese momento, **cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho** (vea comentarios sobre 2.21, 22). Consideraron Su movimiento de Betania a Jerusalén como un curso normal de eventos y desconocían que la profecía de Zacarías estaba siendo cumplida ante sus propios ojos.

El versículo 16 debe entenderse a la luz de la promesa del Espíritu Santo, que había de «[guiarlos] a toda la verdad» (16.13). El Espíritu luego sería (Continúa en la página 49)

Creyentes e incrédulos

(12.20-50)

EL PEDIDO DE LOS GRIEGOS (12.20-36)

²⁰Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. ²¹Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, quisiéramos ver a Jesús. ²²Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. ²³Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. ²⁴De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. ²⁵El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. ²⁶Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.

²⁷Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. ²⁸Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. ²⁹Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. ³⁰Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros. ³¹Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. ³²Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. ³³Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir. ³⁴Le respondió la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre? ³⁵Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no

os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. ³⁶Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.

Estas cosas habló Jesús, y se fue y se ocultó de ellos.

Versículo 20. Sólo el Evangelio de Juan registra este relato único de los griegos que deseaban ver a Jesús. Está conectado con la sección anterior por la frase **entre los que habían subido a adorar en la fiesta**. Son introducidos en la narración inmediatamente después de que los fariseos dijeron con frustración, «Mirad, el mundo se va tras él» (12.19). Estos griegos, en la última semana de la vida de Jesús, trajeron «el mundo gentil a la comunión con Él como habían hecho los Reyes Magos al principio».¹ No eran judíos de habla griega, es decir, parte de la dispersión, sino gentiles de nacimiento que hablaban la lengua griega (vea comentarios sobre 7.35, 36). Podrían haber venido de cualquier parte del mundo de habla griega, incluyendo las ciudades en la Decápolis, un gran territorio gentil que limita con Galilea y Perea. Aunque es posible que fueran prosélitos completos, convertidos al judaísmo, esto parece dudoso, dado que el texto se refiere a ellos como «griegos». Probablemente eran gentiles temerosos de Dios, como Cornelio de Cesarea (Hch 10) y el centurión que construyó una sinagoga para los judíos (Lc 7.2-5). Abrazaron el modo de vida judío y adoraban sin convertirse plenamente al judaísmo. Estas personas, al igual que el noble etíope de Hechos 8.27, asistían a las fiestas judías y eran admitidos en el atrio de los

¹ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 180.

gentiles, es decir, en el atrio exterior del templo (vea comentarios sobre 2.14).

Versículos 21, 22. Los griegos se acercaron a **Felipe**, quien se le mencionó por primera vez en 1.43, 44, junto con Andrés. Felipe, al igual que Andrés, tenía un nombre griego, aunque ambos eran judíos. Los griegos posiblemente llegaron a Felipe sea porque era de la misma región o porque hablaba griego, lo que les habría permitido conversar inteligentemente (vea comentarios sobre 1.43, 44). Los griegos llamaron a Felipe **Señor** (κύριε, *kurie*), una forma respetuosa de trato. En este contexto, «Señor» no lleva el peso que lleva otras veces la palabra (vea comentarios sobre 4.1–3). Felipe no era un rabino ni un maestro; sin embargo, estos hombres veían a Felipe como merecedor de respeto. Dijeron: **quisiéramos ver a Jesús**. El verbo «ver» (ὁράω, *horaō*) quiere decir que querían llegar a conocer a Jesús personalmente, para tener algo así como una entrevista con Él.

Felipe no estaba seguro de qué hacer con el pedido y consultó a **Andrés**. Hasta este punto, con algunas excepciones, el ministerio de Jesús se había enfocado en la predicación sólo a los judíos (Mt 10.5, 6; 15.24). Sin embargo, Jesús había aludido anteriormente a los gentiles como Sus «otras ovejas» (10.16). Pedro más adelante estaría confundido sobre el alcance de la Gran Comisión en el caso de Cornelio (Hch 10). Por lo tanto, no es de extrañar que Felipe le consultara a Andrés en lugar de asumir toda la responsabilidad de la situación él mismo. Los dos le dijeron a **Jesús** que estos griegos lo estaban buscando, sin embargo, no se revela ningún resultado en el texto.

No es evidente por qué estos griegos deseaban ver a Jesús. Ellos, como miles de otros, habían venido a la fiesta para adorar. Desde la resurrección de Lázaro, se había hablado mucho de Jesús tanto de boca de amigos como de enemigos. Todos en Jerusalén en este momento habrían oído hablar de las palabras y obras de Jesús. Tal vez fue lo que llevó a los griegos a buscarle. Además, según los Evangelios Sinópticos, era la semana en la que tuvo lugar la purificación del templo (vea comentarios sobre 2.17). Fue del atrio exterior del templo, el atrio de los gentiles, que Jesús expulsó a los cambistas de dinero. La posibilidad para que los gentiles adoraran en esta área se veía muy obstaculizada por todo el comercio y el tráfico. ¿Observaron estos griegos el actuar de Jesús? Cualquiera que fuera su motivo, la suposición es que era genuino y era estimulado por el deseo de

aprender más acerca de Su enseñanza y milagros. Sólo podemos preguntarnos si los griegos hablaron o no con Jesús. Su aparición en la narración sirvió como introducción a la afirmación de Jesús en 12.23 de que «Ha llegado la hora». Raymond E. Brown probablemente estuvo en lo correcto cuando dijo: «La *venida* de los gentiles es tan teológicamente importante que el escritor nunca nos dice si llegaron a ver a Jesús...».²

Versículo 23. Por lo que sabemos, **Jesús** no les respondió directamente a los griegos; sino que el pedido de ellos lo llevó a referirse al tema de interés. Les habló a Felipe y Andrés, diciendo: **Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado**. Si bien la frase «les respondió» aparentemente se refiere a los dos apóstoles, las palabras de Jesús iban dirigidas a un público más amplio. La «multitud» mencionada en 12.29, 34 probablemente incluía a los griegos. La *venida* de los griegos era importante, porque le indicaba a Jesús que Su glorificación era inminente. Después de que Jesús fue resucitado, atraería a todas las personas a Sí mismo, incluso judíos y griegos (vea 12.32). Todas las personas tendrían, mediante un nuevo pacto con Dios, la oportunidad de ser admitidas en la comunión con Dios.

A lo largo del Evangelio de Juan, una serie de pasajes se han referido a la «hora» o «tiempo» de Jesús. Se dice que Su hora o tiempo no ha llegado en 2.4; 7.6, 8, 30; 8.20 (vea comentarios sobre 2.4). Ahora bien, la «hora había llegado» para que Jesús «[fuera] glorificado» por medio de Su muerte, sepultura, resurrección y ascensión (12.27; 13.1; 17.1). Jesús se refirió a Sí mismo como «el Hijo del Hombre», como lo había hecho antes (vea 1.51; 3.13, 14; 5.27; 6.27, 53, 62; 8.28; 9.35). Como en los Evangelios Sinópticos, la frase se utiliza tanto en conjunción con Su sufrimiento como con Su gloria venideras; sin embargo, como dijo F. F. Bruce:

... mientras que en el registro sinóptico el sufrimiento y la gloria son contrastados uno con el otro, Juan los acerca tan estrechamente que el sufrimiento del Hijo del Hombre se convierte en la primera etapa en su recepción de la gloria [vea 12.16] y de hecho puede hablarse (como aquí) de absolutamente como su glorificación [vea 13.31].³

² Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i–xii) (El Evangelio según Juan [i–xii])*, The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), 470.

³ F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 264.

Este relato no presenta la vergüenza y el sufrimiento en la cruz como seguidos de la gloria. Más bien, demuestra que la cruz era en verdad el lugar y el medio de la glorificación de Jesús (vea 12.28; 13.31, 32; 17.1, 5). Esta es la paradoja de la cruz: Jesús fue glorificado por medio de la muerte como el Hijo obediente que cumplió la misión para la que el Padre le había enviado (17.4; 19.30).

Versículos 24–26. El versículo 23 muestra que la muerte de Jesús fue parte integral de Su glorificación. En los versículos 24 al 26, Jesús dio una especie de comentario sobre Su glorificación, con una triple ilustración de la paradoja de la cruz que involucraba la naturaleza y la vida humana.

La *primera* ilustración nos muestra que la vida viene por medio de la muerte. Jesús dijo: **si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto** (12.24). Una semilla tiene que morir para que sea fructífera. Tan seguramente como un grano de trigo tiene que ser enterrado si lo que se desea es que produzca mucho grano, así también el Hijo del Hombre tenía que dar Su vida para proveerle vida verdadera, de naturaleza eterna, a todo el mundo. Fue a esta ley de la naturaleza a la que Pablo apeló en su declaración acerca de la resurrección en 1ª Corintios 15.36. La declaración de Jesús sobre el grano de trigo fue introducida con el doble «amén» (**De cierto, de cierto**), subrayando su importancia. Por medio de la muerte, y sólo por medio de la muerte, podía realizarse el potencial de fecundidad entre la humanidad.

La *segunda* ilustración de la paradoja de la cruz es que la verdadera vida se logra solo mediante el sacrificio. Jesús dijo que **El que ama su vida, la perderá** (12.25).⁴ Amar la vida es buscar sus propios deseos, excluyendo los intereses de Dios. Hace hincapié en lo temporal sobre lo eterno. Aquellos que permanentemente tienen este enfoque pierden sus vidas, provocando su propia condena. Por el contrario, **el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará**. Busca los intereses de Dios a exclusión de sus propios intereses. El contraste amor/odio no ha de tomarse literalmente, sino que denota preferencia. Las personas que «aborrecen» la vida en este mundo tienen sus prioridades correctas: Aman a Dios por encima de todo.

La *tercera* ilustración es que la vida de servicio es la vida de honra. Jesús dijo: **Si alguno me**

⁴ Vea Mt 10.37–39; 16.24–26; Mr 8.34–38; Lc 9.23–26.

sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor (12.26). Esta fue la respuesta de Jesús a todos los que serían Sus siervos: El siervo tiene que seguir a Jesús. De esto trata el verdadero discipulado: entregarle nuestra actitud, creencia y conducta a Jesús. El siervo imitará a Jesús, se transformará a la imagen de Jesús, seguirá el ejemplo de Jesús y magnificará a Jesús en su vida (vea 1ª Co 11.1; 2ª Co 3.18; Fil 1.20; 1ª P 2.21). La exigencia que Jesús hizo debe entenderse en contexto: Estar donde está Jesús implica sufrimiento. Dada la perspectiva de la muerte inminente de Jesús, estaba diciendo que ser Su seguidor implica sacrificio, hasta el punto de perder la vida por el Maestro. Si bien los requisitos para ser siervo de Jesús incluyen seguirlo y compartir Su sufrimiento, la promesa de ser siervo es **Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará**. La honra que recibe el siervo podría incluir esa cualidad de la bendita vida descrita como «eterna» en 5.24, así como esa cantidad de vida experimentada eternamente con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (vea comentarios sobre 5.24). Todos los que se han entregado a Jesús serán honrados por el Padre que envió a Jesús y que responde a las personas de acuerdo con cómo han respondido a Su precioso Hijo. Esta honra es una honra duradera otorgada por el Padre.

Versículos 27, 28. Jesús volvió después al tema de «la hora» (vea 12.23). El pasaje bien podría considerarse como la contraparte de Juan a las narraciones sinópticas concernientes a la agonía de Jesús en el huerto (vea Mt 26.36–39; Mr 14.32–36; Lc 22.40–42). Para Jesús, la hora de Su glorificación incluía cada parte de Su sufrimiento y muerte. Como persona que era, sería insultado, arrestado, atado, golpeado en el rostro, hecho burla, azotado y finalmente crucificado. Al lector no le debe sorprender el hecho de que Jesús haya dicho: **Ahora está turbada mi alma**. En 11.33–35, Jesús se turbó profundamente por la enfermedad y muerte de Lázaro, y se vería turbado por la traición de Judas en 13.21. En ese momento, estaba «turbado» por la ansiedad, la agitación y el horror que sentía con respecto a Su muerte inminente. Beauford H. Bryant y Mark S. Krause dieron la siguiente descripción:

Jesús revela parte de su propia lucha interior en este momento [...]. El instinto humano de supervivencia está horrorizado ante la idea de la muerte [...]. Jesús está diciendo más que el hecho de que está emocionalmente turbado. Está diciendo que el corazón mismo de su persona humana se resiste naturalmente al dolor

y la muerte que se avecinan.⁵

En este estado mental atribulado, Jesús dijo: **¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?** La NASB no consigna signos de pregunta para las palabras «y qué diré», tal como se presenta en la Reina-Valera y otras traducciones. El dilema del traductor es decidir cómo deben interpretarse las palabras de la oración de Jesús, «Padre, sálvame de esta hora». ¿Debería entenderse como una oración hipotética o una oración positiva? Los eruditos podrían encontrarse en ambos lados de esta pregunta. Tanto la NASB como la NIV hacen de la oración de Jesús una declaración hipotética consignando Su declaración entre signos de interrogación «¿Padre, sálvame de esta hora?». Esta es también la forma en que Leon Morris lo entendió. Describió las palabras de Jesús de la siguiente manera:

Toda la estructura del versículo apunta a una oración hipotética más que a una real; las palabras son una pregunta retórica, las palabras de una oración a la que Jesús mira, pero se niega a orar. Pregunta si debe orar para ser salvo de esta hora y responde inmediatamente que esta es la razón misma por la que ha venido.⁶

George R. Beasley-Murray expresó lo contrario, diciendo:

[La oración de Jesús] no debe debilitarse leyéndose como una pregunta, como si Jesús se negara a orarla [...], más bien, debe ser leída con una pausa, y entendida como lo que Jesús realmente deseaba orar; por lo tanto es una expresión de oración genuina.⁷

Jesús, estando profundamente turbado debido a Su sufrimiento y muerte que se acercaban, buscó evitarla pidiéndole a Su Padre que lo salvara «de esta hora». Sin embargo, la oración apenas dejó Sus labios antes de retractarse, diciendo: **Mas para esto he llegado a esta hora.** Es esencialmente la misma oración que Jesús pronunció cuando dijo: «aparta de mí esta copa» (Mr 14.36). Ambas oraciones fueron seguidas por el fuerte adversario ἄλλα (*alla*). En el relato de Marcos, la oración es

⁵ Beauford H. Bryant y Mark S. Krause, *John (Juan)*, The College Press NIV Commentary (Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 1998), 274–75.

⁶ Leon Morris, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 528–29.

⁷ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 212.

seguida por «mas [*alla*] no lo que yo quiero, sino [*alla*] lo que tú», e igual en Juan 12.27, diciendo «Mas [*alla*] para esto he llegado a esta hora». Sea que la oración se interprete como hipotética o positiva, Jesús reconocía que soportar la muerte era la razón misma por la que vino a este mundo. Al aceptar lo que estaba delante de Él, se sometió totalmente a la voluntad del Padre.

Las palabras **Padre, glorifica tu nombre** son reconocidas por todos como una oración positiva al Padre. Jesús apartó de Su mente cualquier deseo de ser salvo de Su sufrimiento y muerte y decidido proclamó que el nombre del Padre tenía que ser glorificado. La glorificación de Dios no es nada menos que hacer Su voluntad. Según Edwyn Clement Hoskyns, «Esta obediencia es la glorificación del nombre del Padre, y constituye el fundamento de la religión cristiana [He 5.7–10]». ⁸ Si bien Jesús, siendo humano y divino, experimentó la reducción natural de la muerte, logró la glorificación del nombre de Dios mediante Su sacrificio y Su sumisión incondicional a Su Padre.

La oración de Jesús fue reconocida por una voz del cielo. Este es uno de los tres casos registrados en el Nuevo Testamento cuando el Padre habló audiblemente desde el cielo. El Evangelio de Juan no habla explícitamente del bautismo de Jesús, cuando se oyó la voz de Dios (vea Mt. 3.13–17). El libro tampoco contiene un relato de la transfiguración, cuando Dios habló desde el cielo, expresando Su complacencia con Su Hijo y diciendo: «a él oíd» (Mt 17.5; Mr 9.7; Lc 9.35). En esta ocasión, **vino una voz del cielo**, diciendo: **Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.** Presumiblemente, Dios ya había glorificado Su nombre en el ministerio de Su Hijo por medio de Su enseñanza y especialmente Sus señales (vea comentarios sobre 2.11). Ahora que el ministerio público de Jesús había llegado a su culminación, el Padre glorificaba Su nombre nuevamente en la inminente muerte, resurrección y exaltación de Jesús. Este pasaje muestra la íntima relación entre el Padre y el Hijo, ya que el Padre había estado glorificando Su nombre a lo largo del ministerio de Jesús y lo continuaría haciendo.

Versículos 29, 30. La **multitud** que estaba de pie **había oído** la voz y estaba dividida en sus opiniones. Algunos no reconocieron el sonido como una voz en absoluto y simplemente pensaron **que había sido un trueno.** Otros percibieron

⁸ Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto Evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 425.

que el sonido eran voces y pensaban que un ángel [había] **hablado**, aunque no entendían lo que había sido dicho (vea Hch 9.7; 22.9). Jesús respondió a la confusión de ellos aclarando: **No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros.** Él no necesitaba de una afirmación audible de Su misión en el mundo, pero las personas sí. Si esto eliminaba parte de la dificultad, quedaba otra: Si la voz fue para el beneficio de ellos, ¿por qué no distinguieron si era el sonido de un trueno o la voz de un ángel? C. K. Barrett dijo: «Posiblemente Juan tiene en mente un tercer grupo (quizás los discípulos) que sí reconocieron el origen y el significado de la voz».⁹ Incluso si no entendían la voz, el hecho de que una voz hubiera venido del cielo debería haber sido reconocida como una actividad divina. Aquellos con «oídos para oír» (vea Mt 11.15; Mr 4.9; Lc 8.8; 14.35) entenderían algo del significado de la voz, mientras que aquellos que carecían de sensibilidad espiritual no verían ningún significado en ella.

Versículos 31–33. Si bien el vínculo de 12.31 con lo anterior podría no estar claro al principio, parece que aquí Jesús comenzó a revelar detalles acerca de lo que estaba a punto de sucederle y lo que se lograría con ello. Comenzó diciendo: **Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera** (12.31). Su respuesta con el repetido «Ahora» (*vōv, nun*) mira atrás a la idea en cuanto a que había llegado la hora de que el Hijo del hombre fuera glorificado (12.23). La muerte de Jesús era inminente. Muy pronto sería **levantado de la tierra** (12.32). La palabra «levantado» ya se ha visto en este relato del Evangelio (vea comentarios sobre 3.14, 15; 8.27–29). Se refieren a la forma en que Jesús había de ser ejecutado: la crucifixión (vea 12.33). En 12.31, 32, hay tres conceptos asociados con la cruz.

Primero, la cruz implica el juicio del «mundo». La palabra «juicio» (*κρίσις, krisis*) puede querer decir «juzgar» o «condenar». Juan 3.17 dice que Jesús vino a salvar al mundo y no condenar al mundo. El lenguaje del «día postrero» de 12.48 se refiere al juicio final, que comenzó con la pasión de Jesús. Mientras el mundo pensaba que estaba juzgando a Jesús, la cruz estaba ciertamente pasando juicio sobre el mundo. La muerte de Jesús trajo juicio para bien y para mal. Cada persona,

con su propio libre albedrío, elige uno o el otro. El rechazo de Jesús por parte del mundo revela su verdadero carácter. Así como la luz es un juicio sobre los que prefieren las tinieblas (vea comentarios sobre 3.19–21), las respuestas de las personas a la muerte de Jesús revelan quién está por Él y que está contra Él.

Segundo, la cruz implica la derrota de «el príncipe de este mundo». El «príncipe» (*ἄρχων, archōn*) o «gobernante» de este mundo es Satanás. Aun cuando la muerte de Jesús en la cruz parecía ser una victoria para Satanás y sus seguidores, en realidad fue una derrota. Esta derrota comenzó con la encarnación de Jesús, sin embargo, el golpe mortal a Satanás vino con la crucifixión de Jesús. No debemos llegar a la conclusión de que el diablo ya no es poderoso. De hecho, sigue trabajando (1ª P 5.8), pero finalmente será arrojado al lago de fuego (Ap 20.10). Gracias a la cruz, donde fue derramada la sangre del Cordero, los seguidores de Jesús pueden vencer a Satanás (vea Ap 7.14; 12.9–11).

Tercero, la cruz permitió a Jesús **[atraer] todos** a Sí mismo. Mientras que el verbo «levantado» (*ὑψόω, hupsōō*) se refiere al medio por el que Jesús moriría (crucifixión), parece tener un doble significado. Además de indicar un levantamiento literal de la tierra, sugiere ser exaltado (vea Is 52.13; Fil 2.9). Si bien la intención de Sus enemigos era destruir a Jesús, en realidad lo exaltaron como el Salvador de todas las personas por medio de Su muerte. Una vez que Jesús había sido levantado, «atraería a todos» a Sí mismo. El verbo «atraer» (*ἔλκω, helkō*) se usa en 6.44, con el Padre siendo el que atrae, sin embargo, aquí el sujeto del verbo es el Hijo. Esta diferencia es menor, ya que es por medio del sacrificio del Hijo que las personas son atraídas al Padre. No se debe concluir que hay un indicio de predestinación tal como lo han dicho algunos (vea comentarios sobre 6.43, 44). Dios inicia la salvación mediante Su maravillosa gracia (Tit 2.11); sin embargo, como muchos de los líderes rebeldes en el contexto actual, algunos rechazarán la oferta de Dios por medio de Su Hijo. La expresión «todos» no debe ser tomada para querer decir que todos vendrían a Jesús; porque muchos se negarían, como está claro en las Escrituras (vea Mt 7.13, 14). Más bien, una vez que Jesús hubiere sido «levantado», todas las personas, sin distinción, sean judías o gentiles, podrían ser receptoras de las bendiciones de la salvación. Esto fue aludido en la mención por parte de Jesús de las «otras ovejas»

⁹C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 426.

que fueron llamadas por el «un pastor» (10.16) y en la explicación de la profecía de Caifás acerca de «los hijos de Dios que estaban dispersos» (11.52). En vista de todo esto, la respuesta de Jesús a la petición de los griegos (12.20, 21) fue que en muy poco tiempo ellos, así como los judíos, podrían venir libremente a Él. Gracias a la muerte de Jesús, ya no habría barreras raciales o religiosas válidas (vea comentarios sobre 4.9).

En 12.33, Juan añadió una nota explicativa típica, indicando que las palabras de Jesús se referían a una **muerte** que había de experimentar: por crucifixión. Aunque parece que el significado principal de Juan era la forma en que Jesús moriría, dado su uso de doble significado para las palabras, también podría haber estado incluyendo la idea de la exaltación de Jesús.

Versículo 34. Aquellos entre **la gente** habían **oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre**. Por lo tanto, le preguntaron a Jesús: **¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado?** Estas personas se mostraron en marcado contraste con Jesús. Sus pronombres para referirse a sí mismos (ἡμεῖς, **hēmeis, Nosotros**) y a Jesús (σὺ, *su*, «tú») son ambos enfáticos. Jesús no había dicho explícitamente que «el Hijo del Hombre» sería «levantado». En referencia a Sí mismo, habló de que el Hijo del Hombre sería «glorificado» (12.23); y más tarde habló de Sí mismo como siendo «levantado» (12.32; vea 3.14; 8.28). Sabemos, entonces, que la gente no se equivocó al entender que Jesús era el Hijo del Hombre y que había de ser levantado de la tierra en cierto sentido. Para entonces, la multitud aparentemente había llegado a la conclusión de que la designación de Jesús de Sí mismo como «el Hijo del Hombre» era una afirmación mesiánica.

Si bien la perspectiva de la gente sobre estos asuntos era correcta, estaban perplejos. Según su comprensión de las Escrituras, «el Cristo permanece para siempre». En efecto, decían: «¿Cómo puedes decir que el Hijo del Hombre abandonará la escena terrenal por medio de la muerte, cuando de acuerdo con la “Ley”, el Mesías permanecerá para siempre?». Con «Ley», se referían a toda la Biblia hebrea, y no sólo al Pentateuco.¹⁰ No es seguro exactamente qué pasaje tenían en mente. Salmos 89.35–37 dice claramente que la semilla de David había de permanecer para siempre, y otros pasajes

¹⁰ Vea, por ejemplo, Juan 10.34, donde se dice que un pasaje de Salmos 82 es de la Ley.

reflejan enseñanzas similares (vea Sal 72.17; 110.4; Is 9.7; Ez 37.35; Miq 4.7). Si bien la multitud tenía razón en su conclusión concerniente a Jesús, se equivocaron al pensar que lo que dijo contradecía las Escrituras. Puesto que Jesús afirmó ser el Hijo del Hombre, pero también dijo que sería levantado de la tierra, razonaron que no podía ser el Mesías esperado. Su falta de comprensión se basaba en gran medida en su plano de pensamiento: la noción de que el reinado del Mesías sería de naturaleza terrenal en lugar de espiritual. El Mesías reinaría para siempre, pero no en el sentido que esperaban. Con desprecio, preguntaron más: **¿Quién es este Hijo del Hombre?** Querían decir: «¿Qué clase de Hijo del Hombre es éste de quien se están haciendo tales afirmaciones?».

Versículos 35, 36a. Jesús se negó a responder a la pregunta de ellos. Ciertamente, el Hijo del Hombre «permanece para siempre»; sin embargo, este era el momento de acción, no de especulación mesiánica. Si estos oyentes cesaran sus especulaciones y actuaran de acuerdo con la revelación que Jesús les estaba dando, su pregunta sería respondida. Aquí, al final de Su ministerio, Jesús dio una advertencia e hizo un llamado.

Le advirtió a la multitud que **la luz** estaba con ellos, pero **por un poco**, por lo que deberían aprovecharla mientras tuvieran oportunidad,¹¹ lo cual que se refiere a la presencia terrenal de Jesús. Cualquiera que quisiera andar en la luz de Su presencia terrenal tenía que hacerlo pronto, porque estaba a punto de abandonar la tierra y regresar al Padre. Les advirtió a Sus oyentes diciéndoles **andad** mientras tenían **luz, para que no [les] sorprendan las tinieblas**. El presente imperativo περιπατεῖτε (*peripateite*) quiere decir «seguir andando». A la luz del día la gente puede ver y saber a dónde va, pero en la oscuridad no pueden ver ni saben a dónde van. Esto es igualmente cierto en el reino espiritual.

Jesús exhortó a estas personas a **[creer] en la luz** mientras tenían **la luz, para que** pudieran ser **hijos de luz**. Para aprovechar «la luz», tenían que «creer» (πιστεύετε, *pisteuete*; presente tenso, una actividad continua) y «seáis» (γέννησθε, *genēsthe*; tiempo aorista, un acto de una sola vez) «hijos de luz». Estar en «la luz» comienza con creer y

¹¹ El tema de las tinieblas y la luz, aunque no se limita al Evangelio de Juan (vea Ro 13.12; Ef 5.8–14; Col 1.12–14; 1ª Ts 5.5; 1ª Jn 1.5–7), es frecuente en el libro (vea 1.4–9; 3.19–21; 8.12; 9.1–5). Aquí Juan usó «luz» cinco veces en dos versículos, dándole gran énfasis.

continuar creyendo. Cuando se actúa sobre la fe sometiénndose humildemente a Jesús, se hace hijo; después, para permanecer en «la luz», seguimos creyendo. Alcanzar una relación espiritual con Jesús comienza y termina con la fe (vea Ro 1.17).

Versículo 36b. Después de que Jesús dijo **Estas cosas, se fue y se ocultó de ellos** (vea 8.59). Al partir, Jesús no simplemente se separó físicamente de aquellos a quienes había hablado. Había sido enviado al mundo por el Padre para ofrecer salvación a la humanidad; sin embargo, Su propio pueblo, los judíos, le había rechazado (vea 1.11). A lo largo del Evangelio, Jesús había dado advertencias de las consecuencias de tal rechazo, y en esa ocasión había suplicado una vez más para que llegaran a ser «hijos de luz» (12.35, 36). Debido al rechazo de los judíos, Jesús los estaba ahora rechazando. No les dio oportunidad de responder. Se fue y se escondió. El pueblo esperaba en el templo para escucharle (vea Lc 21.38); pero su espera sería en vano. La partida de Jesús sirvió esencialmente como la conclusión de Su ministerio público y también como una transición a la explicación teológica de Juan sobre la incredulidad.

EXPLICACIÓN TEOLÓGICA DE JUAN SOBRE LA INCREULIDAD (12.37–43)

³⁷**Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; ³⁸para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dijo:**

Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?

¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?

³⁹**Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías:**

⁴⁰**Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón;**

Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón,

Y se conviertan, y yo los sane.

⁴¹**Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él. ⁴²Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. ⁴³Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.**

Versículo 37. El presente versículo sirve como una declaración resumida para el párrafo. La abrumadora respuesta de los judíos al ministerio de Jesús fue de incredulidad. Juan preparó a sus lectores para esta incredulidad en el Prólogo,

cuando escribió que la Luz verdadera «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (1.11). Desde Su primera señal en Caná (2.11) hasta la séptima señal de levantar a Lázaro de entre los muertos (11.44), Jesús había revelado que en efecto era el Mesías enviado por el Padre. Aun así, la mayoría no creía en El. El mismo pueblo que había estado preparado durante siglos para la venida del Mesías y que debía haberle acogido le rechazaron. La frase que se traduce como **no creían** nos direcciona a un estado continuo de incredulidad, ya que el verbo ἐπίστευον (*episteuon*) está en tiempo imperfecto. Seguían **incrédulos** a pesar de **tantas señales**. La falta de creencia de los judíos en los días de Jesús era comparable a las dudas de aquellos en el desierto que habían presenciado las poderosas obras de Dios mostradas en señales por medio de Moisés (vea Dt 29.2–4). ¿Cómo puede alguien imaginarse una señal mayor que la de levantar a Lázaro de entre los muertos? «Y aunque la fe sin señales es preferible (20.29), la fe basada en señales es aún mejor que ninguna fe en absoluto (2.11; 10.38; 14.11)».¹²

Versículo 38. El rechazo de Israel en el pasado y el de los judíos en los días de Jesús fue algo con lo que la iglesia primitiva luchó y un problema que justificaba una explicación (12.38–43). Juan, al igual que Pablo (vea Ro 10.16), afirmó que su incredulidad era un cumplimiento de las Escrituras. Aunque Juan se refería con frecuencia al Antiguo Testamento, este es su primer uso de la fórmula del cumplimiento (vea 13.18; 15.25; 17.12; 19.24, 36). La declaración **para que se cumpliera** (ἵνα... πληρωθῆ, *hina... plērōthē*) podría interpretarse como un propósito o como un resultado. El primero significaría que la falta de fe de la gente era *para que* la profecía del Antiguo Testamento pudiera cumplirse; sin embargo, el significado aquí probablemente es que su no creencia *resultara* en el cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento. La incredulidad judía en Jesús como el Mesías fue el cumplimiento de **la palabra del profeta Isaías**, quien retrató al Siervo Sufrido como rechazado por el pueblo, pero exaltado por Dios. Juan citó de Isaías 53.1, diciendo: **Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?** Isaías expresó asombro por el hecho de que el pueblo había rechazado el mensaje de Dios y la revelación de Sus

¹² Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 390.

poderosas obras. Juan encontró en Isaías 53.1 un doble cumplimiento concerniente a Jesús, que era el Siervo del Señor, el Mesías. El pueblo no creía en las palabras de Jesús ni reconocía que «el brazo del Señor» había sido revelado en Sus muchas señales. Este rechazo de Jesús de parte de los judíos demostró lo que había sido cierto de sus padres; eran tercos y rebeldes.

Versículos 39–41. En cuanto a aquellos que se negaron a creer en las enseñanzas y obras de Jesús, se nos dice además que **no podían creer** (12.39). Algunos han llegado a la conclusión de que Dios cegó los ojos y endureció los corazones de ciertos judíos *con el fin* de impedirles creer en Jesús como el Mesías. Si este fuera el caso, entonces Dios mismo sería responsable de su incredulidad y futura condenación, en vista de que no tendrían ninguna opción en el asunto. Tal noción es consecuente con la enseñanza de algunos calvinistas; argumentan que Dios puede hacer lo que desee hacer y que nosotros, Sus seres creados, no tenemos derecho a cuestionar nada de lo que Dios haga.

Antes de establecer una solución razonable y plausible al problema aparente introducido por estos versículos, se tienen que señalar dos hechos para subrayar el hecho de que Dios no era el culpable de la incredulidad de la mayoría de los judíos durante el ministerio de Jesús.

En primer lugar, el contexto inmediato no permite tal interpretación. En 12.36, Jesús animó al pueblo a «[creer] en la luz», para que pudieran «[ser] hijos de luz». Tal llamado de Jesús sería absurdo si las personas fueran incapaces de llegar a ser «hijos de luz». El versículo 37 enfatiza las «tantas señales» que Jesús había realizado ante ellos. La declaración de propósito dada por Juan en 20.30, 31 afirma que señales como estas se realizaron con la esperanza de que las personas creyeran en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios. Si las señales eran con el propósito de producir fe, entonces la gente tuvo que haber tenido la capacidad de creer en lo que las señales apuntaban, a saber, a Jesús. Además, el versículo 42 indica que algunas de las autoridades religiosas creyeron en Jesús, aunque se negaban a confesarlo. ¿Cuál era la diferencia entre estos judíos creyentes que no le confesarían y los judíos incrédulos? Si Dios decidiera caprichosamente endurecer los corazones de algunos y no de otros, entonces algunos finalmente estarían perdidos sin culpa propia. Por otro lado, la diferencia entre los dos podría yacer (y así es, como veremos) en la propia capacidad de cada

persona como agente moral libre para decidir su propio destino.

En segundo lugar, decir que Dios era el culpable de la incredulidad de los judíos contradice la enseñanza bíblica que dice que Dios es justo, imparcial y consecuente en Sus acciones (vea 3.14–17; Hch 10.34; Ro 2.6–11; 5.18; Tit 2.11; 2ª P 3.9).

Si Dios no era culpable de la incredulidad de ciertos judíos durante el ministerio personal de Jesús, entonces se tiene que dar una explicación razonable para la cita de Juan en 12.40, que dice: **Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, Y se conviertan, y yo los sane.** La declaración es de Isaías 6.9, 10, y constituye una de las primeras afirmaciones cristianas para explicar el problema de la incredulidad judía en Jesús como el Mesías. Las palabras fueron pronunciadas por Jesús mismo para explicar por qué las multitudes no entendían Su enseñanza en parábolas (Mt 13.13–15; Mr 4.12; Lc 8.10). Pablo usó el mismo pasaje para explicar el rechazo de su enseñanza de parte de los líderes judíos en Roma (Hch 28.25–27).

El lenguaje citado por Juan tiene una extensa historia en el pensamiento bíblico. Con frecuencia se dice en Éxodo que Dios endureció el corazón de Faraón (vea Ex 4.21) y que Faraón endureció su propio corazón (vea Ex 8.15, 32). Además, simplemente se dice que el corazón de Faraón se endureció (vea Ex 8.19). Los profetas hablaban de personas que tienen «ojos y no ven» y «oídos y no oyen» (Jer 5.21; vea Is 42.20; Ez 12.2). Además de las referencias anteriores, otros pasajes también indican que Dios endurece el corazón de las personas (vea Ro 9.18; 2ª Ts 2.11).

Cuando Isaías fue comisionado, se le advirtió que las personas a las que ministraría no le escucharían. Aunque no fue el propósito de su ministerio,¹³ su predicación hizo que las personas estuvieran aún más resueltos en su incredulidad. La comisión de Isaías se expresa aquí como si Dios lo hubiera enviado *para que* sus oyentes se negaran a escucharle. Tanto en hebreo como en griego, *el resultado* podría expresarse como si fuera el propósito. Esto se ve en la fórmula introductoria de Juan «para que se cumpliera» en 12.38 y nuevamente en las palabras «Por esto no podían creer» en 12.39. Ningún oyente individual de las palabras de Jesús fue inevitablemente destinado a la incredulidad.

¹³ Su propósito era que las personas se «conviertan» y Dios «[las] sane» (12.40).

De hecho, algunos creyeron (12.42).

La predicación de Isaías dio como resultado la incredulidad por parte de sus oyentes; por lo tanto, en cierto sentido, su predicación fue la causa de su incredulidad. Se podría decir, entonces, que Dios, por medio de la predicación de Isaías, cegó sus ojos y endureció sus corazones; porque si Isaías nunca hubiera predicado al pueblo, la posibilidad del endurecimiento de sus corazones no habría existido. Dios proporcionó un mensajero y un mensaje que podía ser rechazado; sin embargo, los judíos eran culpables por responder negativamente a ese mensaje. Se respetó la soberanía de Dios y se conservó el libre albedrío del hombre.

Como fue el caso con Israel en los días de Isaías, así fue con los judíos en los días de Jesús. Juan pasó a dar una explicación más completa. La respuesta negativa que Isaías había experimentado en su ministerio también había sido experimentada por otros profetas. Ahora se vio el cumplimiento definitivo de la experiencia de los profetas en el rechazo de Aquel de quien hablaron los profetas: Jesús. ¿Quién «cegó los ojos de ellos y endureció su corazón» (12.40)? El versículo 41 sugiere que fue Jesús mismo. Juan dijo que **Isaías** estaba hablando de Jesús en esa ocasión **cuando vio su gloria** (12.41). Juan identificó la gloria del Señor que Isaías había visto (Is 6.1–13) con la gloria de Cristo. Esto «apunta a la vez a la grandeza suprema de Cristo»¹⁴ e incluye tanto la gloria que Jesús tuvo con el Padre antes de que existiera el mundo (17.5) como la gloria de la cruz por medio de la cual Dios fue glorificado en el Hijo (13.31, 32). Isaías, al igual que Abraham, se regocijó al ver el día de Cristo (vea 8.56–58). Con el tiempo, a Juan y a sus compañeros discípulos se les permitió presenciar Su gloria (vea 1.14).

Versículos 42, 43. Si bien se había profetizado que muchos de los judíos rechazarían a Jesús como el Mesías, Juan eligió explicar que ciertos judíos tenían fe en Jesús. Mencionó específicamente que **aun de los gobernantes, muchos creyeron en él** (vea 1.11, 12). Puede que esos gobernantes hayan incluido a Nicodemo, que estaba dispuesto a abogar por Jesús en el Sanedrín (7.50–52), y José de Arimatea, quien (junto con Nicodemo) fue fundamental para darle a Jesús una sepultura decente (19.38, 39). Otros líderes creyeron en Jesús, aunque los fariseos desconocían la creencia de ellos (7.48). Muchas de las personas comunes también habían

puesto su fe en Jesús, tal vez con más valor que los líderes religiosos. Sin embargo, los líderes de 12.42 parecen encajar en el modelo de aquellos que creen en Jesús debido a Sus señales, pero cuya creencia era superficial (2.23–25). La fe de estos gobernantes nunca fue demostrada en algún tipo de reconocimiento público o compromiso irrevocable con Jesús como el Mesías. Sólo tenían una fe intelectual. Para usar las palabras de B. F. Westcott, «La convicción no encontró expresión en la vida».¹⁵ No **confesaban** a Jesús por temor a **ser expulsados de la sinagoga por los fariseos**, donde la influencia farisaica era dominante. La connotación del verbo imperfecto ὁμολόγουν (*hōmologoun*) es que siguieron negándose a confesarlo.

El hombre nacido ciego que había sido sanado por Jesús ya había sido expulsado de la sinagoga (9.22, 34). Los creyentes secretos dentro del Sanedrín demostraron menos valor que este hombre, **Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios**. La palabra «gloria» (δόξα, *doxa*) se traduce como «aprobación» en otras versiones; así que estos líderes se habían alineado con los reprendidos por Jesús en 5.44, que querían «[recibir] gloria los unos de los otros» y «no [buscaban] la gloria que viene del Dios único». Juan deseaba que sus lectores supieran que es insuficiente creer en Jesús sin comprometerse públicamente con esa creencia. Además, enfatizó que es profundamente importante hacer lo que Jesús desea por la razón que Él desea.

LA ÚLTIMA SÚPLICA DE JESÚS PIDIENDO FE (12.44–50)

⁴⁴Jesús clamó y dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; ⁴⁵y el que me ve, ve al que me envió. ⁴⁶Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. ⁴⁷Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. ⁴⁸El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. ⁴⁹Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. ⁵⁰Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre

¹⁴ Morris, 538.

¹⁵ Westcott, 185.

me lo ha dicho.

Versículos 44, 45. El versículo 44 introduce la sección final de Juan 12 y la conclusión del ministerio de enseñanza de Jesús. No se revela ningún momento ni lugar, sin embargo, las palabras fueron pronunciadas por Jesús en alguna ocasión. En vista de 12.36, es posible que fueran expresadas antes y Juan las haya insertado aquí como una especie de súplica final para que la gente creyera en Jesús. Muestran los incansables esfuerzos de parte de Jesús por convencer a los judíos de que Él era el Mesías anunciado; podrían haber sido colocadas aquí como una especie de resumen de Su mensaje. Muchos de los temas que se han analizado a lo largo del relato del Evangelio encuentran expresión en este pasaje: fe, Jesús como el Enviado por el Padre, «luz» y «tinieblas», juicio ahora y en el día postrero, y vida eterna.

La intensidad del llamado de Jesús se expresa con la palabra **clamó**, κράζω (*krazō*). El término sugiere que Jesús habló en voz alta (7.28, 37; vea 1.15) cuando dijo: **El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió.** Jesús estaba reforzando la idea básica de que no había venido por Su propia iniciativa o autoridad. Representaba a Aquel que le había enviado. En Su llamado, Jesús estaba diciendo que creer en Él incluía creer en Dios el Padre. Los dos están tan unidos que poner fe en uno es poner fe en el otro. La esencia de estas palabras ocurre en otra parte de Juan (13.20), así como en los Evangelios Sinópticos, donde el principio se afirma tanto en positivo (Mt 10.40; Mr 9.37; Lc 9.48) como en negativo (Lc 10.16).

Jesús fue el Enviado por el Padre. Al Padre se le refiere como **el que me envió** en el versículo 45. Ver a Jesús es ver al Padre, no porque sean la misma persona, sino por su íntima asociación entre sí. Ver a Jesús es creer en Él, y creer en Él es creer en el que le envió. Jesús, «el Verbo», está con Dios (1.1) y revela a Dios (1.18) para que ver al que fue enviado por el Padre sea ver al Padre mismo (vea 14.9).

Versículo 46. Él es la Luz. Una vez más, Jesús afirmó que como **la luz** que era, había **venido al mundo**. Este dicho recuerda una de las siete declaraciones «Yo soy» (8.12), el Prólogo (1.4, 5, 9) y el análisis de la «luz» y las «tinieblas» (3.19–21), así como la narración de la sanidad del hombre nacido ciego (9.5, 39–41). Este tema ya ha sido examinado en 12.35, 36. Aquí se revela el propósito de la venida de Jesús: El mundo está en **tinieblas**

espirituales; pero Jesús, «la luz», vino al mundo como luz para todo el mundo y librará de las tinieblas espirituales a cualquiera que crea en Él.

Versículos 47, 48. Algunos cuya fe en Jesús era superficial escucharon Sus palabras, pero no las guardaron (vea Mt 7.21–27; Stg 1.22–25). Entendían las palabras de Jesús, sin embargo, eran descuidados en demostrar en obras la importancia de ellas. Antes había dicho que aquellos que continuaran en Su palabra (8.31) y guardaran Su palabra (8.52) jamás probarían la muerte. Aquellos que no continuaran en Su palabra ni la guardaran serían condenados; sin embargo, Jesús vino a este mundo para traer la salvación en lugar de condenar. En 12.47, Jesús dijo a la multitud: **Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.** Había dicho en 3.17: «Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (vea comentarios sobre 3.17). No obstante, la venida de Jesús al mundo era el juicio del mundo (vea comentarios sobre 12.31–33) en el sentido expresado en 9.39, ya que algunos le aceptarían, mientras que otros le rechazarían (vea comentarios sobre 9.39). Fue porque algunos rechazarían a Jesús que el juicio le había sido asignado a Él (5.22, 27).

Jesús ahora reveló cómo había de ejecutarse este juicio. Antes, había dicho que a Sus oponentes, que confiaban tanto en los escritos de Moisés, les «acusa» Moisés; es decir, estaban bajo su condenación por la misma Ley de la que dependían (5.45–47). Del mismo modo, aquellos que escuchaban las palabras de Jesús y no las guardaban tienen un juez: **la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero.** «La palabra» es el instrumento de medición última tanto para el creyente como para el incrédulo. Bruce expresó la comparación, diciendo: «El mensaje que proclama vida al creyente es el mensaje que proclama juicio al desobediente».¹⁶ Jesús vino a liberar a los hombres de las tinieblas espirituales, a dar vida, a salvar; pero para aquellos que rechazan Su gentil ofrecimiento, el juicio es el efecto inevitable.

Versículos 49, 50. La palabra **Porque** (ὅτι, *hoti*) introduce la razón y la importancia de la declaración de Jesús: Él **no [ha] hablado por [Su] propia cuenta**, sino sólo como **el Padre** le instruyó. La subordinación de Jesús al Padre se detalló en 5.19–30. El mensaje del Hijo no era Su propio mensaje, sino

¹⁶ Bruce, 275.

del Padre. El Padre le dio **mandamiento de lo que [ha] de decir, y de lo que [ha] de hablar**. Todo lo que Jesús dijo durante Su ministerio personal estuvo en armonía con la voluntad del Padre.

Jesús fue el profeta como Moisés, a quien Dios levantó para hablar las palabras que Él mandó (Dt 18.18). El **mandamiento** dado por el Padre es **vida eterna**. Jesús dijo en 6.63: «Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida». Así como se instó al pueblo bajo la Ley a prestar atención a las palabras pronunciadas por Moisés en el nombre de Dios para complacer a Dios (Dt 18.19), también las personas tienen que prestar atención hoy a las palabras de Jesús para que tengan vida eterna.

Jesús terminó Su última súplica haciendo hincapié una vez más en que lo que dijo era lo que el Padre le dijo que dijera: **lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho**. Este párrafo constituye una nota sorprendente con la cual poner fin al ministerio de enseñanza de Jesús. Barrett lo resumió cuando dijo:

Jesús no es una figura de grandeza independiente; él es el Verbo de Dios o no es nada en absoluto. En la primera parte del Evangelio, que aquí finaliza, Jesús vive en completa obediencia al Padre; en la segunda parte morirá en la misma obediencia.¹⁷

APLICACIÓN

«Y yo, si fuere levantado...» (12.32)

El ministerio terrenal de Jesús estaba llegando a su fin. Las reacciones de la gente para con Él y Su enseñanza variaron grandemente. Algunos le veneraron. María había ungido Su cabeza y Sus pies en una cena en la que fue un invitado de honor (12.3; Mr 14.3). Además, muchos le habían recibido recientemente con clamores de «¡Hosanna!» al entrar en Jerusalén (12.12–15). Sin embargo, los líderes judíos, por temor y celos, estaban conspirando para darle muerte a Jesús (11.53). Totalmente consciente de lo que estaba a punto de suceder, Jesús preparó a Sus seguidores para lo que todos pronto experimentarían.

En Juan 12.32, 33, Jesús dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo», y Juan agregó: «Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir». Nuestro Señor estaba anunciando que moriría en una cruz, es decir, sería crucificado o «levantado de la tierra» (vea 3.14, 15). No moriría siendo apedreado hasta la

¹⁷ Barrett, 435.

muerte, que era el método preferido de ejecución de los judíos.¹⁸

Jesús hizo la declaración en 12.32 mientras predicaba Su último sermón público registrado en el Evangelio de Juan. Presentaría otro discurso a Sus discípulos comenzando en Juan 14, sin embargo, este fue Su mensaje final al público en general.

Juan describió el escenario de este sermón relatando que algunos griegos estaban buscando a Jesús (12.20–22). Obviamente, estos griegos eran adoradores de Dios. En cierto sentido, eran practicantes del judaísmo, ya que habían viajado con otros a la fiesta de pascua. Probablemente eran prosélitos o «temerosos de Dios» —gentiles atraídos por la religión judía que no habían dado el paso final de la circuncisión para convertirse en judíos. Es posible que se acercaran a Felipe porque tenía un nombre griego; puede que se le haya conocido como alguien con parientes griegos o inclinaciones griegas. Felipe, a su vez, llevó estos hombres a Andrés; y luego él y Andrés los presentaron a Jesús.¹⁹

Tal vez el hecho más importante en esta sección es que los gentiles estaban buscando a Jesús y aparentemente fueron recibidos por Jesús, aunque una vez había dicho que sólo fue enviado a «la casa de Israel» (Mt 15.24). Si bien el texto no lo dice específicamente, el sermón que sigue en Juan 12.23–36 aparentemente fue expresado a estos griegos, junto con los judíos que estaban presentes en esa ocasión.

La necesidad de que Él fuera levantado. Jesús habló de Su inminente muerte. ¿Por qué se centró en Su muerte al dirigirse a estos griegos y a los judíos que conformaban el resto de la audiencia en ese momento? La pregunta es difícil de responder. Tal vez los griegos que deseaban «ver» a Jesús habían anticipado el encuentro con un héroe conquistador. El Jesús que «vieron» en las palabras del Maestro fue el Siervo crucificado (Is 53). Por lo tanto, Jesús, como Pablo después de Él, predicó «a Cristo crucificado» tanto a «judíos como griegos», aún cuando

¹⁸ La mayor parte de esta lección fue adaptada de un «Comentario sobre Juan», escrito por Coy Roper para una clase de graduandos (El Evangelio de Juan, otoño de 2002, enseñado por el Dr. Steven Guy en Heritage Christian University, Florence, Alabama). Partes del material provienen de notas tomadas en conferencias y de folletos proporcionados por el hermano Guy durante ese curso.

¹⁹ A Andrés se le retrata como trayendo gente a Jesús tres veces en el Evangelio de Juan: a Pedro (1.40–42), al muchacho con los pocos panes y peces (6.8, 9), y a estos griegos (12.20–22).

la cruz, era un «tropezadero» y una «locura» para los que oyeron (vea 1ª Co 1.18–25; 2.2).

¿Qué dijo Jesús acerca de Su muerte en este discurso?

1. El camino a la gloria (12.23). Jesús dijo que Su muerte era el camino para que «el Hijo del Hombre» (aquí un título mesiánico que hacía eco de Dn 7.13, 14) fuera glorificado (12.23), con el resultado de que el Padre también sería glorificado (12.28). Si bien la crucifixión de Jesús fue en cierto sentido una experiencia vergonzosa, también fue el camino a la gloria. En Juan 17.1, Jesús oró diciendo: «Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti». La hora de la gloria de Jesús fue la hora de Su muerte.

2. Un modelo para los discípulos (12.24–26). Jesús sabía que Su muerte proporcionaría un modelo para Sus seguidores. Ilustró la necesidad de Su muerte hablando de un grano de trigo que primero tiene que morir antes de que pueda dar fruto (12.24). Luego aplicó la lección a Sus discípulos: Si alguien seguiría a Jesús, tiene que aceptar la paradoja de que amar su propia vida daría como resultado su pérdida, pero aborrecer su vida daría como resultado su salvación (12.25, 26). Si un discípulo ama su vida física tanto que negaría a Cristo para salvarla (o para disfrutar de sus placeres), perderá su vida espiritual. Si, por el contrario, ama menos su vida en este mundo —en la medida en que esté dispuesto a renunciar a ella para seguir a Cristo— vivirá eternamente.

3. El consuelo del Padre a ser exhibido (12.27–30). Jesús confesó que estaba turbado por Su inminente muerte, al tiempo que reconocía que había venido a la tierra a morir (12.27). En Su «hora de prueba», Dios le consoló hablando desde el cielo. Cuando Jesús pidió: «Padre, glorifica tu nombre», Dios respondió: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez» (12.28). No fue sólo para beneficio de Jesús, sino también para beneficio de los que estaban cerca (12.29, 30).²⁰

4. El éxito en la aparente derrota (12.31). En Su muerte, Jesús juzgó al mundo y expulsó al príncipe de este mundo, Satanás. Lo que parecía ser una derrota para Jesús era realmente un triunfo; por medio de Su muerte, el poder del diablo fue destruido.

5. La mayor atracción del cristianismo (12.32,

33). Por medio de Su muerte, Jesús dijo que atraería a todos los hombres a Sí mismo (12.32, 33). En lugar de cerrar la puerta al principio de Su reino, la cruz abriría la puerta. Se convertiría en el poder atrayente del camino de Cristo. Las personas son atraídas a Cristo aprendiendo acerca de Su amor que les mostró por medio de Su muerte en la cruz (vea Ro 5.8, 9). ¿Cómo podría alguien resistirse a seguir a Quien murió por ellos?

El significado de ser levantado. ¿Dónde está la importancia teológica del hecho de que Jesús fue «levantado» en la cruz? Jesús no podía morir de enfermedad o vejez; tenía que derramar Su sangre para cumplir las Escrituras y ser el Salvador de la humanidad. En Su crucifixión cumplió tanto las profecías como los tipos. Murió como el Antiguo Testamento había anunciado, con Sus manos y pies perforados, Sus vestidos exteriores fueron repartidos entre los soldados, y se echaron suertes por Sus vestidos (19.23, 24; vea Sal 22.16–18). Además, así como los corderos habían sido sacrificados por los pecados bajo el viejo pacto, Él derramó Su sangre, cumpliendo el papel del sacrificio como nuestro Cordero de la Pascua (vea 1ª Co 5.7), «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!» (1.29).

En consecuencia, la muerte en la cruz fue fundamental para la predicación del evangelio, a pesar de que el concepto era ofensivo tanto para los judíos como para los griegos. Dado que otros (como Lázaro) fueron resucitados de entre los muertos, la resurrección en sí misma no era única. Más bien, la mayor maravilla es que Aquel que era Deidad pudiera morir y así sucedió, y lo haría por los seres humanos que de ninguna manera merecen Su sacrificio.

Al concluir Jesús Su sermón acerca de la crucifixión, las personas indicaron su falta de comprensión. Siempre se les había enseñado que el Mesías, el Hijo del Hombre, señorearía. Entonces, ¿cómo podía morir (12.34)? Su desconcierto fue reproducido en los corazones de muchos oyentes judíos en los días y años siguientes. Los evangelistas en Hechos siempre tuvieron que tratar de ayudar a sus audiencias judías a entender cómo Jesús, si era el Mesías, podía haber muerto.

Jesús respondió esta pregunta haciendo hincapié en la necesidad de que Sus oyentes respondieran inmediatamente a Su ofrecimiento de salvación. Dijo: «Aún por un poco está la luz [Jesús mismo, el Cristo] entre vosotros» (12.35a). En otras palabras, les estaba diciendo: «Tienen

²⁰ Parecería que Juan (y tal vez algunos otros discípulos) entendió las palabras pronunciadas por Dios, donde otros que estuvieron presentes no lo hicieron (12.29).

sólo un poco de tiempo antes de que Yo muera y los deje. Por lo tanto, tienen que “andar” en la Luz siguiéndome mientras tengan la oportunidad, para que no les sorprendan las tinieblas [el pecado y el juicio]» (12.35b). Jesús concluyó Su respuesta diciendo: «Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz» (12.36a). En efecto, Jesús predicó un sermón sobre Su muerte y concluyó con una invitación: «¡Crean en mí! ¡Si así hacen, estarán en la Luz y serán salvos! ¡Si no lo hacen, permanecerán en tinieblas y se perderán!».

Coy Roper

«El que me rechaza [...] tiene quien le juzgue» (12.48)

A lo largo de Su ministerio, Jesús mostró el poder de Dios en Sus palabras de sabiduría y en Sus obras milagrosas. Hizo que los ciegos vieran, que los paralíticos caminaran y que los sordos oyeran. Limpió leprosos y resucitó a los muertos. Sobre todo, predicó el Evangelio (vea Mt 11.5; Lc 7.22).

Aun los enemigos de Jesús, los líderes religiosos, no podían negar que era un hacedor de milagros. Lo vieron como una amenaza para sus posiciones y trataron de destruirlo.

Las señales de Jesús son rechazadas (12.37–43). Juan resumió los resultados del ministerio de Jesús entre Sus compatriotas diciendo: «Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él» (12.37). Si la falta de fe de los judíos no era el resultado de no aceptar del hecho de que Jesús hizo milagros, ¿por qué no creyeron?

Aquellos que vieron a Jesús multiplicar los panes y los peces y desearon hacerle rey (6.14, 15) malinterpretaron Su misión y Su mensaje. Muchos de los que vieron esta señal siguieron a Jesús para poder ser alimentados nuevamente. No entendieron el mensaje de la señal (6.26, 27).

Algunos, convencidos por las señales de Jesús, todavía se negaron a seguirle porque temían perder su estatus. Los fariseos habían decretado que cualquiera que creyera en Jesús sería expulsado de la sinagoga (12.42). Una vez más, estos se centraron en lo material más que en lo espiritual.

Otros se apartaron de Jesús porque Su enseñanza sobre el pan de vida era «Dura [...] palabra» (6.60). No estaban dispuestos a escuchar y aceptar las enseñanzas radicales de Jesús.

Los principales sacerdotes estaban orgullosos de sus posiciones de liderazgo y estaban seguros de que sus ideas con respecto a la tradición y al Mesías venidero eran verdaderas. Cuando Jesús

no demostró ser subordinado ni a su autoridad ni a sus doctrinas, temían que perdieran su prestigio a medida que más personas los abandonaban y le siguieran a Él. Jesús no sólo habló de estas autoridades como engañadas o equivocadas, ¡sino como hijos del diablo (vea 8.44)! En otras palabras, al sucumbir a pecados como el orgullo, los prejuicios y la malicia, estaban dejando que el diablo controlara sus vidas.

Juan no analizó ninguna de estas razones. Se limitó a decir que la falta de creencia de ellos cumplió la profecía de Isaías de que el Mesías sería rechazado (12.38). Citó la razón que Isaías dio: Sus ojos estaban cegados y sus corazones endurecidos (12.39, 40). Juan les aseguró a sus lectores que Isaías, cuando dijo estas cosas, «vio su gloria [la de Cristo], y habló [estas cosas] acerca de él» (12.41). En este contexto, el hecho de que Isaías «vio su gloria» parece querer decir que Isaías previó la muerte del Mesías.

«Con todo esto», escribió Juan, «aun de los gobernantes, muchos creyeron en él» (12.42). Su fe no era fe salvadora porque tenían temor de confesar a Jesús abiertamente. Una confesión habría llevado a su pérdida de posición como líderes judíos. El problema era que «amaban más la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios» (12.43; KJV).

El relato de la respuesta de los judíos al sermón final de Jesús termina con la mayoría de los judíos condenados, ya sea porque no creyeron en Jesús o porque no creyeron lo suficiente como para confesarle.

Las afirmaciones de Jesús son explicadas (12.44–50). Después del sermón de 12.23–36a, Jesús «se fue y se ocultó de ellos» (12.36b). ¿Por qué? No tenemos forma de saberlo. Tal vez deseaba darle tiempo a Su audiencia para pensar en lo que había dicho. Tal vez percibió que los judíos estaban a punto de tomarle cautivo y aún no era hora de que fuera crucificado. En cualquier caso, reapareció poco después. En el último párrafo del capítulo, en una especie de apéndice de Su sermón, resumió Sus afirmaciones.

Dijo que creer en Él es creer en Dios (12.44).

Dijo que verle a Él es ver a Dios, que le envió (12.45).

Dijo que era la Luz del mundo, que hace posible que las personas no permanezcan en tinieblas (12.46).

Declaró que era el Salvador del mundo, diciendo: «porque no he venido a juzgar al

mundo, sino a salvar al mundo» (12.47).

Afirmó que Su Palabra es la Palabra de Dios, que tiene que ser escuchada y obedecida. Su Palabra juzgará al mundo y también será el medio por el cual algunos reciban la vida eterna (12.47–50).

La evidencia que se encuentra en este relato del Evangelio demuestra que Jesús fue quien dijo ser. La única conclusión a la que podemos llegar es que aquellos que se negaron a creer en Él fueron y serán condenados por rechazar su única esperanza de salvación.

Nuestra respuesta a Jesús. El mensaje del capítulo 12 nos desafía a considerar cómo responderemos a Jesús. Hay tres maneras posibles de responderle.

1. ¿Responderemos a Jesús con incredulidad, como muchos de los judíos? Éstos sabían que Jesús realizó milagros, pero lo rechazaron como el Cristo, el Hijo de Dios (12.37–40). De hecho, los líderes judíos buscaron una oportunidad para matarle tanto a Él como a Lázaro, ya que muchas personas creían en Él a causa de la resurrección de Lázaro (12.9–11; vea 12.17–19). No estemos entre los que rechazan a Jesús y a Su Palabra. Jesús dijo: «El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero» (12.48).

2. ¿Responderemos con una fe que nunca se manifiesta? Volvamos a mirar 12.42, 43:

Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

Estos hombres eran hipócritas. Ellos creían; pero tenían miedo de confesar su fe porque, como consigna la KJV, «amaban más la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios» (12.43). ¡Esa fe no tiene valor! (Vea Mt 10.32, 33.) ¡Aquellos que tienen fe pero nunca hacen nada al respecto serán juzgados como en la misma categoría que aquellos que no tienen fe!

3. ¿Responderemos a Jesús con creencia que se refleja en nuestro diario vivir? Cuando María ungió los pies de Jesús con un valioso perfume (12.3–8), demostró su fe dándole un generoso presente al Señor. Muchos le dieron la bienvenida

a Jesús a Jerusalén gritando «¡Hosanna!» mientras hacía Su entrada triunfal en la ciudad (12.12–15). Le mostraron su fe alabando a Cristo. En 12.20–22, Felipe y Andrés le hablaron a Jesús acerca de los griegos que habían venido a verle. Estos hombres manifestaron su fe llevando a otros a Cristo.

Si cree, ¿se expresa su fe dándole a Dios, alabando al Señor y llevando a otros a Cristo? ¿Es usted alguien que cree sin manifestar fe en su diario vivir?

Coy Roper

(Viene de la página 35)

dado sólo después de que Jesús hubiera sido glorificado. Después de la muerte y resurrección de Jesús, los discípulos entenderían la naturaleza del reinado del Rey, así como de Su reino. Por ahora, los discípulos probablemente pensaban en Jesús como el Rey mesiánico; sin embargo, su comprensión de lo que realmente trataba Su reinado vino después de Su glorificación.

Versículos 17, 18. Dos grupos de **gente** se distinguen en estos dos versículos, a pesar de que la misma palabra, ὄχλος (*ochlos*), se utiliza para ambos grupos. Los del primer grupo **[estaban] con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y le resucitó de los muertos.** Éstos **[daban] testimonio** acerca de Él. El verbo imperfecto ἐμαρτύρει (*emarturei*) denota un proceso continuo. Otro grupo fue **a recibirle, porque había oído que él había hecho esta señal.** Este segundo grupo incluía a los peregrinos que habían viajado a Jerusalén antes y que ahora salían con ramas de palmera para encontrarse con Jesús (vea 12.12, 13). Esta multitud había escuchado el testimonio del grupo anterior, así que decidieron salir y ver a Jesús por sí mismos.

Versículo 19. Los **fariseos**, como espectadores del evento, estaban muy angustiados. Se admitieron el uno al otro **que no [conseguían] nada.** No habían hecho ningún progreso perceptible en sus esfuerzos contra la popularidad de Jesús. En su exasperación, dijeron: **Mirad, el mundo se va tras él.** Por «mundo» (κόσμος, *kosmos*) se referían a todos en Jerusalén en ese momento, y es difícil no verlo como una expresión hiperbólica. Su esperanza era matar a Jesús mediante algún método. La ironía es que, en pocos días, la multitud le buscaría y lo crucificaría, y con este rechazo harían posible que todo el mundo se «[fuera] tras él».

La resurrección y la vida

Charles B. Hodge, Jr.

«Quítate tu calzado, porque Juan 11 tierra santa es». Este capítulo revela el corazón de Jesús.

LA FAMILIA

Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo. Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Luego, después de esto, dijo a los discípulos: Vamos a Judea otra vez. Le dijeron los discípulos: Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá? [...] les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; mas vamos a él (11.1-15).

Jesús tenía familia e hizo discípulos. Juan 11 revela esta «familia especial». Los predicadores necesitan tales familias de confianza. Es una confianza sagrada. Betania era un suburbio tranquilo a poco más de tres kilómetros de Jerusalén. El mayor honor que Jesús dio es elegir este hogar para refugio (Lc 10). Este fue Su refugio.

Jesús amó a Marta, a María y a Lázaro (Jn 11.3, 5, 36). Usualmente pensamos lo contrario: «Amamos a Jesús». Esto es crucial. ¡No es nuestro amor por Cristo; es Su amor por nosotros! Las hermanas no manipularon, ni obligaron, ni amenazaron a Jesús con: «Sabes lo que Lázaro ha hecho por Ti». ¡No!

Ellas sabían que Jesús lo amaba.

Si sólo pudiéramos entender lo anterior. El asunto no es la «autoestima». El asunto es «Jesús me ama». ¡Esto también conmovió a Juan! Cinco veces Juan dijo de sí mismo: «El discípulo que Jesús amaba». Esto no sugiere «una mascota» o «discípulo especial». ¡Esto cautivó realmente a Juan! ¡Jesús le amaba! Esto también le cambiará a usted su vida. No alardee de cuánto usted ama a Jesús; comprenda lo mucho que Él le ama a usted!

¡Entonces Jesús se mantenía alejado! ¡Esto es impactante! ¡Sanó a extraños, pero no a Su mejor amigo! Pudo haber regresado, y podría haber sanado desde lejos. No hizo nada. Entonces Jesús les dijo a Sus discípulos: «Vamos». Ellos pensaron que era demasiado arriesgado y demasiado peligroso. Entonces pensaron que si Lázaro simplemente se había «dormido» quería decir que se recuperaría. Jesús dijo: «¡Lázaro ha muerto!». Esto totalmente los impactó! ¡Jesús dejó morir a Su mejor amigo sin ningún esfuerzo para ayudarlo! ¡Lea el versículo 37! He aquí una idea: Marta tenía muchos amigos. Gente como Jesús hace amigos. Muchos vinieron a llorar.

MARTA

Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios; y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa. Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y

la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.

Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. [...] María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verle, se postró a sus pies, diciéndole: Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano. Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. Jesús lloró (11.17–35).

Marta y María hicieron la misma declaración a Jesús. Estaban devastadas. Podemos lidiar con los enemigos; no podemos lidiar con los amigos. Cuando no hacemos lo que los amigos esperan, éstos se desmoralizan. Jesús «brilló por Su ausencia». No sanó a Lázaro; no predicó el funeral; no asistió al funeral. Esto dolió mucho. Marta lloró por Lázaro; también lloró por Jesús. Ella le reprendió; sin embargo, ella todavía confiaba en Él. No podemos determinar las acciones de Jesús. Tenemos que permitirle la libertad de hacer Su divina voluntad. No podemos dictarles a los líderes. Tenemos que darles espacio a los líderes para respirar. Marta creía, sin embargo, ¡no creyó!

Marta era ortodoxa. Creía en la resurrección final. ¡La enseñanza más grande sobre la inmortalidad no se le enseñó a eruditos, rabinos o Pedro! Se la enseñaron a Marta. No era teología abstracta; era personal. Lázaro tuvo que morir para que la muerte fuera entendida. Una semana antes, Jesús podría haberle predicado a Marta sobre la muerte. Podría haber diagramado la muerte en la pizarra. No hubiera ayudado gran cosa. Ahora sí importaba. Marta, como la mayoría de nosotros, quería creer sólo lo que quería creer. Ella *no* tenía ningunos derechos sobre Jesús; Éste tenía *todos* los derechos sobre ella.

Esta es la mayor declaración sobre la inmortalidad: ¡Jesús es «la resurrección y la vida»! Jesús no está diciendo: «Resucitaré». Dijo: «Yo soy la resurrección». Lázaro fue reanimado o reconstruido. Pasó el tiempo, y envejeció y murió. Jesús es resurrección. Lázaro tuvo que morir antes de que Marta pudiera lidiar con la resurrección.

Luego viene el versículo del millón de dólares: «Jesús lloró». ¡A Jesús le importa! Vio el dolor en Marta y María que Él podía haber evitado. Su amigo yacía como un cadáver. Otros lloraron. Jesús sintió Su misión: la vida en presencia de la muerte. Él es vida, pero Su mejor amigo había muerto.

¡Jesús podía llorar! ¡Necesitamos ancianos que puedan llorar! ¡Necesitamos predicadores que puedan llorar! La iglesia no debe sospechar de la emoción. ¡Contemple Su *pathos*, la profunda humanidad de Jesús! ¡Juan 11 expone la profundidad de Jesús!

LÁZARO

Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir (11.38–44).

¡Lázaro había muerto! En vista de que Palestina es caliente, y sin procedimientos de embalsamamiento, a los muertos se les sepultaba prontamente. Los judíos creían que el espíritu partía al cuarto día. ¡Lázaro había muerto! No hay duda. Jesús oró. Desde lo más profundo de Su alma, lloró con autoridad! ¡Jesús es vida! ¡Su mejor amigo, Lázaro, fue retenido por la muerte! Jesús vio todo el foco de Su vida y ministerio. Llamó a Lázaro con profundo fervor. La resurrección de Lázaro no sólo revela cómo piensa Jesús, sino también cómo siente.

CONCLUSIÓN

Hay tantas lecciones en Juan 11:

Cuando ocurren retrasos, Dios tiene un mejor tiempo y una mejor manera.

Cuando ocurre la muerte, Dios tiene un mejor plan y un mejor lugar.

Un hombre no está listo para vivir hasta que esté listo para morir.

(Viene de la página 2)

- E. El camino a la vida es morir (6.53, 54, 58; vea Ro 6.1–7).
- F. Sea un verdadero discípulo (6.60–71).

Usted y otros (Cap. 7)

- A. No puede hacer creer a los demás, ni siquiera a sus parientes (7.5).
- B. Use el buen juicio; no juzgue por apariencia o prejuicio (7.24, 52).
- C. Muestre aprecio por las personas mientras pueda (7.34).
- D. No espere que todos acepten a Jesús (7.30, 31, 43, 44).
- E. No se ciegue a la verdad con sus propios prejuicios, tradiciones o ambiciones egoístas (7.48).

Otra mirada a Jesús (Cap. 8)

- A. Jesús no conoce dilemas (8.5, 6).
- B. Jesús es el único calificado para lanzar piedras, y no lo hizo (8.7, 11, 46).
- C. Jesús es la Luz del mundo (8.12).
- D. Jesús quiere que Su Padre también sea su Padre (8.19, 38, 42).
- E. Jesús quiere que usted vaya a donde Él va (8.21).
- F. Jesús ofrece libertad y vida (8.31, 32, 36, 51).
- G. Jesús es más grande que nadie ni nada (8.58).

Jesús sobre el sufrimiento, la fe y la obediencia (Cap. 9)

- A. Jesús rechazó la idea de que el sufrimiento es siempre el resultado del pecado (9.2, 3).
- B. Jesús trabajó; usted también debe trabajar (9.4).
- C. Jesús espera ser obedecido (9.7).
- D. La fe puede crecer y desarrollarse (9.11, 17, 33–38).
- E. Rechazar continuamente la Palabra de Dios es peligroso (9.40, 41).
- F. La fe puede morir (9.40, 41).

Los rasgos del Buen Pastor (Cap. 10)

- A. Dirige a Sus ovejas; los sabios eligen seguir Su voz (10.4, 5).
- B. Es el camino a la salvación (10.7, 9, 27, 28a).
- C. No huye (10.11–15, 28b–29).
- D. Recibe a todos para que formen parte de Su rebaño (10.16).

Cuando Jesús se puso delante de una tumba (Cap. 11)

- A. Jesús es el Amo de cada situación (11.4, 11, 14, 38–44).
- B. Usted morirá físicamente, sin embargo, no tiene por qué morir espiritualmente (11.25, 26; vea He 9.27).
- C. Jesús no era estoico (11.33–35).
- D. La gente a menudo toma decisiones horribles cuando perciben que su poder y prestigio están siendo amenazados (11.47–50).

Datos sobre la entrega generosa (Cap. 12)

- A. El amor se puede demostrar en medio del odio (12.3).
- B. El amor genuino podría parecer imprudente (12.3).
- C. No debe esperar demasiado para ofrecer su don a Jesús (12.3–8).
- D. Ni siquiera Jesús siempre superó las actitudes de los demás (12.4–6, 10, 19).

Qué hacer como discípulo (Cap. 12)

- A. Busque a Jesús (12.21).
- B. Siga a Jesús (12.26).
- C. Reconozca que la aparente derrota puede significar la victoria (12.32).
- D. Vigile su corazón todos los días (12.39, 40).
- E. Viva como discípulo de Jesús (12.42).
- F. Ame la aprobación de Dios más que la aprobación de los hombres (12.42, 43).
- G. Sepa que todas las personas serán juzgadas por la Palabra de Dios (12.48).

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).